

REVISTA DE FILOSOFIA LATINOAMERICANA Y CIENCIAS SOCIALES

Año XLIV N° 24 - 2019

ISSN 2718-7691



ORGANIZAR LA COMUNIDAD CONFORMAR LA NACION

ASOCIACION DE FILOSOFIA LATINOAMERICANA Y
CIENCIAS SOCIALES

Buenos Aires

Argentina

REVISTA DE FILOSOFIA LATINOAMERICANA Y CIENCIAS SOCIALES



2

ORGANIZAR LA COMUNIDAD CONFORMAR LA NACION

Tercera Época
Año XLIV N° 24 – 2019
ISSN 2718-7691
Buenos Aires – Argentina

Editor Responsable: Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales. Asociación Cultural sin fines de lucro.

Presidente: Mario Casalla

Consejo Académico: Mónica Caballero, María Casalla, Enrique del Percio, Roberto Doberti, Alfredo Mason, Alejandro Romero, Juan Carlos Scannone.

Soporte Técnico Informático: Ignacio Buglioni.

Cuadro de Portada: *Villa Concepción Mi lugar en el mundo* de Gabriela Martínez Morales, pintora nacida y criada en Villa Concepción, primer barrio obrero inaugurado en 1944, partido de General San Martín, provincia de Buenos Aires.

Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente representan la opinión del Editor Responsable.

Los artículos de esta revista pueden reproducirse solo con la expresa autorización de su editor.

Contacto: secretaria.asofil@gmail.com

Blog: <https://asociacionfilosofialatinoamericana.wordpress.com>

INDICE

ARTICULOS

CONFORMAR LA NACION, RESPIRAR AIRE LIBRE Y COMPARTIRLO.....5

Por Roberto Doberti

LÓGICA DE LA CONSTITUCIÓN DE IDENTIDADES POPULARES.....9

Por Emilce Cuda

RECONOCIMIENTO9

UNIDAD11

¿QUÉ ES ESO DE COMUNIDAD ORGANIZADA?14

Por Ana Zagari

¿QUÉ SIGNIFICA COMUNIDAD?15

1949: ARGENTINA DIO UN SALTO HACIA ADELANTE20

Por Alfredo Mason

LAS RELACIONES Y ESTRUCTURAS DE PODER EN LA DÉCADA INFAME20

LA SITUACION INTERNACIONAL 1943-194523

EL ACONTECIMIENTO28

EL PROCESO FUNDACIONAL DE LA *NUEVA ARGENTINA*30

NUEVA SITUACIONALIDAD INTERNACIONAL.....33

LAS INFLUENCIAS Y DISCUSIONES EN TORNO A LA CONSTITUCION DE 1949.34

LOS DERECHOS ESPECIALES EN LA CONSTITUCIÓN DE 1949.....40

Por Eduardo Vior

INTRODUCCIÓN.....40

PRESUPUESTOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS: LA APROXIMACIÓN INTERCULTURAL A LOS DERECHOS HUMANOS41

EL CONTEXTO HISTÓRICO: EL NACIONALISMO POPULAR PERONISTA.....44

HIPÓTESIS.....46

NECESIDAD DE LA REFORMA CONSTITUCIONAL46

ESTRUCTURA DE LA CONSTITUCIÓN REFORMADA Y LUGAR DE LOS DERECHOS ESPECIALES EN LA MISMA.....48

DEFINICIÓN Y CARÁCTER DE LOS DERECHOS ESPECIALES49

CONCLUSIONES: VERIFICACIÓN DE LA HIPÓTESIS. VIGENCIA E HISTORICIDAD DE LOS DERECHOS ESPECIALES CONSAGRADOS
EN LA CONSTITUCIÓN DE 194952

EVITA Y LA CONSTITUCIÓN NACIONAL DE 1949:58

Por Pablo Adrián Vázquez

¿QUIÉN FUE *ESA MUJER*?.....59

EL LIDERAZGO DE EVITA.....61

DECÁLOGO DE LOS DERECHOS DE LA ANCIANIDAD63

LA CONSTITUCIÓN NACIONAL DE 194965

CONSIDERACIONES FINALES.....66

PERON Y EL PROBLEMA DEL IMPERIALISMO68

Por Carlos Alberto Fernández Pardo

INTRODUCCIÓN.....68

EL REALISMO DE PERON Y LA TRAMPA DE LAS IDEOLOGIAS69

LA INDUSTRIALIZACION Y LA URBANIZACION RESULTAN PROCESOS COMPLEJOS	70
IMPERIOS EN CUESTIÓN.....	71

DOS SIGLOS DE POLITICA EXTERIOR. HITOS DE UNA TRAYECTORIA INTERNACIONAL80

Por Horacio Cagni

TEORÍA Y PRÁCTICA DEL PSICOANÁLISIS EN LAS CULTURAS NO EUROPEAS.....94

Por Mario Casalla

DIFICULTADES EN CASA AJENA.....	95
EL SUJETO CULTURALMENTE CUESTIONADO	97
EUROPA Y SU CRISIS	98
¿Y LA SEXUALIDAD?.....	101
ACERCA DE LO UNIVERSAL SITUADO Y SU LECTURA.....	102
REFLEXIÓN Y SITUACIÓN	102
HACIA UNA "LECTURA CULTURALMENTE SITUADA"	105
PENSAR DESDE LO "UNIVERSAL SITUADO"	107

DOCUMENTOS

[HOBBS Y LA MODERNIDAD] 113

Por Amelia Podetti

ACTIVIDADES DE LA ASOCIACION DE FILOSOFIA LATINOAMERICANA Y CIENCIAS SOCIALES

NOTICIAS E INFORMACIONES DE ASOFIL 125

SEMINARIO PRINCIPAL DE INVESTIGACION 127

CONFORMAR LA NACION, RESPIRAR AIRE LIBRE Y COMPARTIRLO



Roberto Doberti*

En esta mañana introductoria al Seminario 2019 voy a hablar brevemente de un tema que por cierto merecerá múltiples tratamientos a lo largo de las jornadas que constituyen el Seminario.

El tema es “Conformar la Nación” y lo haré poniendo énfasis en la noción de “Conformar”. La palabra la elegimos porque nos parece que puede alumbrar la cuestión sustantiva de pasar de lo amorfo a lo conformado, y también en nuestros días de pasar de lo deformado a lo conformado. De deformaciones sabemos y sufrimos mucho, se trata entonces de entender y superar la cuestión.

Es interesante atender a los dos significados de la palabra “informe”, uno como sustantivo y el otro como adjetivo. Los significados son muy diferentes y hasta suenan casi antagónicos. Como sustantivo *informe* es un escrito que contiene básicamente un conjunto de datos, de informaciones; como adjetivo *informe* es lo que carece de forma. En este último sentido lo informe resulta inaprehensible y exigiría un trabajo de modelación, de interpretación, de construcción. Pero también resulta que un conjunto de datos, de informaciones, no es en sí mismo aprehensible, requiere un trabajo similar de reelaboración, de ubicación en un marco de referencia, que nunca es neutro, para dotarlo de sentido.

Como estamos, y queremos estar, en una Asociación de Filosofía y también de Ciencias Sociales vamos a

*Exposición en el seminario principal de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, 2019.

comenzar con planteos esenciales, sustantivos. Vamos a ubicar el proceso de Conformación en el plano de la Ontología y de la Lógica Social.

No lo hacemos por diletantismo teórico sino porque solo desde esa radicalidad se podrá reconocer la relevancia del requerimiento de “Conformar la Nación”.

Empecemos con lo ontológico, o para decirlo en términos más sencillos, con “lo que hay”. Y dentro de los que hay tomemos lo que suena más simple y directo: hay cosas.

Para hacer una distinción básica digamos que hay cosas naturales (manzanas, árboles, golondrinas, estrellas) y cosas fabricadas (mesas, cúpulas, trenes, computadoras). Esta obvia distinción es consecuencia de nuestra condición humana, sin seres humanos no habría cosas fabricadas, pero es más importante señalar que la producción de utensilios e instrumentos fue decisiva para que fuéramos humanos.

Bien, parece que bastaría con abrir los ojos para encontrarnos con las cosas, con las cosas en los que ellas son. Pues no, las cosas son más misteriosas y sobre todo más exigentes de lo que podría suponerse.

Las cosas para ser discernidas, separadas y asociadas con otras, y reconocidas como entidades, requieren de un trabajo. Solo así entran en el mundo y hacen el mundo. Se trata del trabajo fundamental de Conformarlas, de darles sentido, de hacerlas aprehensibles y entendibles.

El ya irrecuperable abrir los ojos de los primeros días de la vida no otorga cosas, solo nos muestra apariencias, apenas manchas diferenciadas por luminosidad o cromatismo. Nos completamos como humanos porque interpretamos esas apariencias, porque las Conformamos.

Como se ve, Conformar no es una opción, es una condición inexorable de la vida humana.

Ahora lo más importante: ante la misma apariencia, ante la misma disposición física las comunidades, los grupos y hasta las personas, interpretamos, Conformamos, de muchas maneras distintas; la polisemia no se agota en el lenguaje, es el modo de nuestro estar y nuestro devenir en el mundo.

Tomemos brevemente dos ejemplos de los ya mencionados. Un caso es la *cosa* estrella. Su apariencia es de las más estables que hay, sin embargo su interpretación es extremadamente variable. En el universo ptolemaico se trataba de pequeños agujeros perforados en la esfera final, perforaciones donde se filtraba el fuego que rodeaba el universo, y entonces eso era permanente, firme, de ahí firmamento. Para los astrónomos actuales las estrellas son de múltiple naturaleza, para nada firmes ni fijas y se nos alejan irremisiblemente. Para los astrólogos europeos las estrellas indicaban y hasta imponían los destinos humanos. En las culturas andinas las constelaciones son de otra naturaleza y hasta se amplían a las anti constelaciones, y todas ellas rigen disposiciones, trabajos y cultos.

El otro ejemplo puede ser la mesa, cuya apariencia parece ser tan innegable como definitoria. Sin embargo, irónicamente Borges dice que son consecuencia de la Mesidad: *arquetipo cuadrúpedo que persiguen, condenados a ensueño ya frustración, todos los ebanistas del mundo*. Pero enseguida se abren otras interpretaciones: “*mesa de examen*” donde yace sin sufrimiento el cadáver de la Lección de Anatomía o donde padecen de

nerviosismo estudiantes de otras disciplinas, “mesa de dinero” que hace sufrir a todos menos a los financistas poderosos.

En definitiva, conformar es una tarea necesaria, puede hacerse de muy distintas maneras y, quizás lo más importante, es una tarea inacabable, siempre puede conformarse de otro modo.

Ahora atendamos al lugar preponderante de la Lógica Social. El mundo y las cosas que lo pueblan nunca se nos presentan como muda e insondable apariencia.

La codificación social nos niega esa instancia de perplejidad, ese momento de reconsideración y calificación, la codificación ya nos presenta un mundo conformado, un mundo en el que las cosas ya fueron interpretadas. Entonces la apariencia o bien es indeterminación, carencia de diferenciación en la etapa inicial de nuestra vida, o bien es catalogación según la naturalización del andamiaje social.

Y esto último es la ideología y, por supuesto la ideología es siempre la ideología dominante.

Pero lo peor es que no dice que se trata de una interpretación, por el contrario subraya que se trata de la verdad de la cosas, de su propia e inmanente naturaleza, por ende inmutable.

Eso es lo que nos dice, pero es lo que nosotros y muchísimos más no escuchamos o nos resistimos a creer. Esta intolerancia es esencial para el Proyecto de Conformar la Nación. Debemos ser conscientes que para desoír esas imposiciones no es necesario este camino conceptual, nuestro pueblo lo ha realizado y lo volverá a realizar sin este requisito.

Con todo, no es ocioso entender estas razones y en este marco institucional de la Asociación es imprescindible discutir las, reelaborarlas y explicitarlas.

Entre las cosas que requieren ser conformadas las siguientes son de primera magnitud tanto que la palabra cosa parece quedarles chica o insuficiente: me refiero a los ríos, las llanuras, las extensiones heladas, los lagos, las islas, los valles, las ciudades, los caminos, las montañas, las selvas, los esteros, las costas oceánicas, en definitiva el Territorio.

Sin Conformar el Territorio no hay Nación. Conformar en este caso no quiere decir solo apropiación perceptual, establecimiento de límites y entendimiento conceptual.

Conformar es aquí determinar derechos de posesión, posibilidad de tránsito, reconocimiento de valor cultural. Se define por la actitud de acoger o expulsar, cobijar o desamparar y por los principios de enraizamiento o mercantilización.

Con los rasgos positivos el Territorio es la dimensión más inmediata de la Nación, es País, es Patria. Con los rasgos negativos es mera extensión para la explotación, es ámbito de negocios y depredaciones, es circunstancial dibujo de un espacio sin amores ni memorias.

Hemos hablado de las Apariencias –que como tales son mudas y huecas y por eso las sociedades las han vestido de alguna manera- de las Conformaciones –que son los resultados de trabajos de interpretación- y parece que nos hemos olvidado de la Forma.

Pero no, no nos olvidamos, la dejamos para el final porque merece un lugar especial.

La Forma es la entidad compleja que contiene todas las Conformaciones, o dicho de otra manera, todas las interpretaciones.

La Forma es inagotable, está siempre abierta, nunca se satura, nunca se colma, siempre disponible para albergar las Conformaciones que se vayan generando.

Hasta ahora hemos hablado de las Conformaciones deviniendo del mundo circundante.

Pero existe también el campo de las consecuencias del trabajo humano, de las invenciones o creaciones; es el campo de las Conformaciones que no provienen de la experiencia fenoménica, no interpretan algo preexistente sino que suman algo al mundo, es el ámbito más relevante de la Generación de Conformaciones. Es el campo de la Política y de la Poética, del Trabajo y de las Emociones.

Y aquí la Forma es primordial. Es el horizonte ahora múltiple, pleno y a la vez abierto, de las interpretaciones de la realidad percibida, y de las construcciones humanas que nos posibilitan y delimitan el mundo.

En la Forma están todas la Conformaciones de las entidades de la naturaleza y la cultura. En cierto sentido las contiene y las oculta, o más sugerentemente las sostiene en silencio. Este silencio, esta pausa, está destinada a la producción de nuevas configuraciones, de nuevos horizontes.

Conformar la Nación es la convocatoria a un Proyecto que como tal, como Forma, es siempre incompleto, pero no como carencia sino como venturosa posibilidad.

LÓGICA DE LA CONSTITUCIÓN DE IDENTIDADES POPULARES



9

Emilce Cuda*

Aprendí con Ernesto Laclau que, tanto para explotar, como para liberar al pueblo pobre y trabajador, es necesaria la práctica de una lógica -relación o comunicación, en términos teológicos-, mediante la cual la identidad se reconoce en unos y se desconoce en otros. La presente exposición hace referencia a la constitución de las identidades populares para concluir que, según mi modo teológico- trinitario y latinoamericano de mirar, eso es posible por una acción que se llama “reconocimiento” la cual se logra en la “unidad” de la diferencia.

Reconocimiento

El punto de partida de esta reflexión es el antropológico de la filosofía y teología de la liberación de origen latinoamericano, consistente en la necesidad de reintroducir al interior de las relaciones sociales la acción de reconocimiento a toda persona humana sin más mérito que el de pertenecer a la especie. Eso significa que, en esa corriente filosófica y teológica, se considera que no es necesario el mérito para recibir el reconocimiento; no existe nada que una persona humana deba hacer para ser reconocida en su dignidad. Por consiguiente, para la filosofía y la teología de la liberación latinoamericana, la identidad de la persona humana se constituye en la relación -que constituye un pueblo-, como consecuencia del reconocimiento entre las personas. La identidad no se construye aisladamente

**El presente artículo corresponde a la conferencia ofrecida por la autora en el: Homenaje a Ernesto Laclau / El pueblo y la política, el día 8 de octubre de 2015 en el CCK (Centro Cultural Kirchner). El panel estaba integrado por: Iñigo Errejón, Ernesto Villanueva, Gloria Perello y Emilce Cuda. Lo que aquí se publica no es una transcripción textual, sino una adaptación realizada por la autora, a cuatro años del evento, a partir de la desgravación de la conferencia sobre la cual se han hecho correcciones de expresión y estilo, se han agregado las aclaraciones pertinentes, y se han puesto las citas correspondientes.*

de acuerdo al deseo del individuo. Cuando no se le reconoce a una parte del pueblo la dignidad de persona humana, se le impide la constitución de su identidad y eso es la condición de posibilidad para despersonalizar, cosificar, explotar y finalmente descartar -tal y como hoy lo expresa un teólogo latinoamericano, ahora obispo de Roma: el Papa Francisco.

La situación de opresión en América Latina interpela a filósofos y teólogos de la región. Ernesto Laclau -uno de ellos-, se dedicó a estudiar el modo de constitución de las identidades populares tanto para explicar su situación de opresión, como para decodificar la lógica de liberación a la que se denomina populismo, y que Laclau desarrolla en su libro *La razón populista* (cf. Laclau, 2006).

La matriz del populismo, según Ernesto Laclau, se puede explicar a partir de algo que se conoce como la vía negativa, por lo cual me invitó a estudiarla, partiendo de la obra del Pseudo-Dionisio Areopagita, *Los nombres de Dios*, y de la patrística cristiana. Trabajando juntos en la Universidad de Northwestern, Chicago, investigamos algo que es central en el marxismo, según Laclau y siguiendo a Leszek Kolakowski: la pobreza del ser (cf. Kolakowski, 1978). Eso da centralidad a la pregunta sobre cómo sacar al otro de la pobreza ya que el ser -según la vía negativa neoplatónica-, se encuentra atrapado en la *insistencia*, de la cual debe *exiliarse* para *existir* tal y como aparece en las *Enéadas* de Plotino.

La pobreza, entendida en sentido metafísico, parecería que nada tiene que ver con los bienes materiales -ni en su consumo, ni en su producción-, sino con el hecho concreto de que la persona está situada a los bordes de lo humano, a punto de perder su dignidad. Sin embargo, si bien las personas llegan a ese extremo de lo humano a causa la “caída” -en sentido plotiniano (cf. Plotino, 2005)-, desde la filosofía y teología de la liberación esa caída es una consecuencia de la condición de estar las personas atrapadas en un sistema económico de relaciones egoístas, inequitativas, que les “insiste” a permanecer en esa relación que mata y les impide “exiliarse” sin dejarlas “existir” dignamente.

En esa línea de investigación, y para entender la lógica de los populismos, comenzamos con Laclau a estudiar el neoplatonismo, desde Plotino, pasando por Juan Escoto Erígena, meister Eckhart, Nicolás de Cusa, Friedrich Hegel, Karl Marx hasta llegar a Jacques Lacan y al mismo Ernesto Laclau -quien se ubica a sí mismo en esa corriente. Este camino, del de la “bienaventuranza” -como lo llama Plotino en la *Enéada* I-, es muy arduo, porque hay que “esforzarse” -como dice ese mismo autor (cf. Plotino, 2005: I). Para entenderlo hay que meterse con el mundo de lo simbólico, es decir, un modo de lenguaje y unas categorías antiguas y medievales que ya no se usan, como las de procesión y comunicación por ejemplo, propias de la patrística cristiana, hoy desplazadas por la categoría de relación; o como la categoría de circumincesión, hoy dicha como unidad en la diferencia (cf. Cuda, 2016: Parte III).

Entender la constitución de la identidad popular es cuestión de entender que -desde ese punto de partida de la filosofía y la teología latinoamericana-, la identidad de la persona humana se constituye en la relación, como un canto, entre uno y otro, de reconocimiento. (No por nada la última encíclica social, la del Papa latinoamericano Francisco, se titula *Laudato Si*, es decir: Alabado Seas). Desde esta perspectiva, la identidad se constituye a partir de una relación de reconocimiento expresada como alabanza, es decir: un canto de amor.

De acuerdo a lo dicho, no puede sostenerse que sean los intelectuales los que construyen las identidades populares. Estas no se construyen desde afuera o desde arriba, sino que se constituyen en la relación. Por el contrario, si los intelectuales quiere acercarse a ellas -es decir a las identidades populares- deben correrse del lugar del saber y hacerse pueblo, como ha enseñado Lucio Gera en tanto mentor de los argumentos teóricos de los escritos del

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, plasmados en *El Pueblo. Dónde está?* (cf. MSPTM, 1975). Para saber qué “es” el pueblo, hay que “estar” en el pueblo, por eso la pregunta no es metafísica -que es el pueblo-, sino estética -dónde está el pueblo, dónde aparece, dónde se re-presenta. En cada acto de reconocimiento se aprende dónde está el pueblo. Ese es el proceso histórico en el cual se constituye la identidad de un pueblo.

Unidad

La vía negativa -que comienza con el neoplatonismo- tiene un punto central: la unidad. Consiste en saber cómo resolver el tema de la diferencia o multiplicidad, es decir cómo hacer de lo mucho, lo uno (*e pluribus unum*). Ese era el tema central de los romanos, y es el tema central de la política de todos los tiempos. Ese lema hoy está en el billete dólar y en todos los documentos estadounidenses: *de todos uno*. ¿Cómo lograr la unidad? ¿Cómo hacer que esa supuesta unidad perdida, original, real o imaginaria -que era Roma, luego de la caída y su división infinita-, pudiese recuperarse en una nueva identidad? Estoy hablando del año 400 d.C. ¿Cómo lograr que esa multiplicidad vuelva a ser una unidad? Cómo constituir la identidad de un pueblo en la multiplicidad era la preocupación de San Agustín y el tema central de la *Ciudad de dios* -unidad que San Agustín ve en el bautismo como centro sin centro de la catolicidad.

Laclau plantea la solución a partir de una totalidad abierta -no cerrada, como en los totalitarismos, donde la identidad es entendida como absoluta (cf. Marchart, 2009:87ss). Pensar la unidad a partir de la diversidad en tanto totalidad abierta, es pensarla como una identidad que se alcanza, por un momento, mediante una cadena equivalencial -es decir, de diferencias que, por un momento, alinean solo sus posiciones equivalentes, sin pretenderse una identidad absoluta y eterna. No es lo mismo entender $5=3+2$ en tanto igualdad por equivalencia, que entender $5=5$ entando igualdad por identidad absoluta, donde si aparece un 2 o un 3 se lo aniquila. La igualdad como semejanza y no como identidad total. Siempre quedará un resto que mantiene la identidad en la diferencia.

La idea de entender al pueblo como unidad, en los populismos latinoamericanos -entendidos estos como gobiernos del pueblo mediante democracia participativa y justicia distributiva, y no como sinónimo de demagogia y corrupción, responde a una percepción de la unidad que respeta la diversidad; y respetar la diversidad es alabar al otro en su resto de diferencia, es poder reconocerle todo el tiempo la dignidad, que en el caso judeocristiano es imagen de la divinidad, por ser la persona humana creada por un Dios personal, misericordioso y providente. Para los pueblos latinoamericanos -es decir, para la parte excluida del pueblo-, el pueblo es la unidad en la diferencia, lo cual coloca al populismo entendido de este modo a mucha distancia de las experiencias totalitarias europeas. La parte pobre del pueblo latinoamericano, en su mayoría, cree en un dios que es Uno y Trino, por lo cual la idea de reconocimiento como alabanza y unidad en la diferencia no le son difíciles de entender. Lo saben porque está presente en su símbolo, que es *symbolon*, es decir: unidad en la diferencia; y resisten culturalmente al *diabolon* (cf. Cuda, 2016). El símbolo es el espacio donde el ser aparece y dice, donde se manifiesta, donde se representa. En el lenguaje del símbolo, y no de la palabra, lo otro está representado. Dicho de otro modo: la Palabra aparece en el símbolo, en la unidad de la diferencia, eso es el símbolo niceno-constantinopolitano: dos naturalezas, humana y divina, en una persona, Cristo. Por analogía puede decirse que el símbolo, en el campo de lo social en tanto unidad de la diferencia, es la representación. No hay ser fuera del estar en la unidad de la diferencia. La unidad está en el símbolo.

Cuando Laclau comienza a pensar cómo se constituye la identidad en tanto unidad

política de la parte del pueblo excluido, caído, fragmentado, escribe un texto que se titula “Los nombres de Dios” -el cual es parte de un libro pequeño que se llama *Misticismo, retórica y política* (cf. Laclau, 2006). En ese texto parte de meister Eckhart para explicar la categoría -construida por el filósofo del populismo-, de “significante vacío”. El significante vacío es el símbolo donde lo diferente se une para que lo otro -el pueblo- pueda ser representado. Lo diferente son las demandas de los sectores populares entre sí, la unidad está dada cuando esas demandas se alinean en una cadena equivalencial. En esa unidad está el pueblo. En el siglo XX la representación estaba en una persona: Perón. En el siglo XXI la representación está en una demanda que se vacía de significado para poder representar de manera universal todas las demandas. Esa es la distinción entre política de masas y partidos, y política populista y de movimientos. El pueblo ya no está en la plaza, está en el discurso, y por un momento, el momento de lo político que se da cuando se logra la posición discursiva de sujeto. El espacio que permite la constitución de la identidad ha cambiado.

Es central comprender cómo se constituye el significante vacío, por eso fue tan importante el abordaje desde la teología negativa para entender como se muestra, manifiesta o representa, lo absoluto. Se trata de entender cómo mostrar algo que no puede representarse porque no puede determinarse ya que, si es Dios, nadie le puede decir qué o quién es. La parte incluida del pueblo lo logra, por eso “tiene clase”, es decir: unidad. La “gente como uno” aparece en el discurso, negando la cadena equivalencial de representaciones. Cuando se niega todo lo que es el otro, aparece el uno.

Por ejemplo, qué dicen algunos latinoamericanos: *gente como uno* ¿y qué significa eso de “como uno”? Significa que no es negro, o no es judío, o no es mujer, o no es pobre, o no es polaco, o no es africano. Es decir que cada sociedad tiene su determinación sobre una parte de ella, que luego será funcional a la explotación para favorecer la acumulación de la renta en manos de “gente como uno” -y si el otro llegase a acumular algo de dinero, es un sacrilegio, porque se estaría poniendo en el lugar sagrado del uno, profanando el sacramento del capital. Como Dios, la “gente como uno” no tiene nombre, porque si se le pone un nombre se la determina. En las sociedades, aquellos que están incluidos buscan su definición a través de la determinación del otro, es decir negando todo lo que el otro es. Dicho de otro modo, se autodefinen por la vía negativa, y aparecen representados en esa cadena equivalencial que logran al negar todas las positivities con las que determinaron al otro.

La identidad de la parte incluida del pueblo -el *demos*- se constituye en la negación de toda determinación; se ponen en el lugar del dios plotiniano, el Uno. La identidad de la parte excluida del pueblo -el *ochlos*- se constituye en la afirmación de toda determinación a partir de poner en equivalencia sus diferencia; se reconoce a imagen y semejanza de su creador, el Uno y Trino.

Esta cuestión de la negación está en la *Ciencia de la Lógica* de Hegel, donde por la negación de la negación, como práctica de liberación, se niegan todas las positivities o determinaciones que recaen sobre el sujeto (cf. Hegel, 1968: LI, Cap. 1: 107-109). Sin embargo, en América Latina el populismo da cuenta de otras cosas. La particularidad que la filosofía latinoamericana aporta es no llegar al momento de la doble negación, sino quedarse en la afirmación de la determinación, por ejemplo, ante una determinación que previamente fue cargada de valores negativos, como la de “migrante=vago, drogadicto, borracho, delincuente”, la respuesta liberadora sería: sí, ¿soy negro y qué? Esta posición se conoce, en el caso del postmarxismo de Laclau, como “antagonismo” en tanto afirmación de esa negación; en el caso de Scannone como “analéctica”. El otro no niega esa negación que hace de su identidad como persona humana el uno. Por el contrario, se afirma en eso que de él desprecian para producir el momento del antagonismo. Y en ese momento, en lugar de negar

desesperadamente que es negro, dice: *negro y acá estoy*, y ese es el momento constitutivo de la identidad. Es el momento de la afirmación, es el momento donde el *ochlos*, esa parte del pueblo que no es el *demos* porque no tiene nada para contar –como dice Rancière, ya que no tiene bienes, no tiene apellidos, no tiene varios títulos universitarios, no tiene tierra-; lo único que tiene para constituir su identidad es afirmarse en ese punto que el otro utiliza para la explotación (cf. Rancière, 2005).

Según Laclau esta es la lógica populista -es decir la del populismo entendido al modo latinoamericano y popular. El populismo es un modo de constitución de la identidad popular, la de un pueblo que en su lucha por el reconocimiento trata de afirmarse en aquello que justamente la “gente como uno” desprecia de él. Esto no tiene nada que ver con ese discurso que, desde los medios de comunicación, definen al populismo como ideología de división, de fragmentación, de enfrentamiento entre sectores de la sociedad -como si esta estuviese armoniosamente unida antes del momento antagónico.

Quiero terminar citando a Plutarco. En *Vidas paralelas*, en el capítulo donde compara las vidas de Coriolano y Alcibíades, el autor relata por qué a Alcibíades le iba mejor con el pueblo que al gran general Coriolano, quien había hecho todas las conquistas militares y sin embargo no le iba bien. La diferencia estaba en que Coriolano había hecho mérito y se paraba frente al pueblo esperando el reconocimiento, porque él era el gran general; pero el pueblo no lo aclama porque el que esperaba el reconocimiento era el pueblo. Por el contrario, Alcibíades se para frente al pueblo y lo primero que hace es reconocerlo, aclamar, y es esa aclamación la que el pueblo le devuelve. La identidad es una relación de reconocimiento entre unos y otros.

Bibliografía

Cuda, Emilce (2016). *Para leer a Francisco: Teología, Ética y Política*. Buenos Aires. Manantial.

Gete, Arturo (1995) *La lógica de Hegel*. Edicial. Buenos Aires. Cap. I, I. 1.1: 37-45.

Kolakowski, Leszek (1978). *Main currents of marxism*. Oxford. Clarendon Press.

Laclau, Ernesto (2006). *La Razón Populista*. México. Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto (2006). *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires. Fondo de Cultura.

Marchart, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

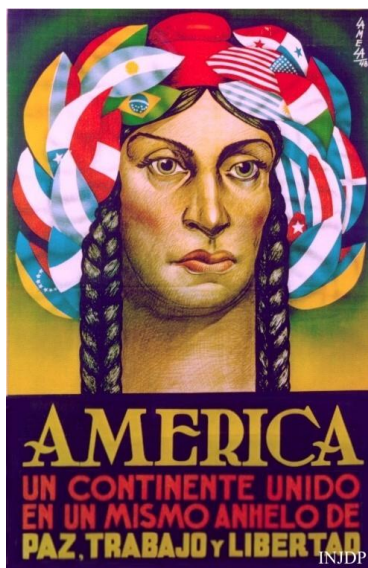
MSPTM (1975). *El pueblo. ¿Dónde está?* Buenos Aires. MSPTM.

Plotino (2005). *Enéadas*. Losada, Buenos Aires.

Hegel, G.W.F. (1968) *Ciencia de la lógica*. Buenos Aires. Solar.

Rancière, Jacques, *El desacuerdo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

¿QUÉ ES ESO DE COMUNIDAD ORGANIZADA? Mantener la pregunta y bordear sus sentidos



14

Ana Zagari*

Diferencias entre comunidad y sociedad civil

Tanto el nombre *comunidad* como el sintagma *sociedad civil* responden a dos tradiciones de la civilización llamada occidental: la latina y la anglosajona. Perón recupera la tradición latina que responde a uno de nuestros ancestros configurantes, tanto como la tradición de nuestros ancestros indígenas.

En *La Comunidad Organizada*, su discurso de cierre del Primer Congreso Nacional de Filosofía, si bien recorre la tradición filosófica clásica, privilegia el nombre de comunidad para vincularlo con su propia doctrina y con el concepto de pueblo.

El pueblo responde a un nosotros que surge desde el subsuelo de la Patria, de los desposeídos, de los vulnerables y se engrosa con quienes luchan por la justicia social y reconocen en las desigualdades el mal de una sociedad civil que desde las clases dominantes, someten a los débiles a condiciones de naturalidad.

Es el peronismo el que con la movilidad social ascendente realiza una transformación imposible de comprender desde la sociedad civil y la lucha de clases exclusivamente.

*Exposición en el seminario principal de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, 2019.

¿Qué significa comunidad?

En una lectura vulgar y escondedora, se define el sustantivo *comunidad* con el apócope de *común* *unidad*.

Lectura vulgar porque es lo que aparece a la vista y suena en la escucha como lo más fácil y aceptable.

Escondedora porque si comunidad significara común *unidad* estaría velando los significados y sentidos de una palabra grave, grávida de ellos que, siendo latina nos obliga a entender su etimología.

15

Al recuperar términos latinos, algo que a quienes hablamos en lenguas llamadas romances nos remite a un tronco lingüístico común, el filósofo italiano Roberto Esposito desagrega y estudia las etimologías de dos palabras con las que se forma el nombre *communitas*. *Cum*: con, en relación a, respecto de. Así debe traducirse este término según las indicaciones del autor, no como una partícula aditiva, unitiva, sino relacional. El *cum* no es: no es una sustancia, no es una cosa. Es nada de sustancia, es un modo de dar sentido, ser-con, estar-con. El *cum* es nada, pero da sentido, da lugar, hace pasar.

El otro término, *munus*, es etimológicamente entendido como *don que obliga*, el don que se debe dar sin esperar retribución.

Communitas no es sinónimo de *res-publica*. Deriva etimológicamente de *communis* que significa carga, cargo, encargo. Lo que Esposito avisa desde el inicio del texto es que el propio título *Communitas* no es caprichoso, va a la raíz de lo que él quiere exponer y no tiene nada en común con las filosofías comunitaristas, que entienden a la comunidad como el conjunto de propietarios (o consumidores, que es lo mismo).

Inmediatamente, sostiene Espósito que *communitas* es el conjunto de personas a las que une, no una “propiedad”, sino justamente un deber, una deuda. Conjunto de personas unidas no por un “más” sino por un “menos”, una falta, un límite que se configura como un gravamen para quien está “afectado”, a diferencia de aquel que está “exento” o “eximido” (Espósito, 2003).

Esposito aclara, valiéndose de la figura de *persona* (en francés *personne* significa nadie), las distinciones del pensamiento de la comunidad, respecto de las filosofías de la representación, liberales o marxistas, que han fijado en las figuras de la propiedad y del tener (poder, prestigio, dinero, honores... según Hobbes) la seguridad de la vida y el conjuro del miedo a la muerte. Muchas veces estas soluciones han degradado, mutilado y provocado más miedo y muertes, que paz y beneficios a la vida del hombre y del planeta Tierra.

El vínculo de la comunidad es la falta, la deuda infinita de la finitud, la ausencia de completud; no el pertenecer, sino el *no-ser todo* que es, a la vez, deuda y don. El don, la donación de la vida y de la muerte en común, el don que debe circular, otorgando sentido (s) a la vida que se sabe finita.

Deuda impagable y don que no espera retribución, porque se da lo que no se tiene, y allí no hay cálculo posible. Compartir esa carga nos liga en lo común y nos hace comunidad de nada y de nadie: no hay propiedad, no hay sujeto. Hay ausencia de plenitud, cercanía mortal, figura de Caín dando lugar a la comunidad de la muerte, del exilio del paraíso, de la cofradía

mortífera de Rómulo y Remo. Ejemplos que presentan las diferencias de los más cercanos, las pasiones que mueven a la muerte, al exterminio del otro. También ejemplos que señalan la posibilidad de hacer comunidad en las generaciones futuras, como la de los hermanos y los cofrades. Vida y muerte inescindibles del vivir juntos.

Si la *comunidad* acarrea el don de la vida, la finitud, la obligación y la carga de pasar, de donarla a otras generaciones sin retribución alguna, *sociedad civil* es un sintagma que surge de un contrato. El contrato para conservar vida y bienes que deja sometidos a los individuos al poder omnímodo del soberano. Cada uno contrata a un tercero para que cuide y aleje la violencia que significa la presencia del otro sin mediaciones de autoridad.

Otra diferencia es que el sujeto del constructo *sociedad civil* es el individuo. Figura que aparece como la sede de una libertad y de un poder que, en el estado de naturaleza es ilimitado, pero cuyo enemigo mortal es el otro individuo. Sacrificar, resignar poder y libertad para conservar la vida es el fundamento de un pacto o contrato de transferencia y sumisión a un tercero, el soberano. Ese tercero que no es parte del mítico pacto, ejerce a partir del mismo y en la forma del unicato -concentración del poder- y dicta la ley.

Ese formato teorizado en el siglo XVII es el germen del Estado moderno. Su figura es la del soberano que tiene poder sobre los ciudadanos-individuos. La relación entre soberano y ciudadano es individual, en la sociedad civil no existe el sentimiento de cuerpo, como en otras sociedades que sí son corporativas.

Si el mayor orgullo de la sociedad civil es la figura del individuo también es su mayor debilidad. El lazo social a construir, dado que es lábil e inesencial, quedó debilitado en relación a la proxemia con el otro individuo definido desde el *pathos* del egoísmo hace que la soldadura, la solidaridad en el espacio de aparición sea siempre acompañada por la sospecha respecto del otro. Es decir que, en el lugar donde se ponen en juego los conflictos y sus posibles resoluciones la soledad individual juega en contra del lazo social y a favor de una construcción individual que privilegia el tener al ser-con.

El saber de la comunidad así planteado señala los modos de desplazar el yo de las preocupaciones del singular finito que cada uno es. Poder alterarse, ser otro con los otros, nadie, alter, personne, para pensar y actuar la vida y sus límites como una carga recibida y también como don. Pensar la vida con la muerte. La muerte está entre nosotros, siempre. La unidad puede tener la forma de una institución: la política. (Cfr.: Tenzer, 1994).

La muerte y el deseo de matar por el Ideal, serían, en los comienzos de la denominada Modernidad, los problemas a resolver. ¿Cómo realizar la vida finita, es decir, la *vida que se sabe finita*, la humana, y cómo pacificar el deseo de matar sobre todo al hermano, al que comparte el suelo, los alimentos, los bienes y los males?

Calculo el menor de los males posibles, el que me liberará del miedo radical a la muerte prematura y salvaje, y contrato bajo la forma del doble condicional, un modo de resignar el poder propio *si y sólo si* cada uno de quienes conviven o con-mueren cercanamente, realizan el mismo gesto. Gesto con la finalidad de crear un soberano que me proteja a cambio de ser omnipotente para dictar la ley. Contrato que me hace libre de la violencia próxima pero me supedita a un Estado-vigilante, el *pathos* del miedo no desaparece, se desplaza.

El miedo quiere alejarse de la inmediatez de la violencia cuerpo a cuerpo, y busca alguna mediación, un tercero que dirima: un soberano que dicte la ley a la que todos nos sometamos.

La solución encontrada por la tradición anglosajona es la del contrato social. Pasaje del llamado estado de naturaleza al estado civil.

Resignación de mi poder de muerte sobre el vecino a favor de la resignación de su poder de muerte contra mí. El veneno de la guerra civil, que es el de la violencia contra el más próximo, se encapsula y se dosifica en el establecimiento de lo que está permitido y de lo que está prohibido. Ya no tengo el poder de matar, debo recurrir a la ley y estoy también supeditado a ella. Creación del Leviatán.

Paz interior, sociedad civil y soberanía política con fronteras bien demarcadas a las que hay que proteger con la espada del Estado, son las propuestas que, de manera prescriptiva y sostenida por una sólida antropología materialista-pesimista, construye Hobbes. Él fue el filósofo por antonomasia de la clase burguesa que, en el siglo XVII y en los posteriores, consolidó su ascenso al poder. La clase burguesa que privilegia su propia vida (no la de todos) y sus bienes materiales. Se define el concepto de individuo, como despojado de todo altruismo y sometido a un egoísmo innato, cuya consecuencia es el estado de naturaleza o de guerra.

La burguesía europea que se expande como modelo por el mundo occidental aún al sentimiento del egoísmo, el de la desconfianza. De allí que el contrato social sea la garantía de preservación de los bienes. El contrato social es el dique de contención de la codicia. Por lo mismo se inventa un Estado que, si bien en su imaginario origen es democrático, ya que todos pactan para que solo uno concentre el poder y así los proteja de la violencia natural, resulta también que ese Leviatán es tan autoritario como represor. El sacrificio del pacto que impuso delegar el poder individual al Estado no ahorra del sufrimiento ni del temor a la guerra y a la muerte.

Si lo político es el campo del conflicto, la política moderna es la forma encontrada y anhelada para aplacar la infinita revuelta del deseo. Pero el deseo es impolítico. Siempre queda fuera (en lo real) de la representación. Dicho de otro modo: la representación política o filosófica es *no-todo*, no hay categorías ni filosóficas ni políticas para nombrar esa cosa.

Pero ese afuera está en la propia constitución subjetiva y de la *polis*: no hay enemigo, extranjero, otro, sino en los propios contornos de lo que se es. El conflicto presente como acto o como potencia, como guerra declarada o como amenaza, anida en la comunidad. No hay posibilidad de comprensión de este planteo mediante la lógica biunívoca de amigo-enemigo, sino con un esquema que permita pensar el límite y la frontera del conflicto desde dentro mismo del conflicto. La modernidad, con la categoría de representación ha pretendido ordenarlo y organizarlo, y no pudo reconocer que la raíz del mismo es el movimiento mismo de la vida y de la vida humana en su finitud.

Leída desde Argentina también la comunidad fue interpretada en clave fascista. Quienes así lo hicieron (más allá de los intereses que el peronismo tocó) trataban de interpretar con las herramientas del pensamiento europeo la aparición del pueblo y del líder. Pero ninguna raza, ninguna sangre, ninguna pureza ni de origen ni de fin formaron parte del peronismo. Tampoco fue expresión de la burguesía acaudalada, como sí lo fue el nazismo.

El peronismo es la clave para la comprensión de establecer una tercera posición que toma de la constitución del Estado moderno su división de poderes a la vez que lo convierte en estado social y se aleja del liberalismo individualista.

Con la propuesta sobre la comunidad organizada inicia el presidente Perón en 1949 una consideración sobre el tiempo que puede desviar de los lazos fraternos, para avisar que es la

organización la que vence al tiempo.

Una lectura posible respecto de la Comunidad organizada es aquella que privilegia la organización para mantenerla y acrecentarla, antes que a los egos personales que siendo valiosos en sus aportaciones, tienen que supeditarse al bien común y escuchar las demandas de la comunidad.

Lo que resulta de la lectura de La comunidad organizada hace que se subrayen dos propuestas fundamentales para Perón: la de una filosofía que restablezca el término armonía como sinónimo de sentido pleno de la existencia. Un pasaje del yo al nosotros de Hegel al imperativo de que el nosotros se realice y se perfeccione por el yo.

Por ello: Nuestra comunidad tenderá a ser de hombres y no de bestias. Nuestra disciplina tiende a ser conocimiento, busca ser cultura. (...) Esta comunidad que persigue fines espirituales y materiales, que tiende a superarse, que anhela mejorar y ser más justa, más buena y más feliz, en la que el individuo puede realizarse y realizarla simultáneamente, dará al hombre futuro la bienvenida desde su alta torre con la noble convicción de Spinoza: *"Sentimos, experimentamos, que somos eternos"*. (Perón 2006)

Hoy, con el neoconservadurismo triunfante en muchos países del mundo, asistimos a la degradación no sólo de la comunidad sino también del individuo.

Porque en una comunidad que no se realiza tampoco pueden realizarse sus integrantes.

Los modos individuales de la violencia son efecto de las violencias impuestas por los Estados que persiguen a sus ciudadanos con represión, cárcel y hambre. Nada de lo que resulta de ello puede dignificar al individuo. Violencias sobre los cuerpos de mujeres y niños, fenómenos como los de atacar en "manada" a adolescentes vulnerables atraviesan posiciones sociales (las manadas, grupos de varones muchas veces de la clase media acomodada) porque son apariciones en la escena pública de un cuerpo social que se desintegra en el altar de la avaricia y el desamor.

Si se insiste en que el papel del Estado es el de la represión para lograr la seguridad, la sospecha recae sobre los más vulnerables y sus cuerpos pasan a ser tierra de nadie.

La comunidad organizada, aunque no organicista que queda plasmada no sólo en un discurso sino en las obras del peronismo, puede des-organizarse pero también puede recuperarse. Dado que nada de lo humano es sustantivo, aunque con Spinoza nos sintamos eternos, el trabajo del concepto y la puesta en obra para restituírnos en el lazo social que nos posibilite vivir juntos en paz nos obliga a revisar, actualizar y comprender las propuestas del año 1949.

Comprar armas y deteriorar salarios y jubilaciones, aumentar desmedidamente el costo de los servicios públicos, hacer de la culpa un relato para que siempre sea de los otros, todo en quienes toman las decisiones y se solazan en las playas más exclusivas mientras anuncian la desgracia para millones, o la persecución al colectivo gay-lésbico junto a la rebaja del salario mínimo es hoy el menú que a los dos grandes países de América del Sur les toca experimentar. Sus pueblos eligieron mediante el voto a sus representantes; sus pueblos son las víctimas de esos representantes.

Para que recuperemos el deseo de Perón de tender a una Comunidad de hombres y no de bestias habremos de incidir en el presente con la palabra, con la pluma, con la resistencia, con la protesta.

La obligación -una de las lecturas posibles *del munus*- es amor al otro, cuidar del otro, desear que la responsabilidad de cada quien sea a la vez crecimiento con alegría para el conjunto. En la propuesta de una comunidad organizada se ponen en juego los valores materiales y espirituales de sus integrantes.

La política, como modo de conducción del todo junto a la ética son las responsables de que se dé existencia y se sostenga a la comunidad. Ello implica obrar a favor de una justicia social que repare las grietas de las desigualdades y que fomente la responsabilidad de quienes más tienen para dejar de lado el ego avaro y participar de una solidaridad ciudadana, ética.

Comunidades -en plural- que responden a los diferentes ejes geoculturales del sur de nuestra América, el del NOA, el del NEA, el de Litoral, el del puerto, según la consideración de Rodolfo Kusch y -agrego- el Patagónico son la materia y el espíritu que por un Estado social pueden convivir en sus múltiples diferencias aunadas por el *cum* posibilitante de sostener vínculos en el delimitado espacio geográfico de la Patria y mantenerlo en el tiempo que nos haga percibirnos como eternos.

Bibliografía

Espósito, Roberto (2003) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires. Amorrortu.

Kusch, Rodolfo (2007) *Obras Completas*. Rosario. Fundación Ross.

Perón, Juan Domingo (2006) *Comunidad Organizada*. Buenos Aires. Instituto Nacional Juan Domingo Perón.

Tenzer, Nicolás (1994) *La sociedad despolitizada*, Barcelona, Paidós Ibérica.

1949: ARGENTINA DIO UN SALTO HACIA ADELANTE



20

Alfredo Mason*

La trascendencia de un acontecimiento en la historia de un pueblo se comprende cuando aquello que ocurrió sigue influyendo sobre una generación que no lo cuenta como experiencia vivida, por lo que no culmina de ser pasado, sino que sigue como algo presente. Este es el caso de la Constitución de 1949, cuya vigencia institucional no sobrepasa los 6 años, pero que sigue apareciendo como una referencia insoslayable de aquello que expresa la consigna: una Patria *socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana*.

LAS RELACIONES Y ESTRUCTURAS DE PODER EN LA DÉCADA INFAME

Desde la generación del ochenta del siglo XIX, Argentina había tenido una estructura de poder que, aun en los interregnos radicales, es descripta por el diplomático inglés David Kelly, Secretario de Embajada en Buenos Aires entre 1921 y 1922 y Embajador de 1942 a 1946: *el Jockey Club y el Círculo de Armas eran, como antes de la época de Yrigoyen, los centros más importantes de los chismes políticos y el poder detrás del trono* (Kelly, 1952: 126; Cascella, 1969: 29).

El símbolo del poder de esta oligarquía era la propiedad de la tierra; según el censo de 1937, 20.000 propietarios —de un total de 1.200.000— poseían más del 70 % de las tierras; al 2 % de las estancias correspondía

*Exposición en el seminario principal de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, 2019.

el 42 % de los vacunos (Sagastizabal, 1976: 64-65).

Las empresas Bunge y Born, Dreyfus, La Plata Cereal y L. E. Ridder controlaban más del 80 % de la exportación del trigo y del lino, en tanto que la primera de ellas poseía unos 40 establecimientos agropecuarios con una superficie total de 800.000 hectáreas (Díaz Araujo, 1971: 157). También era notable el grupo Bemberg –dueño de la cervecera Quilmes– que poseía 1.500.000 hectáreas y 30 establecimientos diversos, como una línea tranviaria, una inmobiliaria, dos institutos de crédito y una fábrica textil. Las ganancias de este grupo empresario eran el equivalente en 1939 a un tercio de los ingresos fiscales argentinos (su equivalente en 2018 serían 245.488 millones de pesos, equivalentes a 6.277 millones de dólares al valor del 21 de diciembre de ese año).

La tenencia de la tierra era el elemento material sobre el cual la oligarquía había construido una alianza estratégica con Gran Bretaña, siendo ello el verdadero eje del poder que poseía, el cual fue ratificado por medio del Pacto Roca¹-Runciman². Los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta sostendrán en 1934 que para realizar ese Pacto que normalizaba la compra-venta de carnes por parte de Gran Bretaña, *nombraron a los componentes de la misión Roca, solo cuidando que, además de su calidad genérica, fuesen de la relación personal del príncipe de Gales*³. Uno de los integrantes, Toribio Ayerza, cuenta que en un momento en el que se traban las negociaciones, Roca (h) decide abandonar Londres e irse a Bélgica y de allí a París, adonde lo llama el príncipe de Gales y le dice: *Old Roca. Come to eat tomorrow* (Columba, 1951, III: 37). Ello muestra que, tal como sostienen los hermanos Irazusta, *el carácter de amigos de los ingleses es más permanente en nuestros oligarcas que el de representantes del estado argentino* (Irazusta, 1982: 31).

La otra herramienta de poder que poseía la oligarquía era el Poder Judicial, en especial, la Corte Suprema de Justicia, la cual estaba compuesta por quienes en 1930 y por medio de una Acordada (10.09.1930) declararon legítimo el gobierno surgido del golpe de estado, sosteniendo que, quien tenga en sus manos la fuerza y la policía, para el mantenimiento de la paz y del orden de la Nación, es el jefe de facto en el país, y ese Tribunal considerará en lo sucesivo como válidos los actos jurídicos que realicen los funcionarios que se encuentren bajo la autoridad del poder *de facto*, sean cuales fueren los vicios de forma o deficiencias relativas a su designación o elección⁴.

¹ Julio Argentino Roca era hijo del general y político que fuera presidente entre 1880-1886 y 1898-1904; se desempeñaba como vicepresidente del general Agustín Pedro Justo, entre 1932 y 1938.

² Walter Runciman, primer vizconde Runciman de Doxford, era miembro del partido liberal es nombrado en 1931, ministro de Comercio de Gran Bretaña (President of the Board of Trade).

³ La misión estaba integrada, entre otros, por Miguel Ángel Cárcano, diputado conservador; Raúl Prebisch, economista que luego participará de la organización del Banco Central tal como se acordó con los ingleses; el ex-gerente de la Sociedad Rural Toribio Ayerza y Guillermo Leguizamón, director de una empresa ferroviaria inglesa en la Argentina.

⁴La Acordada fue firmada por los ministros de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, José Figueroa Alcorta, Roberto Repetto, Ricardo Guido Lavalle y Antonio Sagarna, y el Procurador General de la Nación Horacio Rodríguez Larreta. La misma sostiene que la legalidad se funda *en razones de policía y de necesidad y con el fin de mantener protegido al público y a los individuos cuyos intereses puedan ser afectados*, aludiendo a la doctrina del canadiense Albert Constantineau, (*Public Officers and the Facto Doctrine*). Un punto nodal es la creación de la categoría «revolución triunfante» como hecho legitimador de la sustitución de un gobierno constitucional, traspasando el límite fijado por el art. 100 (116 actual) de la Constitución para la competencia de la Corte y a su vez, citando mañosamente a Constantineau, quien distingue entre «gobierno de facto» y «funcionarios de facto». Al primero lo considera como usurpador, pero se ocupa, en la mayor parte de los dos tomos del libro, de los problemas de los ciudadanos por la actuación de los «funcionarios de facto». Uriburu no era un funcionario sino la cabeza de un movimiento usurpador del gobierno, pudiéndose considerar por este hecho una traición de los miembros de la Corte al mandato constitucional (Barovero, 2010).

El 10 de mayo de 2019, en la inauguración del viaducto Mitre en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, un grupo de trabajadores de la construcción pusieron un cartel con la sigla UOCRA (gremio que los contiene) y expresaron a viva voz su desacuerdo con las políticas gubernamentales; un grupo de vecinos simpatizantes del presidente Mauricio Macri les respondieron con el grito de *¡desagradecidos!* Esta visión de la relación laboral bajo la forma de «servidumbre voluntaria», es la misma que sustentaba esa oligarquía que hacía que la Corte Suprema fallara contra la creación de la pensión a la vejez por considerar el aporte patronal injusto (fallos 157, 359, Viñedos y Bodegas “Arizu” versus Provincia de Mendoza, 1930)⁵; que se abstenía de opinar cuando en el por entonces Territorio Nacional de Misiones, la falta de escuelas y hospitales por un lado y el abuso sobre los bajos precios asignados a la yerba mate y el tabaco (por parte de las tabacaleras 43 y *Nobleza*) generaban una protesta agraria en Oberá (15.3.1936) que es reprimida, con un saldo entre muertos y heridos de 400 personas (Waskiewicz, 2007: 130); que cuando en 1934, el gobernador de Tucumán, Juan Luis Nougès, promulga un gravamen que caía sobre los ingenios azucareros, y la oligarquía propietaria se resiste al pago, ordena telegráficamente la suspensión de dicha medida sin fundarlo en sentencia alguna (Torres, 2010: 85).

Si a esta década compuesta por 13 años (1930-1943), Juan José Torres la nombró como «década infame» no solo es por lo contado hasta aquí, sino que abundan los ejemplos donde queda claro que los dueños de la tierra mimetizaban a la misma con la Nación, desapareciendo la distinción necesaria entre lo público y lo privado⁶. Así aparece la denuncia de Lisandro de la Torre sobre la evasión impositiva de los frigoríficos ingleses y estadounidenses; las “coimas” a los concejales de Buenos Aires para prolongar la concesión del suministro de electricidad de la Compañía Argentina de Electricidad (CADE); la excepción de impuestos aduaneros a las importaciones realizadas por los ferrocarriles ingleses; la maniobra financiera del gobierno de Justo para desfinanciar las cooperativas que administraban los silos del puerto de Rosario y su venta a la acopiadora Louis Dreyfus Company; la complicidad «financiera» de la oligarquía con la asociación ilícita dedicada al tráfico de mujeres obligadas a prostituirse, denominada Zwi Migdal (Alzogaray, 1933); los arreglos para favorecer a los amigos del poder con la lotería nacional (*Crítica*, edición del 25.7.1942) y el «negociado» de las compras de las tierras de El Palomar, para establecer una base aérea del Ejército (Mathus Oyo, 1936; Bra, 1989).

La forma en que esta estructura de poder se reproducía era por medio del llamado «fraude patriótico», considerado como tal en tanto *impide al regreso de las masas entregadas a la demagogia y al poderío indiscriminado del número*. (Fresco, 1940, I: 47). Hay un texto de Roberto J. Payró (1943: 186-189) que ilustra su funcionamiento:

Cierta noche, poco antes de unas elecciones, el Club del Progreso estaba muy concurrido y animado [...] El grupo más interesante era, en la primera mesita del salón, frente a la puerta de la sala de billares, el que formaban el intendente Luna, presidente del Concejo, varios concejales y el diputado Cisneros [...] Junto a ellos, sentado en un sillón, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, acariciándose la bota, abrazándola casi, el comisario Barraba [...] Alguien habló de las elecciones próximas y de las respectivas posibilidades de cada candidato.
-¡Qué elecciones ni qué elecciones! –exclamó Tortorano encogiéndose de

⁵ Sobre los fallos contrarios a los intereses de los trabajadores puede consultarse Ramella, Pablo A. (1954) *Derechos del trabajador en la Constitución Argentina* en *Revista de Estudios Políticos*. Madrid. N° 74 y Mason, Alfredo (2014) Pablo A. Ramella y la cuestión social. San Juan. Cámara de Diputados de San Juan. (Ambos trabajos se encuentran en la Biblioteca del blog de ASOFIL).

⁶ No debe ser casual que en sus campos poseen hacienda y en la Nación el ministerio de Hacienda.

hombros- Nosotros nunca hemos tenido elecciones de veras ¡Y no las tendremos jamás!

Pero el comisario, echando hacia atrás la cabeza, tanto que casi dejaba ver el dedo de frente descubierto entre el chambergó y las cejas, lo interrumpió:

- ¿Qué dice amigo? ¿Qué no v'haber libertá?

- ¡Vaya comisario, nunca ha habido! –objetó Tortorano sonriendo [...]

- ¿Y s'imagina, entonces, que yo estoy aquí p'a quitarle la libertá a los ciudadanos? - No digo eso -murmuró Troncoso mirando al suelo y preguntándose interiormente donde iría a para el hombre encargado en Pago Chico de asegurar el éxito de una candidatura dada, con exclusión total de la otra. ¿Se había convertido de la noche a la mañana, después de tantas arbitrariedades y persecuciones? [...]

Pedrín, aunque no tuviera nada de cándido, intervino con gran ingenuidad:

- Me alegro mucho haberlo oído –dijo- Yo ya estaba por no ir a las elecciones. Pero desde que usté garante la libertá...

- ¡La garanto, canejó! ¡Ya lo creo que la garanto! [...]

- Pues si es así... –prosiguió Pedrín-, lo que es yo, el domingo no faltaré en el atrio p'a votar por don Vicente.

Pero no había acabado de decirlo cuando el comisario estaba ya parado, de un salto tan violento y repentino que ni siquiera le dio tiempo para soltarse la bota. Y así en un pie:

- ¡Pare la trilla que una yegua se ha mancau! –gritó- ¿Qué es lo que dice amiguito?

- Que ya que usté garante l'elección v'y a sufragar por los cívicos... nada más.

- ¡Dios lo libre y guarde! ¡Como de orinarse en la cama!

- ¿Pero no dice que habrá libertá de votar?

- Sí, para todos; pero libertá, libertá de votar por el candidato del gobierno.

LA SITUACION INTERNACIONAL 1943-1945

A medida que avanzaba la década de 1930 fue cada vez más claro que en Europa, lo que estaba en juego no era una cuestión ideológica, sino que se trataba de cuál será la potencia que reordene el mundo y sus relaciones de poder después de la crisis del liberalismo en 1929. A esa disputa también concurrían los Estados Unidos y la Unión Soviética (Heidegger, 1983: 40).

En esa situación el gobierno inglés necesitó afianzar la alianza estratégica con el nuestro y envía a lord George Freeman Thomas, primer marqués de Willingdon⁷, quien llega a Buenos Aires el 23 agosto de 1938 (*La Nación*, 24.8.1938). El tema por tratar será la situación de la Argentina frente a la posibilidad de una guerra. En la conferencia que dio en el Jockey Club el 25 de agosto (*La tradición británica en el mundo moderno*) sostuvo que venía a cerrar un convenio esencial para Gran Bretaña por las posibilidades serias respecto de una próxima guerra: Argentina no debía participar en la misma (Müller, 2010: 48). Ese año, Gran Bretaña aumenta las importaciones de alimentos en diez millones de toneladas respecto del año anterior, de ello la Argentina cubre el 10 % del trigo y el 50 % de la carne del mercado inglés (*La Nación*, 16.8.1938).

En la misma tónica, el 7 de marzo de 1939, llega el mariscal sir George Francis Milne⁸ el

⁷ El visitante había sido gobernador del Dominio de Canadá (1926-1931) y virrey de la India (1931-1936).

⁸ Milne había servido en el Ejército y fue jefe del Estado Mayor Imperial de 1926 hasta 1933.

cual sostuvo que *la estrategia británica está basada en los valores económicos y Gran Bretaña necesita valerse de su comercio de ultramar para proveerse de víveres y de materias primas, abasteciéndose [...] de trigo, maíz, lino, carnes y lana en la Argentina* (La Nación, 8.3.1939; Scalabrini Ortiz, 1957: 264), pero si Argentina fuera beligerante esto no podría cumplirse.

La dirigencia argentina estaba –mayoritariamente- convencida de que la alianza estratégica con Gran Bretaña mantenía el mismo valor que cuando se efectuara a fines del siglo XIX, por ello la opción de concebir un realineamiento tras los Estados Unidos no se contemplaba y a esto colaboraba el desprecio que la oligarquía argentina tenía por los estadounidenses⁹.

Sin embargo, en 1942, hay un sector de esa oligarquía que comprende que la alianza con Gran Bretaña debe reemplazarse por un acercamiento a los Estados Unidos, pues Europa, independientemente de quien gane la guerra, quedará política y económicamente destruida. Ese sector era encabezado por el general Agustín P. Justo, quien poseía gran prestigio dentro del Ejército, y se propone ser el sucesor del presidente Ramón S. Castillo con la promesa de alinear a Argentina tras los Estados Unidos, país donde la prensa lo mostraba como un hombre *con fervor democrático* (Weil, 2010: 52). Acompañan esa visión miembros de la vieja oligarquía como Enrique Ruiz Guiñazú, Carlos A. Pueyrredón, Julio A. Roca (h), José María Cantilo y Federico Pinedo, el cual sintetizará la posición al afirmar: *nuestro interés como Nación aconseja acercarse a los Estados Unidos, la nación más poderosa y rica del mundo* (La Nación, 8.12.1942), y Carlos Saavedra Lamas agregará *la Nación necesita el concurso de capitales extranjeros para la posguerra* (La Nación, 16.12.1942).

Aquí encontramos una paradoja propia de los relatos ideológicos, y mientras algunos atribuyen la política neutralista a la influencia pro-alemana, en esos momentos, el encargado de negocios alemán, Erich Heynen informaba a Berlín: *grupos muy numerosos enfatizan su deseo de mantener y defender la neutralidad [...] la gran mayoría de estos grupos están políticamente opuestos a nosotros [...] hay un fracaso general a comprender a la política de Alemania [...] el sentimiento general en la Argentina es anti-alemán*¹⁰.

Mientras tanto, Winston Churchill intercambia más de 12 telegramas con Franklin D. Roosevelt sobre la cuestión del comercio de carnes con Argentina, finalmente le recuerda el 23 de enero de 1944 *que examinara las tremendas consecuencias que traería aparejada para Gran Bretaña la pérdida de las carnes, cueros y demás productos argentinos no solo para un tercio de su población*¹¹ sino en la alimentación del ejército estadounidense que se preparaba para desembarcar en Normandía, concluyendo: *Estos bribones argentinos saben que, por el momento, nos tienen «agarrados» y han hecho sus cálculos con sumo cuidado* (Hull, 1976: 83-84)¹²; en las instrucciones de Churchill remitidas a Lord Halifax, negociador en los Estados

⁹C.f.: Cané, Miguel (2005) *En viaje*. Caracas. Biblioteca Ayacucho; Losada, Leandro (2010) *Esplendores del Centenario*. Buenos Aires. F.C.E.

¹⁰Heynen a la Cancillería (Auswärtiges Amt) 28 de septiembre de 1939. (Documents on German Foreign Policy 1954. Series D (1937-1945) T.: VIII: 157-158 (<http://archive.org/stream/documentsongerma014726mbp#page/n9/mode/2up>))

¹¹ Antes de la guerra, el Reino Unido importaba 55 millones de toneladas de comida, pero tras un mes de conflicto, el número disponible había bajado a 12 millones. La libreta de racionamiento típica, otorgada por el Ministerio de Alimentos por persona cada semana, incluía: 200 gramos de jamón, 230 gramos de azúcar, 60 gramos de té, medio kilo de carne, 57 gramos de queso, 57 gramos de manteca, 113 gramos de margarina, 60 gramos de panceta, 1 huevo (o huevo deshidratado equivalente a 12 huevos), 340 gramos de dulces por mes y 1 barra de jabón (La Nación, 26.02.2012).

¹²Esta opinión es coincidente con el *Memorando sobre la situación política en los países del Río de la Plata en relación con Gran Bretaña y los Estados Unidos*, realizado por J. V. Perowne, Jefe del Departamento Sudamericano del Foreign Office, donde se afirma: *necesitamos desesperadamente carnes*

Unidos, el 8 de junio de 1944, éste sostiene que: por otra parte nosotros seguimos la línea de los EE.UU. en Sudamérica, tanto como es posible, en cuanto no sea cuestión de carne de vaca o de carnero (Bendaña, 1976).

Los Estados Unidos ejercieron sobre Argentina una fuerte presión para forzar su alineamiento, lo cual tenía una doble intención. Por un lado contribuir al llamado «esfuerzo de guerra» arrendando material militar, proveyendo logística en el Atlántico Sur, quizás militares para el combate –como lo hizo Brasil-, pero ese interés también estaba vinculado a las empresas inglesas radicadas en nuestro país. A partir de 1940, Gran Bretaña utiliza las posibilidades de la Ley de Préstamo y Arriendo para conseguir material de guerra, para lo cual puso en caución sus inversiones en América Latina, dentro de la cual la mayoría de las empresas estaban en Argentina. El secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, declaró ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense que *era una cuestión de política de gobierno el determinar si Estados Unidos desea adquirir los ferrocarriles y tranvías argentinos* (La Nación, 29.01.1941; Escudé, 1983: 82, 138).

En 1943 se desarrollan en el escenario bélico mundial una serie de momentos decisivos: el *Afrika Korps* alemana a cargo del mariscal Erwin Rommel y el Regio Ejército italiano al mando del mariscal Ettore Bastico, son detenidos por los ingleses antes de llegar a Alejandría y el Canal de Suez (segunda batalla de El Alamein), en tanto que en el frente europeo, las tropas del Eje no logran tomar Stalingrado ni Moscú, la batalla de Kursk (Rusia) será el punto de inflexión (Newton, 2002). A partir de allí el curso de la guerra está signado por la derrota de Alemania.

La elección de Robustiano Patrón Costa, miembro de una familia patricia de Salta y con grandes intereses azucareros en esa provincia¹³ como sucesor del presidente Ramón S. Castillo, no daba cuenta de los acontecimientos bélicos ni del cambio de ordenamiento mundial que se está produciendo. Habiendo abandonado el radicalismo su defensa de los intereses populares y sumándose a la «alianza fraudulenta», no podía esperarse del sistema político una respuesta ante la ceguera oficial. Serán las Fuerzas Armadas, en particular el Ejército, quien buscó dar respuesta por medio del movimiento revolucionario del 4 de junio de 1943, realizado por un grupo de oficiales nucleados en el GOU (Grupo Oficiales Unidos o Grupo Obra de Unificación).¹⁴

Tal era el poder que habían acumulado los Estados Unidos, que aun no habiendo terminado el conflicto bélico, comienzan a planear el futuro político y económico de la postguerra, lo cual estaba en manos de la Secretaría de Estado. Su titular, Cordell Hull, influenciado por el pensamiento de Woodrow Wilson, concebía una relación directa entre la paz y el libre comercio, determinando con ello muchas de las políticas posteriores, como la

y otros productos argentinos. (PRO/FO 371, Nahum, 1999, VIII: 203). El historiador inglés Arnold Toynbee, delegado británico en el Tratado de Versalles (1918); miembro de la División de Investigación del Servicio de Inteligencia británico durante la Segunda Guerra Mundial y consejero de Churchill sostiene que dos terceras partes del suministro de carne que requiere Gran Bretaña durante la guerra provenían de Argentina (Toynbee, 1969: 169). Estas compras eran «al fiado».

¹³ Dueño del ingenio San Martín de Tabacal (Salta). El embajador Kelly decía que algunos consideraban a Patrón Costas como un *Indian slave driver* (FO AS 2317/4/2 Kelly to Eden; Annual Report 1943. Buenos Aires 12.4.1944), y la analista estadounidense Isabel Fisk, que trabajaba para el Departamento de Estado, lo llamaba *that negrero, that slaver* (Fisk, 1944: 265).

¹⁴ Pertenece al GOU, el coronel Juan Domingo Perón, Enrique P. González, teniente coroneles Franklin Lucero, Joaquín Sauri, Gregorio Tauber, Miguel A. Montes, Urbano de la Vega, Juan Carlos Montes, Agustín de la Vega, Emilio Ramírez, Aristóbulo Mittelbach, Arturo Saavedra, entre otros, y contaba con el apoyo de los generales Pedro P. Ramírez, Edelmiro J. Farrell, Juan Pistarini, Diego I. Mason, Carlos von der Becke, Víctor Majó, Armando Verdaguer y L. Perlinger.

Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas, celebrada en Bretton Woods el 1 al 22 de julio de 1944¹⁵, donde los Estados Unidos estableció las reglas para las futuras relaciones comerciales y financieras del mundo: se decidió la creación del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y el uso del dólar como moneda internacional.

El 8 de julio de 1944, el embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden, informa a su Gobierno que Juan D. Perón y Getúlio Vargas han realizado un pacto –con apoyo de la URSS– para contrarrestar la influencia estadounidense en América del Sur (Braden, 1971: 334). Esto que indudablemente era falso es, sin embargo, el tipo de información que estimulaba la oposición a Perón –hoy lo llamaríamos «operaciones de prensa»– y buscaban endurecer las relaciones entre nuestro país y los Estados Unidos.

El 4 de septiembre de 1944 y siguiendo la presión estadounidense contra Argentina, Cordell Hull determina las limitaciones impuestas a nuestra economía: *Con la excepción de proyectos que contribuyan directamente al esfuerzo de guerra, no se aprobará ningún proyecto de desarrollo para Argentina* (USA, 1985: 568).

El 8 de mayo de 1945 Alemania firma la rendición de sus tropas y el 15 de agosto de 1945 Japón aceptó avenirse a una rendición incondicional, pero unos meses antes, entre el 4 y el 11 de febrero, en la Conferencia de Yalta, ratificado luego en la Conferencia de Potsdam (17 de julio al 2 de agosto de 1945) se establece el orden del mundo postguerra, el cual es consistente con la reorganización político-económica llevada adelante por medio de los Acuerdos de Bretton Woods, realizados del 1 al 12 de julio de 1944, como así también la Conferencia de Dumbarton Oaks, reunida en Washington (*Conversations on International Peace and Security Organization*) entre el 21 de agosto y el 7 de octubre y en la que se encuentran presentes delegados de Estado Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y China, decidiéndose la creación de las Naciones Unidas con un Consejo de Seguridad, al cual incumbiría la responsabilidad de evitar nuevas guerras, dejando planteado el derecho a veto de las grandes potencias que serían miembros permanentes del mismo. Ello sella entre Estados Unidos y la Unión Soviética un reparto mundial de hegemonía (Stewart, 2008: 151).

En la Carta del Atlántico, Franklin Roosevelt corrige el texto propuesto por Winston Churchill agregando –entre otros párrafos– que los estados deberán poder acceder *en igualdad de condiciones, al comercio y las materias primas del mundo que se necesitan para su prosperidad económica*, presionando así para que Gran Bretaña desmantelase su estructura tarifaria aceptando la propuesta de «*open door*» en todo el mundo. Así, los Estados Unidos seguían un «*double standard*» de comportamiento, pues mientras critican el sistema de *Imperial preference* inglés sostenían elevadas barreras tarifarias en protección de su producción nacional (Moniz Bandeira, 2007: 137). Anthony Eden –quien fuera partícipe de la reunión– recordaba que Roosevelt comparte con gran parte de los estadounidenses un recelo del colonialismo del Imperio Británico, era de esperar que los territorios coloniales, una vez libres de sus amos, se convertiría política y económicamente dependiente de los Estados Unidos (Eden, 1965, II: 123).

Perón sostendrá entonces, que a partir de 1945, en las conferencias de Yalta y Potsdam, *tanto el imperialismo soviético como el imperialismo yanqui se pusieron totalmente de acuerdo. De eso yo no tengo dudas [...] dividen al mundo en dos partes y se lanzan al*

¹⁵ Téngase en cuenta que todavía no se había tomado París, los rusos llegaban recién a Minsk (Bielorusia), en el Pacífico no se ha tomado la estratégica isla de Guam, o sea, está claro que ni Alemania ni Japón podrán ganar ya la guerra, pero no está terminada y vendrán enfrentamientos muy duros como en las Ardenas y en Iwo Jima.

colonialismo a través de sus conquistas de distinto tipo. Los rusos, a la usanza rusa, ocupan militarmente [...] y los yanquis, a la usanza anglosajona, los penetran y los dominan económicamente. ¿Qué ellos están enfrentados? Tal vez ideológicamente, pero políticamente están totalmente de acuerdo (Perón, 1965: 13; Mason, 1997: 201ss).

La convivencia sellada en 1945 no tuvo el carácter de ley internacional, técnicamente no era más que un pacto provisional entre las principales fuerzas aliadas y no contenía ningún tratado vinculante, sin embargo ordenó el mundo durante casi 45 años. La repercusión de ésta sobre Argentina no solo se expresa en la actividad del poco diplomático Braden, sino que en concordancia con la misma el Comisario de Asuntos Exteriores de la URSS, V. M. Molotov (1 de mayo de 1945) en la Conferencia de San Francisco para la creación de la Organización de las Naciones Unidas sostendrá:

La delegación soviética considera que la cuestión de invitar a Argentina a esta Conferencia es de primera importancia. [...] La cuestión nunca ha sido discutida previamente por los representantes de los cuatro poderes patrocinadores [EEUU, URSS, Gran Bretaña y Francia]. Cualquiera sabe que en esta guerra contra nuestro enemigo común, la Argentina ha tenido un lugar especial, también es bien sabido que durante estos últimos años de la guerra, ni la política exterior ni las políticas internas del régimen de la Argentina han recibido siempre la aprobación de las Naciones Unidas. Ustedes sabrán lo que quiero decir cuando cito de una declaración hecha por el ex secretario de Estado, el Sr. Hull, y publicado el 8 de septiembre de 1944: «Argentina es la sede para el movimiento fascista en este hemisferio y una fuente potencial de infección para el resto de las Américas». (Molotov, 1997).

Por su parte, algunos políticos argentinos que se han autoexiliado en Montevideo conformando una Junta de Exiliados¹⁶, que se llamarán a sí «demócratas argentinos», sosteniendo en un documento entregado oportunamente a la embajada estadounidense en Uruguay, donde reclamaban que no se permita a Argentina ser parte de la Naciones Unidas por considerar que estaba gobernada por *un grupo de militares nazis*. Agregando que, *un régimen de esta índole ahoga a la democracia dentro del país en que tiraniza y es una amenaza para las instituciones democráticas de todo el continente*, sugiriendo la necesidad de una intervención extranjera, repitiendo como parodia la vieja tragedia de los unitarios subidos a la flota anglo-francesa del siglo XIX (C.f.: Wetmore a F. Lyon (Departamento de Estado) 17.7.1945 en Oddone, 2004: 77-79).

Como parte de esa misma campaña de prensa contra los intereses argentinos, el 1 de junio de 1945 comienza su labor un periodista italiano Arnaldo Cortesi, contratado por el *New York Times* y muy ligado no solo a la embajada estadounidense sino al mismo Braden. Él que escribe lo que el diplomático ya no puede decir¹⁷. Creará un flujo de relatos rayanos con el terror contra el Gobierno argentino que los propios diplomáticos británicos consideran «gruesas exageraciones» (Escudé, 1983: 181).

Tal como señala Hannah Arendt, la Segunda Guerra Mundial no fue seguida por la paz, produciéndose un cambio en el paradigma de la relación «política-guerra», respecto de los fijados por Karl von Clausewitz, entendiéndose ahora que la paz será la continuación de la guerra pero por otros medios (Arendt, 2006: 18). Este cambio en la política internacional se

¹⁶ Comité ejecutivo estaba a cargo de Nicolás Repetto (socialista), Julio Noble (demócrata progresista), Agustín Rodríguez Araya (radical), José Aguirre Cámara (conservador) y Rodolfo Ghioldi (comunista).

¹⁷ El embajador británico informará el 27 de junio al Foreign Office que entre los corresponsales extranjeros se comentaba que Braden presionaba a Cortesi para mandar informes distorsionados y exagerados (AS 3354 y 3712/12/2, FO 371/44687 en Escudé, 1983: 185).

caracterizará por intervenciones militares circunscriptas a demarcar las zonas de influencia (Corea, Vietnam, Medio Oriente) y no habrá enfrentamiento cuando se trate de levantamientos que busquen independizarse de los bloques convenidos (Hungría, República Dominicana).

La aparición de este nuevo orden conviviente desarticuló el viejo orden colonial europeo, ya no existía *la pax britannica*. Ello llevó a que en Argentina el comando militar que ejercía el gobierno en 1945 considerara que la distensión internacional que había producido la guerra se cerraba.

EL ACONTECIMIENTO

Un elemento que pocos habían valorado es el hecho de comparar la casi absoluta pasividad o indiferencia con que los trabajadores recibieron el golpe de estado de 1930, con la actitud con que acompañan las acciones del gobierno surgido en 1943, tal el caso que las dos CGT existentes realizan declaraciones de apoyo al mismo (Matsushita, 1983: 257). En un acto realizado ante trabajadores el 23 de julio de 1944, en Rosario (provincia de Santa Fe), Perón expresa en referencia a este tema que: *nuestra revolución, que es la vuestra, comienza mucho más allá de la ascensión al poder, que no puede ser la meta, sino el punto de partida de toda una acción revolucionaria. Sin esta otra batalla, mucho más recia, que la librada para derribar un gobierno tambaleante, no habríamos podido imponer la justicia social; ni defender a los que sufren y a los que trabajan para plasmar la grandeza de la Patria* (Perón, 1973: 113). Aparece así una estructura de poder constituida por un sector del Ejército y el movimiento obrero que ha iniciado su organización fuera de las corrientes ideológicas que predominan hasta entonces.

Perón plantea la organización de la «masa» para transformarla en un «pueblo» (*Doctrina Peronista*, 1954: 626-627), percibiendo que el ordenador que permite la organización social es el trabajo concebido desde la justicia social, siendo su forma institucional la sindicalización masiva. Ello generó un nuevo sujeto de poder encarnado en los trabajadores. La primera expresión organizativa, pero ya en lo político, que este movimiento expresa es el reconocimiento de una conducción.

La organización y la conducción son dos elementos centrales que el peronismo aporta a la cultura política argentina, los cuales están intrínsecamente ligados: no se puede organizar sin conducción ni se puede conducir lo inorgánico. La relación humana que se establece entre conductor y conducido no es de obediencia sino de lealtad¹⁸.

El 12 de julio de 1945 se evidenció que bajo la conducción de Perón se estaba gestando un verdadero movimiento que apareció públicamente en un acto político de cerca de 200.000 trabajadores, proclamándolo como candidato a presidente y dando una definición de su naturaleza: *ni nazis ni fascistas, peronistas*. Por otra parte, el 19 de septiembre, los partidos políticos opositores realizaron la llamada «marcha de la libertad» en la que participaron 250.000 personas entre las que se encontraba el embajador Braden. Esta manifestación era la expresión de una enorme movilización de diversas fracciones políticas que de alguna manera

¹⁸La palabra «lealtad» proviene del latín *legalitas*, con el mismo significado, y esta de *legalis*, a su vez de *lex* «ley», en última instancia de *legere*, o sea, reunir diversas cosas utilizando un criterio que les conceda cierta unidad. Aquello que permite sostener unido a ese conjunto diverso es el ejercicio de una cualidad que hace que en la acción se cumplan las leyes del honor y la fidelidad. No se trata solo de una concordancia de intereses, reivindicaciones o argumentos sino, ante todo de una ética compartida que entra en movimiento a partir del reconocimiento de una conducción. Es una cualidad ética que *no puede quedarse en solo un sentimiento interior, sino que ha de manifestarse en actos que constituyen sus formas exteriores* (Franco, 1953: 7).

expresaban lo «viejo» de la sociedad argentina pero que también era -en ese momento- lo «visible». La proximidad del 17 de octubre y la aparición de la Argentina «invisible» opaca su significado pero vale la pena detenerse en ella para analizar que expresaba ese conglomerado político.

La Unión Democrática, por medio de las consignas fijadas en grandes carteles, sostenían una «visión» de la construcción de nuestra identidad como pueblo: *Esto es Argentina: Revolución de Mayo, Asamblea de 1813, 9 de Julio, Caseros, Código Civil, Código Penal, garantías individuales*. Este imaginario de una Argentina liberal no podía reconocer que el mundo liberal-capitalista del siglo XIX se había acabado entre la Primera Guerra Mundial y la crisis de 1929. Esta parte del pueblo argentino que encontraba el sentido de la realidad a partir de la dicotomía «civilización o barbarie», era la que estigmatizaba al resto de ese pueblo al que socarronamente denominaba «cabecita negra» (*La Nación*, 20.9.1945)¹⁹. La gente gritaba ese 19 de septiembre: ¡Mitre sí! ¡Rosas no!, donde todos sabían que Mitre no era Mitre sino ellos y Rosas una masa -por ese momento todavía anónima y oscura- que producía la necesidad de la negación ante el temor de lo desconocido que expresan los escritos de Julio Cortázar (*Casa tomada*. Buenos Aires. Presidencia de la Nación. 2014), Ezequiel Martínez Estrada (*¿Qué es eso? Catilinaria*, Buenos Aires. Biblioteca Nacional. 2005); Jorge Luis Borges (*L'ilusion comique en Obras Completas*. Buenos Aires. Sudamericana. 2011 t.: 20 y *La fiesta del monstruo*, junto a Adolfo Bioy Casares en *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Buenos Aires. La ciudad. 1977).

El 16 de octubre se realiza una reunión del Comité Central Confederal (CCC) para decidir la política a seguir, estableciendo la necesidad de una *medida defensiva de las conquistas sociales amenazadas por la reacción de la oligarquía y el capitalismo* (Acta del CCC p.160). Por su parte, había un aire de revancha desde el sector patronal y dada la resolución de la Secretaría de Trabajo, los empleadores se niegan a abonar el feriado del 12 de octubre, apareciendo en algunas fábricas carteles en las puertas de acceso, con el siguiente texto: *El 12 de octubre vayan a cobrárselo a Perón* (*La Época* 15.12.1945).

Bruno Arpesella (UTA) sostendrá: *es necesario que la Confederación General del Trabajo adopte una determinación o medida de fuerza para contrarrestar la acción que están desarrollando los enemigos de la clase trabajadora [...] La clase patronal ha declarado la guerra al coronel Perón, no por Perón mismo, sino por lo que Perón hace por los trabajadores, a los que ha otorgado las mejoras que venían reclamando y les ha dado otras que ni siquiera las soñaban*, planteando un paro general el 18 de octubre (Actas CCC p.165-166; Wolf, 1973: 390). Por su parte, Néstor Álvarez (UTA) plantea la necesidad de aclarar que *la Confederación General del Trabajo, por razones de principio, no puede declarar la huelga solicitando la libertad del coronel Perón. Tenemos una gran deuda de gratitud con él [pero] si hemos de declarar la huelga general tendrá que serlo en defensa de nuestras conquistas y para parar la reacción patronal* (Actas CCC p.167; Wolf, 1973: 391).

Una vez fijadas las posiciones siguió un debate intenso y se da a conocer una declaración: *La Confederación General del Trabajo, resuelve: En defensa de las conquistas obtenidas y las por obtener y considerando que éstas se hallan en peligro ante la toma del poder por las fuerzas del capital y la oligarquía declara un paro general en todo el país por el término de 24 horas* (Actas CCC p.185, 170; Wolf, 1973: 402). El resultado de la votación en el Confederal resultó 16 votos por el paro y 11 en contra...el 18 de octubre habría huelga general (Actas CCC p.186, 170; Wolf, 1973: 402; Torre, 1995: 72).

¹⁹ El escritor Enrique Loncan, había escrito: *El enemigo no ha muerto. Vive aún: los espectros de Ibarra, de El Chacho y de Facundo acechan todavía entre los esteros, los chañares y las tunas esperando quizás el botín sangriento de un nuevo malón*. (1934: 243).

La respuesta de los trabajadores no se hizo esperar. En la noche del 16, *la policía disuelve una manifestación que daba vivas al coronel Perón en Florida y Corrientes, pleno centro porteño* (*La Época*, 16.10.1945) y el 17 de octubre de 1945 se produjo la manifestación espontánea más importante del siglo XX en Argentina²⁰. Cientos de miles de trabajadores marcharon sobre la plaza de Mayo pidiendo la libertad de Perón, provenían de distintos barrios de la Capital Federal, del partido de San Martín, Tres de Febrero, el oeste del Gran Buenos Aires, Lanús, Avellaneda, Berisso, La Plata, Campana...pero algo similar estaba ocurriendo en San Miguel de Tucumán²¹, en Córdoba, Salta, Mendoza²², San Juan y en Rosario (*La Capital*, 18.10.1945). En el Chaco se anuncia paro general y lo hacen los obreros ferroviarios de Junín (*La Época* 16.10.1945).

Resultado de ello se convoca a elecciones para 1946. La fórmula Juan Domingo Perón - Hortensio Quijano es levantada por un grupo de fuerzas (Unión Cívica Radical-Junta Renovadora, partido Independiente y partido Laborista). El 24 de febrero de 1946, Perón triunfa en las elecciones sobre todos los partidos coaligados por el 52.40%, diez puntos por sobre la Unión Democrática (UD), también gana las gobernaciones excepto la de Corrientes, 26 de los 30 senadores nacionales y 109 de las 155 diputaciones del Congreso de la Nación.

EL PROCESO FUNDACIONAL DE LA NUEVA ARGENTINA

La aparición de un desarrollo industrial elemental desde mediados de los años treinta se transformó en una política de promoción desde el gobierno peronista. En un análisis político, aparecía con él un nuevo sujeto, los trabajadores sindicalizados y unificados en una CGT, que interpelan la vieja estructura de poder oligárquico en un momento en que se ha derrumbado lo que empoderaba a ese sector: el Imperio Británico.

²⁰Cuando se señala el rol del sindicalismo se suele referir al papel que le hacen jugar los relatos Ángel Perelman (*Como hicimos el 17 de octubre*. Buenos Aires. Coyoacán. 1961) y Cipriano Reyes (*Yo hice el 17 de octubre*. Buenos Aires. CEDAL. 1984), pero como bien señala Juan Carlos Torre, el papel desde donde vivió el primero los hechos era el de un militante de un sindicato entonces incipiente (Unión Obrera Metalúrgica) y en el otro caso un dirigente de segunda línea respecto a los principales cuadros sindicales de entonces (Torre, 1995: 45). Ello no disminuye en nada el papel real que tuvieron pero no puede otorgárseles un factor decisivo en los acontecimientos como tampoco puede otorgársele un lugar a Evita más allá de sus gestiones personales para lograr la liberación de Perón. Al respecto, es notable que en junio de 1946 la revista *Sintonía* publica un artículo firmado por Raúl Apold sobre el 17 de octubre y no se la menciona; el 18 de octubre de 1947 el diario pro-peronista *Democracia* publica un relato de lo sucedido, y solo se menciona la lealtad de Evita; el 17 de octubre de 1949 aparecen una serie de notas en *Democracia* firmadas por Perón y Mercante hablando del acontecimiento y no se la menciona; el poeta y periodista Santiago Ganduglia publica un folleto titulado *Interpretación histórica del 17 de octubre* (Presidencia de la Nación. 1953), donde tampoco se la menciona, ni en otro folleto titulado *La mujer en la gesta heroica del 17 de octubre* (Granata, 1953); finalmente, cuando Eva Perón se refiere al 17 de octubre dice: *¡Nadie dio el toque de salida! ¡El pueblo salió solo! No fue la señora de Perón. Tampoco fue la Confederación General del Trabajo. ¡Fueron los obreros y los sindicatos todos los que por sí mismos salieron a la calle!* (Perón Eva, 1973, 144). Por ello no vemos por qué debemos contrariar en el relato aquello que la evidencia nos muestra. (Navarro Gerasi, 2005: 116-120).

²¹*El 15 de octubre se declara la huelga por tiempo indeterminado en todos los ingenios*, recuerda Luis René Villacorta, dirigente de la FOTIA, marchando los cañeros de Lules a Mercedes uniéndoseles allí los ferroviarios (*Primera Plana* 19.10.1965). Alberto Augier, a los 84 años de edad, recordaba esos acontecimientos: *En una reunión secreta, el 16 de octubre de 1945, habíamos decidido pasar a la acción. Al día siguiente, en forma sorpresiva, 20 trabajadores de los talleres ferroviarios de Taft Viejo subimos al tren, redujimos al maquinista y vinimos a la ciudad. No hubo violencia. En la capital ya había mucha gente y más gente se sumaba a la marcha. Fuimos a la plazoleta Mitre. Allí, a las 17, comenzó el acto. Estuvimos en el lugar hasta que desde la Unión Ferroviaria nos comunicaron que habían liberado a Perón. Ese fue el Día de la Lealtad en la provincia* (*La Gaceta* 17.10.2002).

²² En Mendoza se realizaron varias marchas y actos el 18 de octubre como apoyo a Perón (*Los Andes* 18.10.2004).

El otro elemento que tiene que contemplar ese panorama político frente al viejo enemigo oligárquico era su alianza con el Poder Judicial, y así, en 1947 se produce el juicio a la Corte Suprema de Justicia por haber legitimado el golpe de estado de 1930. Era esa Corte a la que la Unión Democrática quería que se le entregue el poder en 1945 en lugar de convocar a elecciones y había declarado inconstitucional la creación de delegaciones regionales de la Secretaría de Trabajo y Previsión²³. El resultado fue la destitución de la misma.

Como parte de su formación militar, Perón sabe que la conducción de un proceso no puede llevarse adelante sin una planificación, en función de ello, el 9 de septiembre de 1944 se publica en el *Boletín Oficial* el decreto 23.847/1944 por el cual se crea el Consejo Nacional de Postguerra, compuesto por militares y civiles con formación profesional o empresarial y a cargo de ello, por debajo de Perón, estaba quien fuera el factótum del Consejo, José Figuerola (de la Vega, 2017: 125-126).

El mismo Perón define en 1944 la función de dicho organismo: *la redistribución de los recursos humanos, espirituales y materiales de un país [...] requiere planes coordinados que no pueden dejarse a merced de la corazonada que inspire la exaltación de un sentimiento o a la audacia de una improvisación. Determinar la política económica que conviene seguir a corto plazo y enlazar sus realizaciones en las medidas que deben tender a más lejana ejecución, son tareas que requieren, por encima de todo, una vasta acción coordinadora* (Perón, 1998, t.: 6: 344).

La planificación económica no era vista como una cuestión técnica sino como parte de una visión política estratégica dentro del marco de la doctrina de la defensa nacional, teniendo particular relevancia la planificación industrial para la postguerra (Perón, 1945). A su vez existía una coordinación entre las normas dictadas por la Secretaría de Trabajo y Previsión y el Consejo Nacional de Postguerra que permitía construir instrumentos para un futuro nuevo gobierno (de la Vega, 2017: 151).

Esta concepción comenzó a plasmarse en la elaboración del *Primer Plan Quinquenal*: por primera vez se concentra y se programa una acción de gobierno a realizarse en un período de tiempo, mediante la cual se pondrá en función el potencial económico del país. Esta experiencia era bastante novedosa en el mundo, pues solo existían el plan sexenal mexicano de 1933; un plan quinquenal turco de 1934 y los planes quinquenales soviéticos. El plan argentino abarcaba el período 1947-1951 y su objetivo básico era realizar la transformación estructural del estado y la reorganización de la Nación en lo que hace a sus actividades productivas.

El planeamiento de todo lo que tenga que ver con la acción estatal como continuidad del Consejo Nacional de Postguerra, estará a cargo del Consejo Económico y Social a partir de 1946, cuyas funciones lo colocaban como organismo consultivo de la Secretaría Técnica de la Presidencia de la Nación, coordinando y ejecutando medidas económico-sociales. Dicho organismo se constituye con representantes del estado, bancos, empresarios y trabajadores.

En el año 1953, Perón explica cómo actúa respecto de la relación que debe existir entre la realidad del país y su organización jurídico-institucional: *nosotros, desde que estamos en el gobierno, primero tratamos de hacer algo, y luego, cuando las realizaciones prueban su eficacia, les damos las formas de la ley o del decreto [...] Esto no quiere decir que menospreciemos la legislación como fuente del derecho. Todo lo contrario. La legislación –en*

²³ El único miembro de la CSJ que no había participado en ese proceso era Tomás D. Casares, nombrado en 1944, un nacionalista católico con amplios antecedentes académicos (Regolo, 2012: 219).

*nuestro sentir- debe consolidar las experiencias y las costumbres, y regular la aplicación de las mismas*²⁴. Y es la base fundamental desde donde parte el desarrollo efectivo de las realizaciones empíricas iniciadas. Por eso la ley –que importa una consolidación permanente de deberes y derechos- no puede prescindir de la experiencia, sin que esto tampoco importe que le sea posible prescindir del método o de los principios generales de una doctrina o de una teoría (Perón, 1953-2: 6-7). El ejemplo característico es el de los derechos del trabajador: primero se establecieron políticas de justicia social, luego se firmó el decreto de 1947 y finalmente se incorporaron a la Constitución Nacional en 1949.

La política de nacionalización que se instaura no fue un proceso compulsivo. Por parte del estado era concebida como una necesidad de ampliar y mejorar los servicios públicos como parte de una implementación de la justicia social y el desarrollo económico independiente; por parte de las empresas privadas –mayoritariamente inglesas- coincidía la necesidad de desprenderse esos activos en Argentina para participar de la reconstrucción de la economía de postguerra de Gran Bretaña. La primera en nacionalizarse fue la empresa que suministraba gas en la ciudad de Buenos Aires en 1945, y entre 1947 y 1948 se adquirieron varias empresas similares que lo suministraban en la provincia de Buenos Aires, lo cual permitió extender la red de gas natural y rebajar las tarifas el 30%. La construcción del gasoducto desde Comodoro Rivadavia (1.700 km) permitió duplicar el número de familias que accedían a esa energía entre 1943 (216.000) y 1949 (400.000).

También se nacionalizó el sector telefónico el 3 de septiembre de 1946, el cual estaba en manos de la United River Plate Telephone Company, subsidiaria de la estadounidense ITT. Pero quizás la más icónica –y más grande- nacionalización fue la de los ferrocarriles. En 1946 se había comprado la empresa francesa Compagnie Générale de Chemins de Fer dans la Province de Buenos Aires con terminales en Buenos Aires, Rosario, La Plata, General Villegas y Victorino de la Plaza (tren de trocha angosta que pasará a ser el Ferrocarril General Belgrano), pero el grueso de las vías férreas estaban en manos de las empresas inglesas con las que se negocia a partir de 1948 (Rapoport, 2000: 387-393).

La negociación estaba en manos de Juan D. Perón, Atilio Bramuglia y Francisco Miranda, y después de varios «regateos» la compra se realiza por 150.000.000 de libras esterlinas que se pagaron en su mayor parte con la deuda que Gran Bretaña tenía con Argentina por los envíos de alimentos durante la guerra. ¿Pero qué se compró?:

El material ferroviario específico constaba de 2512 locomotoras; 443 coches eléctricos; 60.000 vagones de diversos tipos; 39.000.000 de durmientes; los Ferrocarrilera de Petróleo y las líneas económicas Decauville. Además se adquirirían 82.000 km. de alambrado; 2.000.000 m² de galpones; 1.000.000 m² de casas, estaciones; edificios de estaciones terminales; edificio de Av. Paseo Colón 185 (Buenos Aires); 30.000 hectáreas de terrenos en Buenos Aires y Gran Buenos Aires; 47.209.500 hectáreas de terrenos a lo largo de 24.453 km. de vías, cuyos rieles eran equivalentes a 2.450.000 toneladas de hierro; 30.000 km. de líneas telegráficas más sus instalaciones técnicas; las instalaciones del Dock Sud: 3.434 metros de muelle, 40 grúas, 7 galpones con una capacidad de almacenar 57.600 toneladas, 8.000 m² de terreno, 3 elevadores con una capacidad de 23.800 toneladas y 1 usina eléctrica; 14% de la empresa eléctrica de Bahía Blanca; depósitos Frigoríficos San Juan: la compañía de muelles y depósitos

²⁴ En 1943 ya existía un inventario no muy numeroso de leyes protectoras del trabajo (descanso dominical, jornada de 8 horas, «sábado inglés», etc.) pero que no eran respetadas o aplicadas (Palacio, 2018: 49ss), por lo cual Perón comenta que fue consultado sobre: *¿cuál cree usted que es la ley obrera más necesaria?* La respuesta fue: *una que haga cumplir la mitad de las que existen* (Perón, 1998, t.: 6: 282).

del puerto de La Plata; el 11% de la Compañía de Tierras y Hoteles de Alta Gracia y los hoteles Sudamericanos; el 20% del frigorífico de productores de uva y congelado de frutas, el Frigorífico y Mercado del Once; Distribuidora Nacional de Frutas; las compañías de transporte Internacional, Expreso Villalonga S.A., «El Cóndor», Transportes Cordilleranos S.R.L., Transportes Regionales Argentinos, Compañía de Transportes del Litoral; las empresas Fomento del Norte Argentino Agrícola-Ganadera e Inmobiliaria, Sociedad de Aguas Corrientes de Bahía Blanca, Sociedad de Consumos Ramos Generales y 17.000 pequeñas propiedades anexas.

Finalmente, una buena medición del significado de la mejora de la calidad de vida es el consumo en el mercado interno de bienes durables de uso doméstico: en 1941 se producían 14.319 heladeras mientras que en 1950 eran 45.520; en el mismo período se pasará de 5.232 cocinas a 12.780; de 4774 calefones se pasará a 31.024, lo cual es sostenido por la ampliación de la red de gas natural. Se triplicará la producción de planchas y la producción de ventiladores crecerá más del 2.000% (Bellini, 2009: 138).

NUEVA SITUACIONALIDAD INTERNACIONAL

Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945) y el armisticio en la guerra de Corea (1953) no se ha consolidado totalmente lo que Perón llamó la «convivencia imperialista», por lo cual hay una situación internacional más favorable para la lucha de los pueblos que buscan su liberación, y que en gran parte eran dependientes de una Europa que en términos reales había sido derrotada. Es por esa «apertura» que aparecen los múltiples movimientos de liberación que buscan llevar adelante políticas independientes y un ordenamiento interno socialmente más justo²⁵. Una de las consecuencias de estas guerras de parte de las metrópolis coloniales será el desarrollo de las técnicas de lo que luego se llamó «terrorismo de estado» (Mason, 2017).

El orden mundial creado por la «convivencia imperialista» no buscaba un equilibrio de poder, una dinámica que asegure un mínimo orden en pos de la supervivencia de los propios estados, sino que expresa la relación que establecieron dos actores principales que se han repartido el mundo y conviven, ejerciendo dentro de sus respectivas áreas un dominio hegemónico.

La dirigencia política estadounidense como la soviética tuvieron frente a sí las enseñanzas de los viejos imperios coloniales –en especial el británico– y ello les llevó a comprender que a diferencia de la economía, la estructura política no puede ser expandida indefinidamente, porque no está basada en la productividad del hombre, lo cual la limita. El crecimiento político está determinado por la necesidad de lograr el consenso genuino como legitimidad que conforma la base de los sistemas políticos de los Estados Unidos y la Unión Soviética, por lo tanto, ese crecimiento que constituiría la expansión en los viejos términos coloniales no puede ser considerado indefinido y sólo se puede conseguir raramente, y con dificultades, en los pueblos conquistados. Por eso se impone una nueva forma de dominio: se construyen «áreas de influencia», donde el dominador no tienen que hacerse cargo de la organización político-administrativa, jurídica y en algunos casos tampoco militar, aunque en ese «neo-colonialismo» se busque aplicar la «imposición» de su influencia mediante las formas más extremas de coacción (Krasner, 1995: 115-151).

Ello significa la comprensión respecto que no existe régimen político capaz de prolongar

²⁵ En los ámbitos académicos europeos y estadounidenses se denomina a este movimiento de los pueblos no desde ellos sino desde la visión de quienes los dominaban, por lo que no se hablará de «liberación» sino de «descolonización» y luego «poscolonización».

su existencia, si no acepta la plural condición del margen y la elasticidad; y todo sistema que prescinda de ambos elementos de maniobra, se condena irremediabilmente a la eliminación por la violencia (Barcia Trelles, 1955: 72).

Las dos potencias triunfantes de la Segunda Guerra buscarán delimitar, entonces, las zonas de hegemonía de cada bloque y frente a la emergencia de terceros en discordia, sujetos de un proceso de liberación, aparece la llamada «*guerra fría*», que fue básicamente un sistema de control global.

En el año 1947, la partición del mundo a la que hicimos referencia comienza a aparecer en el discurso público de las potencias convivientes. El presidente estadounidense Harry Truman dirá que *prácticamente todas las naciones se ven obligadas a optar por dos modos de vida diferentes. La política de los Estados Unidos debe ser la de apoyar a los pueblos libres que luchen contra el yugo que se pretende imponerles mediante la acción de minorías armadas o por presiones exteriores* (Citado en Gaddis, 1989: 401). Por su parte, en la conferencia inaugural de la Kominform de 1947, quedó establecida, por boca de Andrei Zhdanov, la división del mundo en dos bloques (Petra, 2010: 52).

Simultáneamente y frente a este panorama, Juan Domingo Perón enuncia la Tercera Posición en un mensaje difundido el 6 de julio de 1947, donde sostendrá la necesidad de sostener a la justicia social como ordenador de las relaciones sociales y frente al ordenamiento propuesto por la convivencia imperialista, debía sostenerse la soberanía nacional en un marco de integración continental.

LAS INFLUENCIAS Y DISCUSIONES EN TORNO A LA CONSTITUCION DE 1949.

La consolidación del proyecto político del peronismo a partir del avance institucional de la legislación laboral y social, la profundización del proceso industrial y el crecimiento del mercado interno, la modernización de las redes de distribución, las políticas de nacionalización producen un replanteo del rol del estado y las relaciones sociales que conforman la red solidaria que contiene a la comunidad política. Esas relaciones sociales son las que construyen la nueva materialidad que surge en Argentina, y por tanto las que deberían determinar el orden jurídico de la Nación. *Esas manifestaciones reales resultantes de la ampliación y complejización de la vida moderna suponían también un desarrollo de su organización. La reestructuración de las organizaciones intermedias de la sociedad, de las instituciones estatales y del aparato burocrático, necesitaba volver sobre las reglas que rigen sus acciones y la de los hombres que las componen.* Allí aparece la necesidad de volver sobre una Constitución pensada en el siglo XIX y reformularla para ordenar una comunidad de mediados del siglo XX (Régolo, 2012: 218)²⁶.

Alrededor de la reforma constitucional de 1949, se generó un debate sumamente rico y del cual hay una amplia bibliografía, dentro de la cual descollan los artículos publicados por la revista *Hechos e Ideas* entre 1946 y 1949²⁷.

Los temas en debate tomaban diversos aspectos de la nueva realidad que surgía en

²⁶Es de notar que en nuestro continente, la mayoría de los países ya habían iniciado un camino de actualización y modernización de sus constituciones: Bolivia (1945), Brasil (1946), Colombia (1945), Chile (1943) y México (1948).

²⁷ En el blog de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, en la sección Biblioteca puede encontrarse una parte importante de esa bibliografía (www.asociacionfilosofialatinoamericana.wordpress.com).

Argentina planteándose la necesidad de una planificación económico-social a la cual se convocaba a las universidades. Dentro de lo que es el mundo de la economía se busca redefinir el derecho a la propiedad y su función social; una nueva organización federal del desarrollo que planteaba la creación de regiones integradas superpuesta a la división política provincial; el papel de las cooperativas agrícolas; el lugar del Banco Hipotecario Nacional en la promoción de la construcción de vivienda y la consecuente generación de trabajo, como también las funciones del Banco Central; el papel de la obra pública como dinamizadora de la economía y el desarrollo petrolero como elemento de soberanía energética. Desde el punto de vista político y social se enuncia la Tercera Posición estableciendo los derechos sociales de los trabajadores; se plantea la reforma del Poder Judicial; se debate el papel del Ejército en el marco de la doctrina de la Defensa Nacional, como factor de progreso y desarrollo industrial, y la incorporación de los derechos individuales (Habeas Corpus) a la Constitución.

En ese marco aparecen tres trabajos que fueron objeto de debate. Por una parte, enfocado desde un punto de vista fáctico, se estudia el modelo estadounidense del New Deal, respecto de la movilización de masas y su incorporación al desarrollo del país por medio del libro *Democracia en marcha. La transformación del valle del río Tennessee*, de David Lilienthal (*Hechos e Ideas*, 1947-1948 n° 45 a 51, véase Biblioteca del blog). El otro caso expresaba una cuestión doctrinal que se debatía con la concepción liberal de la Constitución, *La filosofía del Iluminismo y la Constitución de 1853* de Arturo Sampay (Buenos Aires. Depalma. 1944) y *Fetichismo constitucional* de Carlos Astrada (*Hechos e ideas*, 1948 n° 55). El debate político se dará en el Congreso de la Nación y en la Asamblea Constituyente (C.f.: *Debates de la Asamblea Constituyente*. La Plata. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires Dr. Ricardo Levene. 2010. DVD).

Quienes se oponen a la reforma constitucional reducen ésta a la incorporación de la reelección presidencial y plantean la intangibilidad del texto de 1853. Frente a ello, el filósofo Carlos Astrada en el mencionado artículo sostendrá que *erigir los principios de la concepción liberal burguesa en «categorías objetivas y eternas» fue obra de la época iluminista, anclada en una visión anti-histórica de la vida [...] Las Instituciones y Constituciones, también productos históricos que responden a las necesidades de costumbres y épocas, no son pues intangibles. El mismo principio que las ha traído a la vida, haciendo de ellas estructuras objetivas, expresivas de exigencias jurídicas y políticas de un pueblo, puede modificarlas e incluso reemplazarlas por otras y hasta hacerlas desaparecer. No es el pueblo [...] para la Constitución, para rendirle culto idolátrico, para vivir extasiado en la sabiduría, supuestamente infalible, de los que la dieron. Sino que toda la Constitución [...] es para el pueblo, para su gobierno y mejor desenvolvimiento y él puede y debe, a fin de satisfacer nuevas exigencias y anhelos, verla y reformarla* (Astrada, 1948: 457-458).

La oposición atacará la reforma cuestionando su legitimidad y ante las argumentaciones del diputado radical Amílcar A. Mercader, Joaquín Díaz de Vivar –diputado peronista– sostendrá que la legitimación de una Constitución está dada por aquel que posee el poder constituyente, que no es otro que el pueblo. Esto es, la reforma constitucional recibe su legitimidad por la voluntad popular expresada en la elección de los convencionales constituyentes.

Joaquín Díaz de Vivar²⁸ sostendrá –citando a Carl Schmitt– *que una carta constitucional se propone garantizar siempre una determinada ordenación económica, política y social; y cuando los factores determinantes de esa gestación cambian substantivamente, la carta*

²⁸ La exposición de Díaz de Vivar se puede consultar en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* (2019) n° 23 en www.asociacionfilosofialatinoamericana.wordpress.com

política deja de tener vigencia, deja de ser un reflejo vivo, para transformarse en un tronco añoso y sin savia que puede todavía mantenerse erecto, pero solo por inercia, solo cuando el pueblo que la gestara carece de resortes históricos y de pulso político nacional (Díaz de Vivar, 1948: 161; *Diario de Sesiones Reunión* 33ª, 13-14.8.1948: 2661-2662).

La Constitución de 1949 a diferencia de la promulgada en 1853 –y las sucesivas reformas de 1860, 1866 y 1898- es fruto de una Convención Constituyente cuyos miembros fueron elegidos según el ejercicio pleno de la democracia (Ley 13.233/48). Es importante ver como ya Domingo F. Sarmiento sostiene en la sesión de la Convención Reformadora del 5 de enero de 1860 que, *esa Constitución que vamos a examinar fue dada el año 53, cuando no había prensa en la República Argentina ni la había en el mismo lugar en donde se discutió. Los pueblos no tomaron parte en el debate: dos o tres jurisconsultos, o que se consideraban tales, fueron los que proyectaron la Constitución, y la sancionaron en circunstancias terribles, en medio de la guerra y de los desastres, bajo pretexto de que había que salvar al país. Si alguna vez ha podido hacerse valer las circunstancias, era entonces, porque no había libertad: en primer lugar porque no había nacido la libertad ni había debates, porque no había pueblo, si es posible decirlo* (Torre Revelo, 1948: 453).

En la redacción definitiva de la Constitución aprobada en 1949 se encuentran también las sugerencias de Perón de incluir los «derechos del trabajador» (art.37): a trabajar, a percibir una retribución justa, a capacitarse, a tener condiciones dignas de trabajo, a la preservación de su salud, a gozar del bienestar (art. 38-40), a la seguridad social, a la protección de su familia, al mejoramiento económico y a la defensa de sus intereses profesionales; las de Evita sobre los «derechos de la ancianidad»: a la asistencia, a la vivienda, a la alimentación sana y adecuada a la edad, al vestido decoroso y apropiado, al cuidado de la salud física y moral, al esparcimiento, al trabajo, a gozar de tranquilidad y al respeto y consideración de sus semejantes. También aparecen las intervenciones de Ítalo A. Luder y Bernar Martini que propiciaron el reconocimiento de la labor gremial y de otros principios sociales; el de la posición social de la propiedad, bajo la influencia de la Constitución mexicana de Querétaro de 1917 y la Constitución de Irlanda de 1937 (art.35).

La oposición pasa por una situación muy dura, en los comicios para la Asamblea Constituyente -el 5 de diciembre de 1948- el peronismo obtuvo el 66% de los votos. La política de la minoría será encerrarse en una discusión técnica de cómo debe convocarse a dicha Asamblea y decide abandonar la Convención, que en el decir de Pablo Ramella fue *uno de los grandes errores históricos del radicalismo, por cuanto hubiera sido la gran oportunidad de hacer un pacto entre los dos grandes partidos populares* (Ramella, 2010), en búsqueda de consolidar la gobernabilidad del sistema político.

Bibliografía

ALZOGARAY, Julio (1933) *Trilogía de la trata de blancas, rufianes, policía, municipalidad*. Buenos Aires. S/D.

ARENDT, Hannah (2006) *Sobre la violencia*. Madrid. Alianza.

BARCIA TRELLES, Camilo (1955) *La política internacional norteamericana según la versión de George F. Kennan* en *Revista Política Internacional*. Madrid. nº 22.

BAROVERO, Diego (2010) *A 80 años de la Acordada de la CSJN que reconoció los gobiernos de facto*. Buenos Aires. Instituto Nacional Yrigoyeneano en <http://institutonacionalyrigoyeneano>.

blogspot.com/2010/09/la-acordada-de-la-corte-que-reconocio.html (Consultado el 13 de mayo de 2019).

BELINI, Claudio (2009) *La industria peronista*. Buenos Aires. Edhasa.

BENDAÑA, Alejandro (1976) *Roosevelt, Churchill y la neutralidad argentina en Todo es Historia*. Buenos Aires nº 113.

BRA, Gerardo (1989) *El negociado de las tierras de "El Palomar"*. Buenos Aires. CEDAL.

BRADEN, Spruille (1971), *Diplomats and Demagogues: The Memoirs of Spruille Braden*, New Rochelle, Arlington House.

CASCELLA, Armando (1969), *La traición de la oligarquía*, Buenos Aires, Sudestada.

COLUMBA, Ramón (1951), *El Congreso que yo he vivido*, Buenos Aires, Editorial Columba.

De la VEGA, Gustavo J. (2017) *Planificar la Argentina justa, libre y soberana. El Consejo Nacional de Posguerra (1944-1946)*. Bernal. Universidad Nacional de Quilmes.

DÍAZ ARAUJO, Enrique (1971), *La conspiración del 43*, Buenos Aires, La Bastilla.

DOCTRINA PERONISTA. (1954) Buenos Aires. Presidencia de la Nación.

EDEN, Anthony (1960) *The memoirs of the R. T. Hon. sir Anthony Eden*. Londres. Casell.

ESCUDE, Carlos (1983) *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina 1942-1949*. Buenos Aires. Editorial de Belgrano.

FISK, Isabel (1944) *Argentine: the thirteen years crisis* en *Foreign Affairs Review*. Edición de enero.

FRANCO, Alberto (1953) *Sentido y forma de la lealtad*. Buenos Aires. Presidencia de la Nación.

FRESCO, Manuel (1940) *Conversando con el pueblo*. Buenos Aires. Damiano.

GADDIS, John Lewis (1989b) *Estrategias de contención*. Buenos Aires. Emecé.

GANDUGLIA, Santiago (1953) *Interpretación histórica del 17 de octubre*. Buenos Aires. Presidencia de la Nación.

GRANATA, María (1953) *La mujer en la gesta heroica del 17 de octubre*. Buenos Aires. Presidencia de la Nación.

HEIDEGGER, Martin (1983) *Einführung in die Metaphysik*. Frankfurt am Main. Vittorio Klostermann.

IRAZUSTA, Rodolfo y Julio (1982), *Argentina y el imperialismo británico*, Buenos Aires, Independencia.

KELLY, David (1952), *The Ruling Few*, London, Hollis & Carter.

KRASNER, Stephen (1995) *Compromising Westphalia en International Security*. New York. Vol. 20 n° 3.

LONCAN, Enrique (1934) *Oraciones de mi juventud*. Buenos Aires. Viau y Zona.

MASON, Alfredo (1997) *Teoría del estado*. Buenos Aires. Biblos.

MASON, Alfredo (2007) *Sindicalismo y dictadura: una historia poco contada*. Buenos Aires. Biblos.

MASON, Alfredo (2017) *Los franceses y la lucha antsubversiva en Argentina en Historia Actual On Line*. Granada. N° 44.

MATHUS HOYOS, Alejandro (1936) *La restauración oligárquica de 1930 en Hechos e Ideas*. Edición n° 18.

MATSUSHITA, Hiroshi (1983) *Movimiento obrero argentino 1930/1945*. Buenos Aires. Siglo Veinte.

MOLOTOV, Viacheslav Mijáilovich (1997) *Speech of Soviet Foreign Commissar V. M. Molotov opposing admission of Argentina to the San Francisco Conference* en www.ibiblio.org/pha/policy/1945/1945-05-01c.html (Consultado el 15 de mayo de 2019).

MONIZ BANDEIRA, Luiz Alberto (2007) *La formación del imperio americano*. Buenos Aires. Norma.

MÜLLER, Roberto D. (2010), *Las conferencias del Jockey Club (1921-2010)*, Buenos Aires, Biblioteca del Jockey Club.

NAHUM, Benjamín (Ed.) (1999) *Informes diplomáticos de los representantes del Reino Unido en el Uruguay*. Montevideo. Universidad de la República.

NAVARRO GERASI, Marysa (2005) *Evita*. Buenos Aires. Edhasa. 2005.

NEWTON, Ronald C. (1995) *El cuarto lado del triángulo*. Buenos Aires. Sudamericana.

ODDONE, Juan (2004) *Vecinos en discordia*. Montevideo. El Galeón.

PALACIOS, Juan Manuel (2018) *La justicia peronista. La construcción del nuevo orden legal en la Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI.

PAYRO, Roberto J. (1943) *Pago chico*. Buenos Aires. Losada.

PERON, Juan D. (1945) *Significado de la defensa nacional desde el punto de vista militar en Curso de Cultura Superior Universitaria*. La Plata. Universidad Nacional de La Plata.

PERON, Juan D. (1953-1) *Exposición del Segundo Plan Quinquenal*. Buenos Aires. Presidencia de la Nación.

PERON, Juan D. (1953-2) *Perón, su pueblo y el II Plan Quinquenal*. Buenos Aires. Presidencia de la Nación.

PERON, Juan D. (1965) *El concepto justicialista*. Buenos Aires. Escuela Superior de Conducción Política del Movimiento Peronista.

PERON, Juan D. (1973) *El pueblo ya sabe de qué se trata*. Buenos Aires. Freeland.

PERON, Juan Domingo (1998) *Obras Completas*. Buenos Aires. Fundación Pro-Universidad de la Producción y el Trabajo-Fundación Universidad a Distancia Hernandarias.

PETRA, Adriana (2010) *Cosmopolitismo y Nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la guerra fría (1947-1956)* en *Contemporánea*. Montevideo vol.: 1 n° 1.

RAMELLA, Pablo (2010) *Entrevista en Constitución del '49. Reflexiones a 60 años*. La Plata. Jefatura de Gabinete de Ministros. 2010.

RAPOPORT, Mario (2000) *Historia económica, política y social de la Argentina*. Buenos Aires. Macchi.

REGOLO, Santiago (2012) *Hacia una democracia de masas. Aproximaciones histórico-sociológicas a la reforma constitucional de 1949*. Buenos Aires. Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Eva Perón.

SAGASTIZABAL, Leandro de (1976), "Economía y sociedad", *Todo es Historia*, Buenos Aires, Biblos.

SCALABRINI ORTIZ, Raúl (1957), *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Fernández Blanco.

STEWART, Andrew (2008) *Empire lost. Britain, the Dominions and the Second War World*. Londres. Continuum.

TORRE, Juan Carlos (1995) *17 de octubre de 1945*. Buenos Aires. Ariel.

TORRE REVELO, José (1948) *Acción parlamentaria en pro de un revisionismo constitucional en Hechos e Ideas*. Buenos Aires. V. : 9 n° 55.

TORRES, José Luis (2010) *Los perduellis*. Buenos Aires. Editorial Docencia.

USA-UNITED STATES OF AMERICA. (1985) Department of State. *Foreign relation of the United States*. Washington.

WASKIEWICZ, Silvia Andrea (2007), *La masacre de Oberá, 1936*. Posadas. Universidad Nacional de Misiones.

WEIL, Félix (2010) *El enigma argentino*. Buenos Aires. Biblioteca nacional.

WOLFF, Inge (1973) *Peronismus und Gewerkschaften. Ein Dokument zur Oktoberkrise des Jahres 1945* en *Jshrbuchfür Geschichte Lateinamerikas* n° 10.

Los derechos especiales en la Constitución de 1949 desde una perspectiva intercultural de los derechos humanos¹



Eduardo J. Vior*

Introducción

La Constitución de 1949 era hasta hace pocos años un tema huérfano de tratadistas en Argentina. Entre tanto, importantes contribuciones han comenzado a llenar el hueco (Azzali, 2014; Benente, 2019; Cholvis, 2009; González Arzac, 2011). Sin embargo, tres grupos de argumentos se continúan esgrimiendo contra esta reforma: 1) un primer grupo cuestiona su abandono de los principios liberales del texto de 1853, y especialmente de la Reforma de 1860, y la introducción de los derechos sociales, la intervención del Estado en la economía y la centralización de la soberanía en el Estado nacional (Nieto Ortiz, 2001: 146-147); 2) un segundo grupo coloca en el primer plano los procedimientos parlamentarios y constituyentes que condujeron a la sanción del nuevo texto constitucional (Bidart Campos, 1993: 199; Zarini, 1999: 60-61 y 70-73); 3) un tercer grupo, finalmente, afirma que el espíritu nacionalista y social de dicha Constitución Nacional pertenece al pasado.

Los constituyentes de 1949, por el contrario, coincidieron en fundamentaron la oportunidad de la Reforma constitucional con el cambio de época: la Constitución de 1853 habría sido un gran texto para su tiempo, pero un siglo después era necesario ajustarla a la evolución histórica (Guardo/Cooke, 1949).

**Exposición en el seminario principal de la Asociación de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales, 2019.*

¹ La primera versión de este artículo se publicó en Biagini, Hugo E.; Roig, Arturo A. (dir.), 2006, *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX – Tomo II: Obreroismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires. Biblos. pp. 191-208.

En la presente contribución se parte del supuesto de que la cuestión central planteada en 1949 sigue vigente:

¿Cómo construir un orden constitucional y político basado en la Justicia que, a la vez que garantice la vigencia de los derechos humanos, consolide su vigencia mediante una política económica reguladora y la soberanía del Estado?

41 Antes de entrar directamente al tratamiento de los derechos especiales en la misma quedan todavía por responder dos objeciones posibles: la primera se refiere a la pertinencia de analizarlos desde la óptica de los derechos humanos. La Constitución se promulgó tres meses después de proclamarse en las Naciones Unidas la Declaración Universal de los Derechos del Hombre (DUDH) y está animada de la tradición del constitucionalismo social iniciada con la Constitución Mexicana de 1917. A la enumeración de los derechos civiles tradicionales (palabra, credo, movimiento, ejercicio de la profesión, propiedad, etc.) añade expresamente el *habeas corpus* y el derecho de reunión. Además, en un largo art. 37 (nuevo) incorpora una detallada enumeración de derechos especiales: del trabajador, de la familia y la niñez, y de la ancianidad, así como de la educación y la cultura. La coincidencia temporal entre la redacción de la DUDH y la discusión constitucional argentina impulsa el hilo argumental de este trabajo, ya que, si se comprobara que los derechos especiales incluidos en el art. 37 (nuevo) de la Constitución de 1949 constituyen derechos humanos, se constataría, primero, que la misma fue una de las primeras del mundo animadas por dichos principios y, segundo, que Argentina desarrolló entonces una versión propia de los derechos humanos, sin por ello negar su universalidad. Se estaría, entonces, verificando que el desarrollo de los derechos humanos sigue múltiples caminos y no solamente la línea evolutiva originada en Inglaterra y Francia en el siglo XVIII.

En segunda instancia, confirmar que el Peronismo haya establecido en “su” Constitución derechos humanos obligaría a modificar las teorías y los métodos utilizados para el estudio de las ideas políticas argentinas en el siglo XX, revalorizando el rol de las ideas del primer gobierno peronista en su relación con las prácticas sociales y su perpetuación a través de las instituciones políticas y sociales que fundó y/o impulsó.

Por las razones expuestas, se plantea aquí la cuestión siguiente: ¿en qué medida los derechos especiales incorporados al nuevo artículo 37 de la Constitución de 1949 eran derechos humanos?

Presupuestos teórico-metodológicos: la aproximación intercultural a los derechos humanos²

En la literatura científica existe consenso en afirmar que los derechos humanos son universales, indivisibles, recíprocos y están interrelacionados. Sin embargo, las discusiones comienzan cuando se intenta precisar de qué modo se manifiesta socialmente su universalidad y continúan cuando se trata de definir su carácter como norma. Por razones de espacio aquí no se desarrollarán dichas discusiones. Sin embargo, a los efectos del presente trabajo es importante tomar posición.

En el presente trabajo se consideran los derechos humanos como normas surgidas y desarrolladas históricamente en contextos específicos que se presentan de modo similar en todas las sociedades humanas. Si no se cumpliera la última condición, no serían universales.

2 Este apartado se basa en la ponencia leída en el 5° Congreso de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP), reunido en Córdoba del 15 al 19 de noviembre de 2005. Fue publicada en el CD-Rom en las actas del evento.

Por lo tanto, debe considerárselos como muy anteriores a su formulación como tales en la segunda mitad del siglo XX. Desde el inicio de la humanidad debió existir en cada sociedad una noción compartida sobre la dignidad de la persona humana y sobre el derecho a resistir la opresión, que son los dos núcleos inherentes a toda concepción de los mismos. Pero precisamente, porque son patrimonio de todos los seres humanos, dependen en su articulación y modo de expresión de las condiciones histórico-culturales de cada sociedad y cada momento de la historia de la humanidad (Bielefeldt, 1998; Brocker, 1997; Dudy, 2002; Fornet-Betancourt, 2000: Fornet-Betancourt/Sandkühler, 2001; Lohmann/Gosepath, 1998). En cada fase y en cada ámbito geográfico y cultural los derechos humanos se fueron desarrollando en formas específicas desde el inicio de la historia de la Humanidad. Nunca han existido culturas sin una noción, aunque sea elemental, de derechos humanos (Vior, 2003). Así se han desarrollado distintas visiones de los mismos que tienden a organizarlos de modos diferentes y con acentuaciones diversas. Actualmente predominan en el mundo las visiones liberales que alcanzaron posiciones de poder en las revoluciones inglesa de 1688, norteamericana de 1776 y francesa de 1789 que luego se difundieron por el mundo como resultado, primero, de la expansión imperialista y, luego, de la resistencia anticolonial a la misma.

El derecho a resistir a la opresión es en toda cultura y todo momento el núcleo desde el que se desarrollan todas las concepciones de los derechos humanos (Fritzsche, 2004). El derecho de resistencia se fundamenta en el impulso de todo ser humano a buscar su liberación y sólo puede realizarse dentro de la comunidad. Ésta se entiende aquí como aquella red de intercambio de sentidos que permite conformar la identidad de la persona y los grupos humanos. Por lo tanto, la comunidad es siempre simbólica, es siempre un sistema comunicativo que organiza los intercambios discursivos, no existe ser humano que no pertenezca a alguna comunidad, todo ser humano puede pertenecer al mismo tiempo a más de una de ellas y no existe oposición entre comunidad y sociedad. Esta última es el modo en que se organiza (y sobre todo se institucionaliza) la producción, circulación y reproducción de la vida en torno al Estado. En esta apretada síntesis se ha tomado posición ante diferentes discusiones importantes de las ciencias sociales, pero que por razones de extensión no pueden exponerse en este lugar.

No existe ejercicio del derecho de resistencia fuera de la comunidad. Es más, la posibilidad de su ejercicio es fundante del propio sentido de pertenencia común, o sea que la misma sólo puede afirmarse negando la opresión³. La comunidad ha sido siempre el agente de ejercicio de este derecho, así como de aquéllos derivados de él. Con el advenimiento de la modernidad europea y el origen del capitalismo, mediante un giro semántico la idea de comunidad desaparece del discurso político⁴ sin perder efectividad performativa, y es remplazada por la figura del individuo soberano y aislado, autónomo por su pura conciencia racional y/o su búsqueda del bienestar. La idea liberal de derechos humanos se fue construyendo en los últimos tres siglos en una sucesión de (veladas) referencias a discursos extraeuropeos y precapitalistas sobre la dignidad del ser humano que fueron reelaborados e ideologizados para dejar en pie al individuo burgués, racional y consciente de sus fines como único sujeto posible de los mismos.

3 Para una discusión actualizada y matizada del concepto de comunidad v. A. Bialakowsky (2010); A. Honneth (2001: 268-272).

4 Hay fuertes indicios de un desplazamiento del concepto de comunidad en la obra de J. Locke, quien da la impresión de seguir basándose en ella sin mencionarla. Así, la idea de Commonwealth que fundamenta su posición ante el Derecho Natural sería la de una comunidad integrada por hombres (masculinos), ingleses, anglicanos y propietarios. Esta fuerte restricción de la pertenencia a la comunidad de derechos sería el motivo para que el concepto desaparezca del debate teórico y quede como un supuesto innombrable.

Pero el discurso de y sobre los derechos humanos negaría su propio núcleo emancipador, si se cerrara a las sucesivas demandas de libertad e igualdad formuladas en su nombre. Mientras la expansión de los imperialismos en el siglo XIX podía permitirse desoír los reclamos de libertad de los pueblos avasallados, porque las mismas se planteaban todavía en códigos extraeuropeos, no le fue fácil a las élites dominantes hacer por largo tiempo oídos sordos a los reclamos de los movimientos obreros y las sufragistas. El redescubrimiento de la dignidad del trabajo en el pensamiento católico a partir de la encíclica *Rerum Novarum* de Pío XI lo definió como un derecho humano. La extensión del sufragio y las paulatinas reformas sociales del Derecho fueron parte del proceso de extensión de la idea de derechos humanos a los derechos sociales y económicos. Pero todavía se trataba de que el Estado reconociera y garantizara derechos. Invisibilizada la comunidad como agente de los mismos, el “pueblo” se convertía en el Estado liberal en una entelequia de Derecho positivo.

Recién la Revolución Mexicana de 1910-20, al recuperar la comunidad campesina como sujeto de los derechos consagrados en la Constitución de 1917 y fusionarla con la reconstrucción de la nacionalidad mexicana, reinventó el pueblo –sinónimo de clases y sectores trabajadores, artesanos, pequeños propietarios- como sujeto de la Nación. Esta construcción recorrió exitosamente todo el siglo XX, imponiéndose en América Latina, pero con repercusiones en todo el mundo. Fueron los derechos sociales consagrados en la Constitución mexicana los que inspiraron a la Constitución alemana de Weimar en 1919. De allí saltaron a la recién fundada OIT y al Derecho de muchos países, sea como finalidades y garantías estatales, sea como derechos subjetivos. Pueblo y derechos constituyeron hasta 1989 un binomio inseparable, omnipresente en la política internacional.

Luego de que las potencias occidentales hubieran vencido en la lucha contra el Eje en nombre de los principios universales de la libertad y la democracia, para lo que convocaron en su ayuda también a los habitantes de sus propias colonias en Asia, África y el Caribe, tuvieron que reconocer la validez universal de tales derechos. Tampoco la Unión Soviética de J. Stalin, que había proclamado los derechos económicos y sociales como parte de la Constitución de 1936 y participado en la alianza antinazi en nombre de la paz y la democracia, podía negarse a la proclamación de los mismos, aunque más no fuera como garantías otorgadas por el Estado. De este modo, después de un largo proceso de resistencias y luchas los mismos fueran proclamados como derechos subjetivos de los individuos en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948. A pesar de que fueron resultado de un difícil diálogo intercultural que terminó con un compromiso, tanto esta declaración como el desarrollo posterior fueron cooptados por las concepciones liberales que los difundieron por el mundo con su propio sesgo ideológico (Craven, 1998; Dudy, 2002; Lohmann/Gosepath, 1998).

La descolonización de Asia, África y el Caribe llevó en los años 1960 a ampliar el abanico de las visiones culturales de los Derechos Humanos. La manifestación más clara de este pluralismo es la compleja cruz de compromisos que caracteriza los pactos sobre los Derechos Civiles y Políticos (PIDEC) y sobre los Derechos Económicos, Sociales y Culturales (PIDESC), ambos de 1966, aunque ratificados recién diez años más tarde. Desde mediados de los años 1980 hasta fin de siglo, en tanto, se multiplicaron las discusiones sobre los derechos de grupos con vulnerabilidades especiales (mujeres, pueblos originarios, niños, discapacitados, tercera edad, etc.), así como sobre los llamados “derechos complejos” (a la paz, al desarrollo y a un medio ambiente saludable), aumentando el pluralismo en las posiciones y la complejidad de los temas sobre los que se requerían compromisos. El desplazamiento de los ejes de discusión teórica y política a partir de 2001 no resolvió empero la cuestión del pluralismo cultural y jurídico que sigue planteándose con gran fuerza en cada instancia en que se discute la (re)organización del orden político.

En la acepción actualmente predominante en las organizaciones internacionales los Derechos Humanos son principalmente normas jurídicas destinadas a proteger a sujetos de Derecho individuales y grupales ante las arbitrariedades del Estado. Sin embargo, las prácticas restrictivas de ratificación de los acuerdos y convenciones internacionales en la materia por parte de muchos países, así como la resistencia generalizada a sancionar y a implementar administrativamente la mayoría de los derechos consagrados, relativizan su vigencia efectiva. Como además los derechos ya sancionados alcanzan sólo a los pocos habitantes del planeta en condiciones de defenderse judicialmente, la importancia de los Derechos Humanos como normas jurídicas se encuentra fuertemente limitada. No obstante, aunque su fuerza jurídica fuera mucho mayor, no disminuiría su importancia como normas morales y principios fundantes de un orden político acorde a la dignidad humana. En este trabajo se parte, por lo tanto, de una aproximación a los Derechos Humanos que incluye y excede su función jurídica y tiene en cuenta las múltiples posibilidades de aproximación intercultural a los mismos.

Este desarrollo no se da sin embargo en contextos culturales vacíos, ya que la especificidad de las condiciones históricas y culturales determina la ubicación del horizonte de los Derechos Humanos en cada sociedad y el sentido de su relación con el conjunto de la estructura económica, social y política. Los Derechos Humanos son parte del patrimonio cultural de cada sociedad y, en tal función, conforman en manifestaciones simbólicas la identidad de las comunidades de comunicación, la más importante de las cuales es la Nación.

El contexto histórico: el nacionalismo popular peronista

En los “derechos sociales” formulados en el nuevo art. 37 de la Constitución Nacional reformada en 1949 se sintetiza gran parte de las llamadas “reformas sociales” que Perón y sus colaboradores fueron introduciendo desde que aquél se hizo cargo del Departamento (después Secretaría) de Trabajo y Previsión el 4 de junio de 1943. En otros trabajos (Vior, 1983; 1991) caractericé el denominado “Peronismo histórico” (o sea, el del período 1945-1972) como movimiento nacionalista popular que refundó la comunidad imaginaria de la Nación Argentina⁵ mediante un proyecto de país basado en la justicia social distributiva y reparadora, la regulación estatal de la industrialización para alcanzar el crecimiento “armónico” de la economía y la centralización de la soberanía en el Estado nacional y, dentro de él, en el Presidente de la República.

Desde mediados de los años 1930 se desarrolló en Argentina un modelo de acumulación basado en la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI). Roto el sistema económico mundial a partir de 1930, se produjo un relativo aislamiento de la economía nacional que, por efecto de la Segunda Guerra Mundial, se prolongó hasta el inicio de la reconstrucción europea. Al reconstruirse el sistema económico mundial, empero, Argentina fue marginada del mismo por los Estados Unidos. Cuando éstos convocaron en agosto de 1947 a la conferencia de los países que aspiraban a proveer a Europa con bienes transables en las condiciones del recién anunciado Plan Marshall, el Departamento de Estado bloqueó la invitación a Argentina. Así ésta se vio excluida de los beneficios crediticios que el Tesoro norteamericano otorgó para restablecer el flujo comercial en el Atlántico Norte. En 1947 todavía el 19% de las importaciones de los países de Europa Occidental provenía de nuestro país, mientras que en 1948 esta cifra alcanzó sólo el 4% (Rapoport/Spiguel, 2009; Vior, 1983: 150-152). Este factor es fundamental para comprender el estrangulamiento externo que sufrió nuestra economía. Este relativo aislamiento disminuyó nuestra capacidad para capitalizarnos, pero también afectó la

5 Para las concepciones de Nación y nacionalismo utilizadas en este texto véanse, además de las obras mencionadas del autor, entre otros Anderson (1991), Connor (1972), Deutsch (1966; 1969), Gellner (1983), Hobsbawm (1990) y Mármora (1984).

habilidad del Estado nacional para regular la economía.

Cuando en 1944 se fundó el Consejo Nacional de Posguerra (de la Vega, 2017; Novick, 2004 : 34), la política industrial adquirió sistematicidad, coherencia y un objetivo político: era necesario desarrollar el mercado interno y satisfacer las necesidades básicas de la población, para 1) consolidar las reformas sociales introducidas por el gobierno y 2) evitar que al finalizar la Guerra Mundial se repitiera el receso industrial experimentado en 1919 con sus negativas secuelas (Vior, 1991: 328-338). No obstante, el proceso de industrialización sustitutiva pronto llegó a un “cuello de botella”, por un lado, por el estrangulamiento externo y, por el otro, por la falta de una masa campesina de reserva sobre la que descargar los costos de la industrialización y la política social, como se hizo en México y Brasil. La puja por la apropiación del excedente quedó planteada sin disfraces.

El apoyo de Perón a los reclamos sindicales lo enfrentó a la parte más concentrada y tradicional de los grupos dominantes y a los sectores conservadores de las Fuerzas Armadas. En el otro bando, influida por la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de la oposición se identificó como “democrática” y acusó al gobierno de ser “fascista” (Vior, 1991: 328-338).

Perón intentó hasta mediados de 1945 arbitrar entre los distintos grupos y partidos. Pero en junio de ese año los sectores dominantes publicaron el llamado “Manifiesto de las fuerzas vivas” en el que criticaron a la vez la política social del gobierno provisional y exigieron su renuncia, con lo que cooptaron la protesta democrática-liberal y fracturaron la sociedad argentina en dos bloques irreconciliables (Vior, 1983: 255-260).

En 1945 Perón debió optar: podía plegarse al bloque oligárquico y al imperialismo norteamericano (de hecho, el embajador Spruille Braden le ofreció acogida) o aliarse con la clase trabajadora, pero ya no podía arbitrar más. Perón decidió por la segunda alternativa y entró en la historia.

El nacionalismo popular fue el vínculo unitivo entre Perón y sus conducidos (Martins, 1981: 218-222). Por “lo nacional” el movimiento se postulaba como único representante de “la Nación”, al mismo tiempo que señalaba el camino para construirla como comunidad inclusiva.

Lo “popular”, en tanto, incorporaba al discurso estatal la relación privilegiada entre la conducción y los sectores subordinados de la sociedad reconociéndolos como ciudadanos en tanto miembros del “pueblo-Nación” (Martins, 1981: 221). A partir de estos elementos se caracteriza aquí al Peronismo histórico como un movimiento nacionalista plebeyo y policlasista. Si todos los nacionalismos son a la vez integradores y excluyentes, el Peronismo era todavía más estricto, porque la violencia del enfrentamiento de clase del invierno de 1945 marcó la estructura y los métodos del movimiento.

Para entender la ideología y el discurso de este movimiento, es adecuado retomar la estructura propuesta por el propio líder, según la cual la ideología del Peronismo se expresa en las tres obras centrales de Perón: *Una Comunidad Organizada* (Perón, 1973a); *La Doctrina Peronista* (Perón, 1973b) y *Conducción Política* (Perón, 1971). En este lugar no se hará un análisis de estas obras, pero se las toma como referencia para el estudio de la reforma constitucional.

En un contexto de estrangulamiento externo y radicalización interna la reforma constitucional de 1949 debe verse como parte de una estrategia para consolidar el control del Peronismo sobre el Estado y la sociedad, centralizando el primero y asegurando la movilización permanente de la segunda. Preguntando concretamente por los derechos especiales incluidos

en el nuevo art. 37 esto quiere decir: ¿se trataba de una mera declaración de fines del Estado o del reconocimiento de derechos subjetivos? Esta pregunta es la materia central de la hipótesis de este trabajo.

Hipótesis

Partiendo de las consideraciones previas la hipótesis de este trabajo puede formularse del modo siguiente: Si se verifica que los derechos sociales consagrados por la Constitución de 1949 en su artículo 37 son subjetivos e independientes de la voluntad del Estado, debe considerárselos como derechos humanos de grupos especiales.

Debe aceptarse, por lo tanto, que existen desarrollos de los derechos humanos autónomos y diferentes de la tradición de origen anglosajón y francés predominante. Esto significaría también que en el mundo, en principio, pueden coexistir en pie de igualdad innumerables ideas de los derechos humanos y que, por lo tanto, el sistema internacional que en ellos se basa debe reconocer diversas fuentes de legitimación del poder, todas ellas sobre la base de los derechos humanos e igualmente valiosas.

Finalmente, en lo referido a nuestro país, si concluimos que la Constitución de 1949 se basaba en derechos formulados como derechos humanos, se invalida definitivamente su derogación por decreto en 1956, la subsecuente Constitución de 1957 y su no consideración por la Convención reformadora de 1994.

El desarrollo y la verificación de esta hipótesis exige primero estudiar la necesidad de la reforma constitucional, luego la estructura del texto aprobado y el lugar de los derechos sociales en el mismo, juzgar más adelante sobre su carácter y considerar finalmente si la hipótesis ha sido verificada o no.

Necesidad de la reforma constitucional

Desde su llegada al gobierno en 1943 Perón siempre vio lo que él denominaba “la reforma social” como parte de un conjunto sistemático al que también pertenecían “la reforma económica” y “la reforma política”. Como él mismo lo explica (Perón, 1973b: 15-17):

Nosotros aplicamos en primer término una reforma social, (...) A ella nosotros debíamos agregar la reforma económica, porque ésta sentaba las bases de posibilidad para la reforma social. Una reforma social que no lleve hacia una reforma económica es siempre relativa (...).

La reforma económica trataba simplemente dos puntos fundamentales: mantener dentro del país la riqueza del mismo; repartir esa riqueza equitativamente, (...).

Reforma política: Nosotros, en esta última, consideramos a su vez tres etapas distintas: la primera es la reforma política propiamente dicha, es decir, conformar una serie de principios y una doctrina que con el poder de nuestra fuerza política hemos de imponer al futuro del país, (...).

Por “reforma social” entendía él, por un lado, la intervención del Estado en las relaciones entre patrones y obreros o empleados para restablecer el equilibrio de poder de negociación y reducir la disparidad de ingresos. El principio rector de esta política era la

“justicia social”, entendida por Perón -y, especialmente, por Eva Perón- como una idea de justicia reparadora que, para restablecer la paridad entre privilegiados y desposeídos, debía – al menos por un tiempo– apoyar unilateralmente a los más débiles. Por el otro lado, el Estado debía intervenir directamente o por medio de organizaciones no-burocráticas (como fue la “Fundación Evita”), para ayudar y rescatar a los sectores más pobres del país que no contaban con organizaciones fuertes que les permitieran negociar paritariamente. Esta acción estaba presidida por la idea de “solidaridad social”, que implicaba concebir a la sociedad como un todo organizado en la que ningún individuo debe quedar abandonado a su suerte. Ambos principios eran las patas sobre las que se sostenían las “reformas sociales”⁶.

Pero, para que la “reforma social” se hiciera duradera, era necesario modificar el sistema económico. Por ello Perón introdujo una “reforma económica” que debía permitir la intervención del Estado en la actividad económica y ceñir el usufructo de la propiedad privada a su función de asegurar el bienestar general. Así las “reformas sociales” quedarían aseguradas por el control estatal del ciclo económico (Basualdo, 2006; Vior, 1983: 151-160).

Finalmente, con la “reforma política” se debía dar continuidad y estabilidad a las reformas de las relaciones sociales y de la economía, centralizando el Estado. Esta argumentación fue, por ejemplo, la expuesta por Arturo E. Sampay al presentar el despacho de la mayoría de la Comisión Revisora del proyecto constitucional ante el pleno de la Convención, el 8 de marzo de 1949 (Sampay, 1949: 383-384): a) la reforma se justificaría por la necesidad de ajustar el texto constitucional a la evolución de la sociedad; y b) era conveniente institucionalizar las reformas sociales, para superar una situación “extraconstitucional” (*sic*), asegurándolos contra giros reaccionarios.

Por lo expuesto, la posición y el significado de los derechos especiales incorporados a la Constitución Nacional en la reforma de 1949 deben juzgarse, primero, en función de su lugar en el sistema general de reformas y, segundo, en su relación con la política general del gobierno. El propio Perón justificaba dos años antes de la reforma la necesidad de incorporar los derechos a la Constitución diciendo que:

(...) BUSCAMOS:

Asegurar para nuestro pueblo un régimen social justo y humano; donde la cooperación remplace a la lucha; (...).

Asegurar los *derechos del trabajador* [cursiva en el original – EJV] incorporándolos a la ley y a las costumbres argentinas, (...).
(...).

Nótese el desplazamiento argumental respecto a la primera versión de los “Derechos del Trabajador” presentada el 24-2-1947 (Perón, 1947: 23):

6 En las fuentes consultadas al respecto aparecen entre los autores cercanos al Peronismo dos posiciones claramente diferenciadas: por un lado, los intelectuales procedentes del nacionalismo oligárquico y de la Iglesia Católica explican las “reformas sociales” por la necesidad de restablecer “la armonía” y “el orden natural”. Véase por ej. Avanza (1950), Casares (1953), Ibarguren (1948), Ivanissevich (1948), Landau (1952), Marc (1949), Sampay (1951a) y Valenzuela (1955).

Por el contrario, aquellos autores más ligados al movimiento obrero las legitiman por la necesidad de devolver a los trabajadores algo de lo mucho que durante largo tiempo les fue quitado. Pueden verse al respecto Cardarelli Bringas (1948; Cereijo, 1948; Guardo y Cooke, 1949; López Francés, 1948; Madariaga, 1948).

(...) instituir recursos legales tendientes a reconocer la legitimidad de esos derechos [de los derechos sociales – nota EJV] en la extensión que permitan las posibilidades y los intereses colectivos (...). (...) teniendo en cuenta que los derechos derivados del trabajo, al igual que las libertades individuales, constituyen atributos naturales, inalienables e imprescriptibles de la personalidad humana, cuyo desconocimiento y agravio es causa de antagonismos, luchas y malestares sociales (...). (Perón, 1948: 10).

Perón osciló durante cierto tiempo entre una concepción funcional de los derechos sociales (al servicio del objetivo de alcanzar la “armonía social”) y el proclamarlos como derechos inherentes a la persona humana, pero en 1949 se definió para siempre por entenderlos como derechos subjetivos e inalienables del trabajador, o sea supraconstitucionales.

Los críticos de la reforma constitucional de 1949 han intentado quitarle importancia o relativizar el significado de la inclusión de los derechos sociales en la misma o, desde una perspectiva más benévola, erigirla en una variante anómala de la construcción del Estado de Bienestar. Sin embargo, ninguna de estas críticas se ocupa realmente del asunto, o sea de discutir el contenido y el significado de los derechos sociales incorporados a la Constitución en su contexto histórico-cultural y sus implicaciones para la teoría general de los derechos humanos y para el estudio de la historia de las ideas políticas en Argentina.

Estructura de la Constitución reformada y lugar de los derechos especiales en la misma.

La Constitución reformada mantuvo fundamentalmente la misma estructura de la de 1853/60: Preámbulo, parte dogmática (denominada “Principios fundamentales”), que incluye las declaraciones de derechos y garantías y el establecimiento de fines y metas de la acción estatal, y parte organizativa, más disposiciones transitorias.

En el preámbulo se añadió a la declaración de objetivos de la Constitución “[promover] la cultura nacional”, entendida como el compromiso del Estado de garantizar el acceso de todos los niños y jóvenes del país a la enseñanza, la universalización del disfrute de los bienes de la cultura y la educación de toda la población en los valores propios de la nacionalidad. Expresión dispositiva de este agregado es el cap. IV del art. 37 (nuevo) que se cita más abajo.

También se agrega al Preámbulo el siguiente pasaje:

(...) ratificando la irrevocable decisión de constituir una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana (...).

Con esta declaración de fines se incorpora a la Constitución la idea de la Doctrina Peronista. Esta declaración de fines encuentra expresión orgánica en distintas partes de la Constitución, pero especialmente en el art. 39 (nuevo) sobre la función social de la propiedad, en el art. 40 sobre la intervención del Estado en la economía y declarando las fuentes naturales de energía y los servicios públicos como de pertenencia del Estado, así como en numerosos pasajes de la parte organizativa.

La primera parte de la Constitución abarca los art. 1 a 40 y se divide en cuatro capítulos: “I. Forma de gobierno y declaraciones políticas” (arts. 1 al 25), “II. Derechos, deberes y garantías de la libertad personal” (arts. 26 al 36), “III. Derechos del trabajador, de la familia, de la ancianidad y de la educación y la cultura” (art. 37, dividido en cuatro apartados: 1. del

trabajador; 2. de la familia; 3. de la ancianidad; 4. de la educación y la cultura) y “IV. De la función social de la propiedad, el capital y la actividad económica” (arts. 38 al 40).

Las modificaciones más trascendentes de esta Parte se encuentran en el art. 15 (“no se reconoce la libertad para atentar contra la libertad”), que permite prohibir organizaciones que atenten contra la Constitución, en el cap. III, que introduce los derechos especiales de los que se tratan más abajo y en el cap. IV., que define la función social de la propiedad e introduce el rol del Estado en la economía.

Los arts. 41 al 74 se refieren a la estructura y funciones del Poder Legislativo, introduciéndose, por ejemplo, la elección directa de los senadores, los arts. 75 al 88 tratan del modo de elegir y las funciones del Poder Ejecutivo, introduciendo la elección directa de Presidente y Vicepresidente y la posibilidad de su reelección (art. 77), los arts. 89 al 96 se refieren a la estructura y funciones del Poder Judicial y los arts. 97 al 102, finalmente, definen las facultades, autonomía y posibilidades de intervención de los gobiernos provinciales (Vogel/Vélez Achával, 1950: 403-472).

Definición y carácter de los derechos especiales

En la argumentación de los autores de la época favorable a la inclusión de los derechos sociales en la Constitución puede notarse la tensión entre la búsqueda de la “armonía” o “equilibrio social” y el reconocimiento de los derechos sociales como derechos inherentes a la persona. Esta tensión interna al peronismo no se resolvió, por lo menos, hasta 1955.

Como expresión de las posiciones más decididas hay que considerar la argumentación de Ricardo Guardo y John W. Cooke:

Ceñido el capital a su misión de instrumento de trabajo y de producción, debe humanizarse ese capital aplicado a la producción, asegurando al hombre dedicado a servir esas actividades condiciones dignas y justas de trabajo, dentro de las cuales pueda encontrar los medios de mantener su salud física y moral y desarrollar su personalidad. Estos medios deben constituir derechos inherentes a la personalidad, para que puedan ser ejercidos conforme a la ley por sus titulares, al amparo de las instituciones del Estado.

Tal como se expresa en el mensaje presidencial, la Declaración de los Derechos del Trabajador, en la forma como han sido concretados, permite su consagración como normas legales substantivas, (...). (Guardo/Cooke, 1949: 73-74).

Obsérvese que los derechos sociales han pasado a ser garantías sustantivas superiores a la Constitución misma. Finalmente apuntan los mismos autores:

La Constitución consagra derechos primarios, innatos, subjetivos, inalterables e imprescriptibles que posee el hombre, consubstanciales con su calidad de tal, y entre ellos no pueden faltar los derechos que derivan del trabajo, (...). (Guardo/Cooke, 1949: 74).

Por esta vía argumental fue que el propio Presidente Juan D. Perón tres meses más tarde pudo dirigirse al bloque de representantes justicialistas en la Convención Nacional

Constituyente con las palabras siguientes:

A los derechos de navegar, comerciar, peticionar a las autoridades, agregamos la libertad de reunirse, como derecho que no estaba consignado en el texto de la Constitución de 1853, aunque en la realidad y en los hechos este derecho existe. (...)

Agregamos, además, lo más fundamental de esta primera parte de la reforma constitucional, declarando derechos especiales dentro de la Constitución. (...).

Se había sostenido hasta ahora que todos los argentinos son iguales ante la ley y se creyó asegurar esa igualdad dando a cada uno la libertad de proceder por su libertad y contra la libertad de los demás en nombre de una igualdad que desde ese momento resulta desigualdad.

Creo yo que esa igualdad ante la ley ha de estar condicionada a las posibilidades de su realización, compensando las debilidades naturales de un sector con derechos que lo pongan a cubierto contra todo avance de los otros sectores de mayor influencia o de mayor poder económico. De ello surge la necesidad de equilibrar las actuales desigualdades económicas con derechos mínimos, para que el hombre no esté sometido a abusos de otro sector más poderoso e influyente.

Esa es la razón fundamental de instituir dentro de nuestra Constitución derechos mínimos que aseguren la imposibilidad de la repetición de un fenómeno natural en nuestros tiempos: la explotación del hombre por el hombre, (...). Eso ha traído la incorporación de los derechos especiales del trabajador, cuyo enunciado todos ustedes conocen y cuya síntesis es la siguiente:

Primero: los derechos del trabajador.

(...)

- a) El derecho a trabajar y a proveer de ocupación a quien la necesite. El trabajo no es una mercancía, sino un medio de satisfacer las necesidades espirituales y materiales del individuo y de la comunidad;
- b) Una retribución suficiente para su sustento y el de su familia compensatorio del esfuerzo realizado y del rendimiento obtenido;
- c) Su capacitación profesional, proporcionándole los medios para que pueda ejercitar el derecho de aprender y perfeccionarse;
- d) El derecho a exigir condiciones dignas y justas para el desarrollo de su actividad;
- e) Un régimen de trabajo que reúna los requisitos adecuados de higiene y seguridad, no exceda las posibilidades normales del esfuerzo y haga posible la debida oportunidad de recuperación por el reposo;
- f) El derecho de disponer de vivienda, indumentaria y alimentación adecuadas;
- g) El derecho a ser amparados en los casos de disminución, suspensión o pérdida de su capacidad para el trabajo;
- h) El salario familiar;
- i) El derecho del individuo a un mejoramiento económico;
- j) El derecho de agremiarse libremente y de participar en otras

actividades lícitas tendientes a la defensa de los intereses profesionales.

Segundo: los derechos de la familia.

- a) El Estado adoptará las medidas necesarias para la protección de la maternidad y de la infancia como únicos elementos privilegiados de la sociedad en la Nación;
- b) El Estado garantiza el bien de la familia conforme a lo que una ley social determine;
- c) El Estado formará la unidad económica familiar, de conformidad con lo que esta ley especial establezca.

Tercero: los derechos de la ancianidad.

- a) El Estado garantiza el derecho de asistencia integral a todo anciano por cuenta y cargo de su familia, o, en caso de desamparo, por cuenta del propio Estado;
- b) El Estado garantiza a todo anciano el derecho de albergue higiénico con un mínimo de comodidades hogareñas;
- c) El Estado garantiza el derecho a una alimentación sana y adecuada a la edad y estado físico de cada anciano desamparado;
- d) El Estado garantiza el derecho del anciano a una vestimenta decorosa;
- e) El Estado tendrá preocupación especial y permanente por la salud física de los ancianos;
- f) El Estado cuidará igualmente de la salud moral de los ancianos, asegurándoles el libre ejercicio de las expansiones espirituales, concordes con la moral;
- g) El Estado garantiza el derecho de esparcimiento de la ancianidad para que pueda gozar de un mínimo de entretenimiento que le permita sobrellevar con satisfacción el resto de su vida;
- h) El Estado garantiza el derecho de los ancianos al goce de una tranquilidad libre de angustias y preocupaciones;
- i) El estado garantiza el derecho de la ancianidad al respeto y consideración de sus semejantes. (Perón, 1949: 18-20).

Este es el catálogo de derechos que, con pocas variaciones, finalmente fue aprobado como art. 37 (nuevo) en sus apartados I (“Del trabajador”), II (“De la familia”) y III (“De la ancianidad”) y que aquí no se citan *in extenso* por razones de espacio.

Arturo E. Sampay (cit. en: Terroba, 2003: 132) sintetiza la cuestión con una sola frase:

(...) el principio del carácter personal del trabajo es título justificativo de los derechos del trabajador, que pueden compendiarse en uno solo, informador de toda la declaración que se incorpora al texto constitucional: respeto por la dignidad personal del obrero.

Según documentos oficiales de la conducción peronista el fundamento de los derechos especiales en el nuevo art. 37 son los discursos de Perón del 24-02-47, 1-05-47 y 3-09-48 (p. 10). Los derechos sociales hacen necesaria la intervención del Estado para regular la economía y ésta tiene implicancias sobre la propiedad privada (PP/CS, 1949):

La propiedad no es inviolable, ni siquiera intocable, sino simplemente

respetable a condición de que sea útil no sólo al propietario sino a la colectividad. Lo que en ella interesa no es el beneficio individual que reporta, sino la función social que cumple (p. 13).

Antes de terminar el tratamiento de los derechos especiales en la Constitución de 1949 corresponde aclarar por qué no se ha mencionado al capítulo IV. del nuevo art. 37, “De la educación y la cultura”:

La educación y la instrucción corresponden a la familia y a los establecimientos particulares y oficiales que colaboren con ella, conforme a lo que establezcan las leyes. Para ese fin, el Estado creará escuelas de primera enseñanza, secundarias, técnico profesionales, universidades y academias.

1. La enseñanza tenderá al desarrollo del vigor físico de los jóvenes, (...);
2. La enseñanza primaria elemental es obligatoria y será gratuita en las escuelas del Estado. La enseñanza primaria en las escuelas rurales tenderá a inculcar en el niño el amor a la vida del campo, (...). El Estado creará, con ese fin, los institutos necesarios para preparar un magisterio especializado;
3. La orientación profesional de los jóvenes, (...) es una función social que el Estado ampara y fomenta (...);
4. El Estado encomienda a las universidades la enseñanza en el grado superior, que prepare a la juventud por el cultivo de las ciencias al servicio de los fines espirituales y del engrandecimiento de la Nación y para el ejercicio de las profesiones y de las artes técnicas en función del bien de la colectividad. (...)
5. El Estado protege y fomenta el desarrollo de las ciencias y de las bellas artes, (...).
6. Los alumnos capaces y meritorios tienen el derecho de alcanzar los más altos grados de instrucción. El Estado asegura el ejercicio de este derecho mediante becas, asignaciones a las familias y otras providencias que se conferirán por concurso entre los alumnos de todas las escuelas.
7. Las riquezas artísticas e históricas, así como el paisaje natural, cualquiera que sea su propietario, forman parte del patrimonio cultural de la Nación y estarán bajo la tutela del Estado, (...).

Hasta aquí la larga cita. Las declaraciones, finalidades y metas propuestas en este capítulo del art. 37 merecen ser reflexionadas, muchas podrían tener validez aún hoy, pero no se trata de una declaración de derechos, sino de garantías y fines del Estado.

Se consideran, por lo tanto, como derechos humanos de grupos especialmente vulnerables a los formulados en los tres primeros capítulos del art. 37: los derechos del trabajador, de la familia y de la ancianidad.

Conclusiones: verificación de la hipótesis. Vigencia e historicidad de los derechos especiales consagrados en la Constitución de 1949

La primera condición de vigencia de los derechos humanos es que sean inherentes a la persona humana, subjetivos y por lo tanto supraconstitucionales. Esta condición se cumple en el art. 37 de la Constitución de 1949. La segunda es que la legislación que los implemente

garantice su exigibilidad, de ser posible por la vía judicial. Esta condición se cumple asimismo en la Constitución de 1949 a través del art. 28 y 33 (Antoni, 1949: 14). La tercera es que los mismos sean de aplicación universal, independientemente de la condición específica de género, nacionalidad, ciudadanía, credo religioso, filiación, capacidades, etc. de la persona. Esta condición también está dada en el caso aquí considerado.

La cuarta condición es que su aplicación práctica no se vea restringida por leyes, decretos, normas o prácticas administrativas que los desvirtúen hasta hacerlos perder vigencia. Si bien parece no haber estudios sobre esta cuestión, el panorama de la investigación sobre el Peronismo histórico da la impresión de que los mismos tuvieron amplia aplicación más allá de persecuciones puntuales que pudieron haber sufrido algunos opositores.

Puede constatar, por lo tanto, que los derechos del trabajador, de la familia y de la ancianidad incluidos en el art. 37 de la Constitución de 1949 tenían el carácter de derechos humanos.

El primer corolario de esta demostración es que, habiéndose convocado a la Convención Constituyente aún antes de proclamarse en las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, es necesario concluir que la redacción de los derechos especiales como derechos humanos fue una obra específicamente argentina. La conclusión resultante es que los derechos humanos tienen varias fuentes y orígenes y no sólo la tradición del pensamiento liberal anglosajón y francés. Se impone, por consiguiente, un replanteo de la investigación en la historia de las ideas políticas argentinas e iberoamericanas para rastrear las fuentes y sucesivos anclajes sociales de estas ideas. Al mismo tiempo, la teoría política debe aceptar la diversidad de orígenes de las ideas sobre los derechos humanos.

A la luz de estas conclusiones tanto su derogación por decreto del gobierno militar en 1956 como la reformas constitucional de 1957 aparecen viciadas de ilegalidad e ilegitimidad. La Convención de 1994 debería haber considerado, por tanto, el texto de 1949 como uno de los antecedentes a tener en cuenta para su obra.

La recuperación de la Constitución de 1949 como miembro de pleno derecho de la familia de las constituciones argentinas implica un arduo trabajo de discusión teórica y científica y el rechazo del dogmatismo imperante desde hace cincuenta años. Con este trabajo se espera haber demostrado su vigencia entonces y contribuido a devolverle su lugar.

Bibliografía

➤ Fuentes:

Antoni, Norberto (1949) *Propiedad social en la nueva Constitución argentina vigente en Revista del Instituto de Derecho Público de la Universidad Nacional de Tucumán*. Año 1 N° 1.

Avanza, Julio C. (1950) *Los derechos de la educación y la cultura en la Constitución Argentina*, La Plata. Biblioteca Laboremus.

Cardarelli Bringas, Alberto (1948), *La reforma de la Constitución (El nuevo orden social y político)*. Buenos Aires. La Facultad.

Casares, Tomás D. (1953) *Organización del pueblo y reforma de la legislación. Responsabilidad*

de la jurisprudencia. Buenos Aires. Corte Suprema de Justicia.

Cereijo, Ramón A. (1948) *Las realizaciones financieras, económicas y sociales del gobierno nacional y la reforma de la Constitución.* Buenos Aires. Ministerio de Hacienda.

Consejo Superior del Partido Peronista (1949) *Anteproyecto de Reforma de la Constitución Nacional aprobado el 6-1-1949.* Buenos Aires. Consejo Superior del Partido Peronista.

Guardo, Ricardo y Cooke, John W. (1949) *Proyecto de ley de reforma de la Constitución,* Buenos Aires. s/ed.

Ibarguren, Carlos (1948) *La reforma constitucional; sus fundamentos y su estructura,* Buenos Aires. Abeledo.

Ivanissevich, Oscar (1948) *Reforma de la Constitución; conferencia pronunciada por S. E. el señor Secretario de Educación, en el Teatro Nacional Cervantes, el día 9 de octubre de 1948.* Buenos Aires. Secretaría de Educación.

Landau, Lázaro P. (1952) *El artículo 40 de la Constitución Nacional de 1949.* Buenos Aires. Horizontes Económicos.

López Francés, Miguel (1948) *La Constitución de Perón y la economía.* La Plata. Talleres Gráficos Olivieri y Domínguez.

Madariaga, Eduardo (1948) *La reforma total de la Constitución; los derechos sociales en las constituciones de América,* Buenos Aires. Hechos e Ideas.

Marc, Jorge E. (1949) *Hacia una justificación finalista de la justicia social en la Nueva Constitución Nacional, Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, el 3 de noviembre de 1949.* Rosario. Universidad Nacional del Litoral. Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas.

Sampay, Arturo E. (1949) *La discusión en general del despacho de la Comisión Revisora - Alcance de las reformas constitucionales en Hechos e Ideas.* Buenos Aires. Año IX, Nros. 58-59-60, enero a marzo de 1949.

Sampay, Arturo E. (1951) *La formación política que la Constitución argentina encarga a las Universidades.* La Plata. Biblioteca Laboremus.

Valenzuela, Rodolfo G. (1955) *Discurso pronunciado por el señor presidente de la Corte Suprema doctor don Rodolfo G. Valenzuela; el 1º de febrero de 1955, en el acto de iniciación del año judicial.* Buenos Aires. Corte Suprema de Justicia.

➤ Textos de Juan D. Perón:

Perón, Juan D. (1947) *Declaración de los derechos del trabajador; proclamada el 24 de febrero de 1947 por el Excmo. Señor Presidente de la Nación Argentina, General Juan Perón.* Buenos Aires. s/ed.

Perón, Juan D., (1971) [1951] *Conducción Política.* Buenos Aires. Freeland.

Perón, Juan D. (1948) *La reforma de la Constitución – Discurso propalado a todo el país desde*

su despacho de la Casa de Gobierno el viernes 3 de septiembre de 1948. Buenos Aires. s/ed.

Perón, Juan D. (1949) *Alcances y sentido de la reforma de la Constitución Nacional – Discurso pronunciado por el General Perón ante los convencionales peronistas el 11 de enero.* Buenos Aires. Edición del Ministerio de Salud Pública de la Nación.

Perón, Juan D. (1973a) [1949] *Una Comunidad Organizada y otros discursos académicos.* Buenos Aires. Macacha Güemes.

Perón, Juan D. (1973b) (1948), *Doctrina Peronista.* Buenos Aires. Macacha Güemes.

55

➤ Secundaria:

Anderson, Benedict (1991) *Imagined Communities.* Londres y New York. Verso.

Azzali, Javier (2014) *Constitución de 1949: claves para una interpretación latinoamericana y popular del constitucionalismo argentino.* Buenos Aires. Punto de Encuentro.

Basualdo, Eduardo (2006) *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad.* Buenos Aires. FLACSO/Siglo XXI.

Benente, Mauro (comp.) (2019) *La Constitución maldita: Estudios sobre la reforma de 1949.* José C. Paz. EDUNPAZ.

Bialakowsky, Alejandro (2010) *Comunidad y sentido en la teoría sociológica contemporánea: las propuestas de A. Giddens y J. Habermas en Papeles del CEIC #53* (Consultado en <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/53.pdf>).

Bidart Campos, Germán (1993) *Tratado elemental de Derecho Constitucional Argentino, Tomo I: El Derecho Constitucional de la libertad.* Buenos Aires. EDIAR.

Brocker, Manfred (ed.) (1997) *Ethnozentrismus: Möglichkeiten und Grenzen des interkulturellen Dialogs.* Darmstadt. Primus.

Cholvis, Jorge (2009) *La Constitución de 1949 en Realidad Económica.* Buenos Aires. Nº 242.

Connor, Walker (1972) *Nation building or nation destroying?* en *World Politics* 24.

Craven, Matthew C.R. (1998) [1995] *The International Covenant on Economic, Social and Cultural Rights: A perspective on its development.* Oxford. Clarendon Press.

Deutsch, Karl (1966) *Nationalism and Social Communication: an inquiry into the foundations of nationality.* Cambridge (Mass) y Londres. MIT.

Deutsch, Karl (1969) *Nationalism and its Alternatives.* New York. Knopf.

Dudy, Peter (2002) *Menschenrechte zwischen Universalität und Partikularität: eine interdisziplinäre Studie zu der Idee der Weltinnenpolitik.* Münster et al. Lit-Verlag.

Fornet-Betancourt, Raúl (ed.) (2000) *Menschenrechte im Streit zwischen Kultur pluralismus und Universalität.* Frankfurt a.M./Londres. IKO-Verlag für Interkulturelle Kommunikation.

Fornet-Betancourt, Raúl/Sandkühler, Hans-Jörg (ed.) (2001) *Begründungen und Wirkungen von*

Menschenrechten im Kontext der Globalisierung. Frankfurt a.M./Londres. IKO-Verlag für Interkulturelle Kommunikation.

Fritzsche, Karl-Peter (2004) *Menschenrechte*. Paderborn. F.-Schöningh-Verlag.

Gellner, Ernest (1983) *Nations and nationalism*. Londres. Blackwell Publishers.

González Arzac, Alberto (2011) *Pensamiento constitucional de Arturo Sampay*. Buenos Aires. Quinqué.

Hobsbawm, Eric J. (1990) *Nations and Nationalism since 1780 – Programme, myth, reality*. Cambridge/New York/Port Chester et al. Cambridge University Press.

Honneth, Axel (2001) [1996] *Comunidad en Canto-Sperber, Monique (Dir.), Diccionario de Ética y de Filosofía Moral*, Tomo I (A-J). México. FCE.

Künnemann, Rolf (1996) *Six Lectures on the Right to an Adequate Standard of Living (Food, Housing, Health, Social Security)*. Heidelberg. FIAN.

Künnemann, Rolf (2002) *Nine Essays on Economic Human Rights (1993-1997)*. Heidelberg. FIAN.

Lohmann, Georg y Gosepath, Stephan (1998) *Philosophie der Menschenrechte*. Frankfurt am Main. Suhrkamp.

Luna, Félix (1995) *La Argentina de Perón a Lanusse*. Buenos Aires. Planeta.

Mármora, Leopoldo (1984) *Nation und Internationalismus: Probleme und Perspektiven eines sozialistisch en Nation begriffs*. Bremen/Lüdinghausen. CON/Periferia.

Martins, António J. (1981) *L'Etat "national-populaire" et son double: un parcours théorique en Revue de l'Institut de Sociologie 1-2: Etat et Société en Amérique Latine*. Bruxelles.

Nieto Ortiz, Manuel A. (2001) *Los derechos humanos en la Argentina, su estado actual y operatividad*. La Rioja. Edición del autor.

Novick, Susana (2004) *I.A.P.I.: auge y decadencia*. Buenos Aires. Catálogos.

Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio (2009) *La Argentina y el Plan Marshall: promesas y realidades en Revista Brasileira de Política Internacional* V.: 52 Nº 1. (Consultado en http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S003473292009000100001&script=sci_abstract&tlng=es).

Terroba, Luis A. (2003) *La Constitución Nacional de 1949 – Una causa nacional*. Buenos Aires. Del Pilar.

Vega, Gustavo J. de la (2017) *Planificar la Argentina justa, libre y soberana: el Consejo Nacional de Posguerra (1944-1946)*. Bernal. Universidad Nacional de Quilmes.

Vior, Eduardo J. (1983) *El Peronismo, nacionalismo popular en Argentina*. Heidelberg. Ruprecht-Karl-Universität (Tesis de Maestría).

Vior, Eduardo J. (1991) *Bilder und Projekte der Nation in Brasilien und Argentinien*. Giessen. Justus-Liebig-Universität. (Tesis de Doctorado).

Vior, Eduardo J. (2003) *Verändert sich die Sicht der Menschenrechte von Kultur zu Kultur?* [¿Cambia la visión de los Derechos Humanos de cultura en cultura?], texto de la lección dictada el 27 de mayo de 2003 en el marco del ciclo de lecciones libres Experiment Menschenrechte [El experimento de los Derechos Humanos]. Magdeburg. Otto-von-Guericke-Universität, Fakultät für Geistes-, Social- und Erziehungs wissenschaften.

Vior, Eduardo J. (2006) *Los derechos especiales en la Constitución de 1949 desde una perspectiva intercultural de los derechos humanos* en Biagini, Hugo E. y Roig, Arturo A. (dir.) (2006) *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX – Tomo II: Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*. Buenos Aires. Biblos.

Vogel, Carlos A. y Vélez Achával, Eugenio (1950) *Historia Argentina y Constitución Nacional*. Buenos Aires. Librería y Editorial Emilio Perrot.

Zarini, Helio J. (1999) [1992] *Derecho Constitucional*. Buenos Aires. Astrea.

Evita y la Constitución Nacional de 1949: El Decálogo de los Derechos de la Ancianidad



Pablo Adrián Vázquez

Evita o Eva Perón, ¿Jefa Espiritual de la Nación?, ¿La Dama de la Esperanza o La Mujer del látigo?

La tensión en torno a su figura, obra y significativo fue, es y será permanente. De inmadura provinciana con aspiraciones artísticas, a incipiente modelo y actriz de reparto con militancia sindical, luego consolidada en actriz de carácter, donde su amor a un coronel y su causa, la hizo reconfigurar sus objetivos a lo político y social.

Los marginados que se transformaron en obreros y que, con su esfuerzo, habitaron barrios dignos, dieron educación a sus hijos y ascendieron socialmente, la nombraban simplemente como *Evita*.

Fue aquella que se calificó como un *“puente tendido entre las esperanzas del pueblo y las manos realizadoras de Perón”* (Perón, 1951: p.88) y que se autodefinió con aquel diminutivo que la agigantó ante los demás.

Aquella que, según sus palabras: *“Cuando elegí ser Evita sé que elegí el camino de mi pueblo”,* eligiéndolo en la medida que: *“prefería ser Evita a ser la esposa del presidente si ese Evita servía para mitigar algún dolor o enjuagar una lágrima”* (Perón, 1951: pps. 90 - 91).

Analizar el rol de Evita y su contribución a la Constitución Nacional de 1949, en cuanto su inspiración en el Decálogo de los Derechos de la Ancianidad, proclamados un año antes, a fin que sea reconsiderada

por las jóvenes generaciones en búsqueda de más respuestas sobre su vida y obra.

¿Quién fue *esa* mujer?

Nacida el 7 de mayo de 1919 en la localidad de Los Toldos, partido de General Viamonte, provincia de Buenos Aires, fue hija de Juan Duarte y de Juana Ibarguren, siendo la menor de cinco hermanos (Elisa, Blanca, Juan y Erminda).

Al fallecer su padre en 1926, la familia se trasladó a Junín. La fuerte inclinación que tuvo Evita por lo artístico se canalizó en actuación en el teatro, la radio y el cine, durante diez años (1935 – 1945), con singular éxito, al tiempo que empezó su militancia en la Asociación Argentina de Actores.

En 1944, tras producirse un terremoto en la ciudad de San Juan, se realizó un festival artístico en el Luna Park a fin de recaudar fondos para reconstruir la capital y asistir a las víctimas. Allí su encuentro con el Coronel Juan Perón⁷ signó la vida de ambos. Inmediatamente colaboró en la Secretaría de Trabajo y Previsión, a la vez que siguió con su actividad gremial al fundar, y luego presidir, la Asociación Radial Argentina.

Su noviazgo con Perón coincidió con el afianzamiento de su carrera y el despertar por el accionar político. Los sucesos del 17 de octubre de 1945 la encontraron, aunque no en la Plaza Mayo, demandando previamente saber el paradero de su pareja y tratando de convencer a los trabajadores de exigir por su libertad.

Tras la liberación de Perón por el pueblo, se casan el 22 de octubre por civil y el 10 de diciembre en la Iglesia de San Francisco de la ciudad de la Plata, reafirmando el profundo amor que Evita sentía por la Orden de los Franciscanos (de hecho, Perón y ella fueron nombrados Hermanos en Primer Orden de los Franciscanos).

Tras la asunción de Perón como Presidente el 4 de junio de 1946, Evita desarrolló una actividad inusual para las primeras damas de la época, ya que se involucró en temas sociales y cívicos acordes con el ideario revolucionario del nuevo gobierno.

En 1947 viajó como embajadora de buena voluntad a distintos países europeos. En algunos casos, como España, fue la cara visible de la ayuda humanitaria brindada al pueblo español a la vez del quiebre del aislamiento internacional al que fue sometida, en sintonía con la Tercer Posición recién lanzada al mundo por el presidente argentino. En Francia e Italia también asistió a las necesidades de esos pueblos, siendo destacado su encuentro con S.S. el Papa Pío XII, quien le entrega un crucifijo de oro tras su entrevista. En Portugal se interesó por los problemas sindicales, completando su periplo por la Confederación Helvética. Antes de su regreso a Argentina recaló en Brasil, donde asistió a la Conferencia de Cancilleres por la Paz y Seguridad Continental – donde se entrevistó con el general George Marshall – , y en la República Oriental del Uruguay.

A su regreso se le preguntó qué aprendió en Europa y respondió sin vacilar: *"lo que no tengo que hacer en la Argentina"*, poniendo en evidencia que impulsaría la ayuda social con un sentido humanitario y cristiano, y no como mera dádiva o limosna. Dicha idea fue tratada con quien era en ese entonces Nuncio Papal en París: Angelo Roncalli, después S.S. Juan XXIII, llamado "el Bueno". Esas conversaciones habrían terminado con una advertencia del futuro Papa a Evita: *"Sabe, señora, dónde terminan quienes inician una tarea como la suya... en la*

⁷ Aunque hay indicios que indican que Evita y Perón se conocían de tiempo antes.

cruz, señora, en la cruz". (Maccione, 1997: 4)

Su pasión por la justicia social la impulsó a crear la Cruzada de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón, que asistió en lo inmediato a los más necesitados, para luego perfeccionar esa ayuda en forma más integral a través de la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón en 1948.

La Fundación impulsó miles de obras por todo el país: policlínicos, hospitales, escuelas (Plan 1.000 escuelas), hogares- escuelas, hogares de tránsito, hogares de ancianos, colonias de vacaciones, hoteles para los obreros, los campeonatos infantiles Evita, la creación de la Escuela de Enfermeras, la Ciudad Infantil, la Ciudad Estudiantil, etc.

A su vez la Fundación asistió con víveres, medicamentos y elementos de trabajo a diversos países de todos los continentes (Italia, España, Francia, Israel, Colombia, Venezuela, Egipto, Líbano, Japón, EE. UU, etc.).

En cuanto a lo cívico, en el año 1947 impulsó los derechos cívicos de la mujer argentina, los cuales se incluyeron en la ley 13.010 de Voto Femenino. Tras su sanción organizó el cuerpo de Delegadas Censistas para empadronar a las mujeres e instruir las en sus derechos cívicos. A su vez constituyó en 1949 el partido Peronista Femenino, del cual fue Presidenta, a la vez que promovió la creación de Unidades Básicas Femeninas, exclusivas para mujeres, las cuales cumplieron funciones no solo políticas sino sociales, culturales y recreativas.

Su rol de cuadro de enlace entre la Confederación General del Trabajo y el presidente Perón fue clave para ser el rostro visible del rol preponderante que adquirieron los sindicatos.

Tras su labor apuntalando al primer gobierno de Perón, fue impulsada por la CGT y el PPF a ocupar la Vicepresidencia de la Nación, para lo cual se desarrolló el acto de proclamación el 22 de agosto de 1951 en el *Cabildo Abierto del Justicialismo*.

Ese día Evita recibió el apoyo de más de 2 millones de personas, a los cuales, en un dramático diálogo, intentó convencer de su renuncia al mismo. Presionada por la situación de confrontación con la oposición y los militares, Evita decidió renunciar a dicha postulación, anunciándolo por radio el 31 de agosto. A pesar de ello hubo una intentona golpista al mando del general Menéndez el 28 de septiembre que fracasó por la movilización de trabajadores apoyando al gobierno. Ante esta perspectiva Evita dispuso armar secretamente a la CGT para defender la revolución, pero dichas armas fueron entregadas a las Fuerzas Armadas, desactivando la iniciativa.

Progresivamente se fue deteriorando su salud por un cáncer terminal que la llevó a la muerte el 26 de julio de 1952.

Tras su muerte se sucedieron innumerables homenajes populares por todo el país. Sus restos fueron velados, durante 14 días, primero en la sede del ministerio de Trabajo y Previsión – actual Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires –, luego en el Honorable Congreso de la Nación y por último en la sede de la Confederación General del Trabajo. Dicho cuerpo vistió el hábito franciscano y llevó el rosario obsequiado por S.S. Pío XII.

El cuerpo de Eva Perón tuvo un proceso de embalsamamiento a cargo del doctor Pedro Ara a fin de ser llevado, en un futuro, al *Monumento al Descamisado* –denominado con posterioridad *Monumento a Eva Perón* –, el cual no pudo ser concluido por producirse el golpe de estado que derrocó, en 1955, al gobierno constitucional del Presidente Juan Domingo

Perón, quien fue obligado a exiliarse en el exterior.

La autodenominada revolución libertadora inició un proceso de persecución y proscripción del peronismo – a través del Decreto 4161 – junto al encarcelamiento y torturas de sus principales dirigentes.

El cuerpo de Evita fue secuestrado por un grupo militar y trasladado, durante dos años, a distintos lugares de Buenos Aires - sufriendo distintos tipos de vejaciones y mutilaciones por parte de dichos militares – hasta 1957. Ese año ordenan el traslado del cuerpo de Eva Perón – en un operativo secreto - a Italia, bajo el nombre falso de María Maggi de Magistris al Cementerio Maggiore de Milán donde estuvo enterada hasta 1971.

61

A partir de entonces fue incesante el pedido de restitución del cuerpo de Evita por parte de la familia Duarte, y de su esposo el general Perón. Los años de lucha de la resistencia peronista tomaron como bandera la devolución de dicho cuerpo.

La dictadura autodenominada Revolución Argentina, encabezada por el general Agustín Lanusse, intentó negociar con Perón la devolución del cadáver de Eva Perón el 3 de septiembre de 1971, llevándolo a su residencia de Madrid, donde se encontraba exiliado desde 1959.

Tras el fin de la proscripción del peronismo y la asunción de Perón como Presidente se pensó repatriar el cuerpo pero la situación de convulsión interna – unida al deterioro de la salud y posterior muerte de Perón – imposibilitaron que se realizara en vida del esposo de Evita.

Recién el 17 de noviembre de 1974 retornaron los restos de Eva Perón en un operativo llevado a cabo por José López Rega y miembros de su custodia, enrolados en la tristemente célebre Triple A, quienes lo retuvieron, junto con el de Perón, en una capilla ardiente en la residencia presidencial de Olivos sin que la familia Duarte tuviera acceso al mismo.

Finalmente la última dictadura cívico militar, encabezada por Jorge Videla, dispuso la restitución del cuerpo de Evita a sus familiares para ser llevada a su bóveda, bajo estrictas normas de seguridad diseñadas por los mismos militares, en el cementerio de la Recoleta el 22 de octubre de 1976, y donde hoy descansa en paz definitivamente.

En esa vorágine de hechos y acciones se elevó, entre el mito y la fantasía, la líder política que cambió la realidad de un país en el marco del primer peronismo.

El liderazgo de Evita

1947 fue el inicio. El viaje a Europa, su campaña a favor del voto femenino y su incipiente trabajo social marcaron las directrices para que se perfilase como líder político con peso propio. Potenció, entonces, toda esa experiencia para que al año siguiente pudiese plantarse con mayor firmeza en el escenario político local.

El trabajo con las delegadas censistas adquirió el rol de “predicadoras” del mensaje de Evita, siendo a su vez el mensaje del propio Presidente traducido en términos de lealtad, entrega y pasión. Esa mujeres delegadas fueron las futuras afiliadas y promotoras del partido Peronista femenino, siendo muchas de ellas las primeras diputadas y senadoras a nivel nacional y provincial en la elección de 1951.

Dada las características del liderazgo carismático planteadas por Max Weber, que se aplican a los varones, en el caso de Evita podría considerarse ya que “(primero) a pesar de ser mujer, durante su corta vida política, Evita inspiró tanta devoción, obediencia y “confianza absoluta” como Perón. En segundo lugar, si bien Weber el liderazgo carismático aparece en momentos de crisis, (...) el de Evita se desarrolló lentamente, cuando el proceso de gestación había llegado a su fin y supuestamente había comenzado “la rutina cotidiana”. Tercero, ella compartió su liderazgo con Perón, aunque el concepto de “carisma” compartido” asea una incongruencia teóricamente” (Navarro, 2000: 29). En ese marco “Perón y Evita ofrecen un ejemplo de interesante de lo que podría llamarse “carisma institucionalizado” o, en palabras de Weber, “carismarutinizado” (...) A partir de 1949, Evita representó claramente una autoridad carismática pura, ya que no había pasado por un proceso electoral y no tenía un puesto oficial en el gobierno”. (Navarro, 1981: 43).

A su vez, para confirmar dicha afirmación, Evita inició un proceso de textualización, en donde sus discursos y textos tuvieron difusión masiva, más allá de ser transmitidos por el éter o las notas con los extractos en los diarios de la época.

Un primer paso fue la preparación de una obra titulada *La Palabra, el Pensamiento y la acción de Eva Perón*. El mismo fue publicado por primera vez en 1948 en formato de bolsillo (símil libro de catequesis, hasta por el contorno rojizo de las hojas), siendo fechada su presentación en septiembre de dicho año. Las primeras hojas fueron ocupadas por la foto oficial de Evita de esos años.⁸ Luego se realizó una segunda edición ampliada en 1950, con tapas en tonos azulados y con la imagen de perfil de Evita dibujada por Manteola. En tanto, la última edición se realizó en 1952, contando con tapas de tonos papales amarillo y blanco, con la imagen oficial de su última etapa, utilizada para *La razón de mi vida*, en base a una obra de Numa Ayrinhac.

Ella, a la par, inició su actividad como articulista al publicar sus opiniones en el diario Democracia a partir de mitad del año 1948. “Dichos artículos publicados, posteriormente compilados en la obra *Escribe Eva Perón*, son: *Porque soy peronista*, del 21 de julio, y *Ayuda social, sí; limosna no*, del 28 de julio; *Significación social del “descamisado”*, *Olvidar a los niños es renunciar al porvenir*; *El deber actual de la mujer argentina*, y *La Justicia Social se consolida con una mayor producción*, del 4, 11, 18 y 25 de agosto respectivamente; *“Después que uno está perdido, no lo salva ni los santos”*, *Hacia la total emancipación de los “descamisados del campo*, *Mis conversaciones con el general Perón*, y *Mensaje de gratitud a los descamisados*, del 1, 8, 22 y 29 de septiembre; *Ante la proximidad del Día de la Raza*, *Significado nacional del 17 de octubre* y *Los rezagados del despertar nacional*, del 6, 16 y 20 de octubre; y, como últimos, *Ante la tercera batalla electoral*, del 3 de noviembre del año señalado, y *El pueblo quiere soluciones argentinas para los problemas argentinos*” (Vázquez, 2009: 30).

Cada artículo apareció en la necesidad de plantearse Evita como actora política y que respondieron a la elección legislativa que pasó, a la reforma constitucional, el atentado contra Perón, la visita del Canciller español, junto a su tarea en la Fundación y en la acción de proclamación de los Derechos de la Ancianidad.

Se sumó la publicación de *Historia del Peronismo*, sus clases inaugurales de la Escuela Superior Peronista, efectuadas en 1951, la edición de sus memorias incluidas en *La Razón de Mi Vida*, también de 1951, las que fueron fue “él” libro del peronismo, donde expuso su amor a Perón, las mujeres y los trabajadores en partes iguales.

⁸ Foto de Eva Perón, ¾ de perfil con traje sastre oscuro y broche

Mi Mensaje, su obra póstuma, tuvo un derrotero sinuoso, dándose a conocer décadas después, en medio de controversias con su familia por su veracidad y la inclusión de su testamento.

Retomando el sentido de los artículos de 1948, con sus incesantes discursos y actividad social, Evita realizó una singular proclama en favor de los adultos y las adultas mayores del país.

Decálogo de los Derechos de la Ancianidad

El 26 de agosto de 1948 Evita, en la secretaría de Trabajo y Previsión, anunció el Decálogo de los Derechos de la Ancianidad con estas palabras: *“La sola proclamación de los Derechos de la Ancianidad no llenarán nuestros objetivos... nuestras aspiraciones busca realizarse más profundamente aún, comprendiendo no sólo a los ancianos desvalidos de nuestra sociedad, sino a los olvidados de la tierra. La justicia y la solidaridad no reconocen ni pueden reconocer fronteras”* (Vázquez, 2009: 135).

Esta declaración fue de la mano con la labor de la Fundación Eva Perón, la cual construyó hogares de ancianos, junto a la sanción de una ley que otorgaba pensiones a los mayores de 60 años sin amparo, acompañando la gran cantidad de medidas sociales puestas en marcha por el gobierno de Juan Domingo Perón.

Ese día, en el Ministerio de Trabajo, Eva leyó la declaración de los Derechos de la Ancianidad, que puso en manos del Presidente, solicitando que fuera incorporada a la legislación y a la práctica institucional de la Nación. Estos derechos fueron incluidos en la Constitución Nacional de 1949.

El texto, inspirado por la actividad de la propia Evita, y puesto en manos del Presidente, entendió:

“1° Derecho a la Asistencia: Todo anciano tiene derecho a su protección integral por cuenta de su familia. En caso de desamparo, corresponde al Estado proveer dicha protección, ya sea en forma directa o por intermedio de los institutos o fundaciones creados, o que se crearen, con ese fin, sin perjuicio de subrogación del Estado o de dichos institutos para demandar a los familiares remisos y solventes los aportes correspondientes.

2° Derecho a la Vivienda: El derecho a un albergue higiénico con un mínimo de comodidades hogareñas es inherente a la condición humana.

3° Derecho a la Alimentación: La alimentación sana y adecuada a la edad y estado físico de cada uno debe ser contemplada en forma particular.

4° Derecho al Vestido: El vestido decoroso y apropiado al clima completa el derecho anterior.

5° Derecho al Cuidado de la Salud Física: El cuidado de la salud física de los ancianos ha de ser preocupación especialista y permanente.

6° Derecho al Cuidado de la Salud Moral: Debe asegurarse el libre ejercicio de las expansiones espirituales, concordes con la moral y el culto.

7° Derecho al Esparcimiento: Ha de reconocerse a la ancianidad el derecho de gozar mesuradamente de un mínimo de entretenimientos para que pueda sobrellevar con satisfacción sus horas de espera.

8° Derecho al Trabajo: Cuando su estado y condiciones lo permitan, la ocupación por medio de laborterapia productiva ha de ser facilitada. Se

evitó así la disminución de la personalidad.

9° Derecho a la Expansión: Gozar de tranquilidad, libre de angustias y preocupaciones en los últimos años de existencia, es patrimonio del anciano.

10° Derecho al Respeto: La ancianidad tiene derecho al respeto y consideración de sus semejantes” (Vázquez, 2009: 135 – 136).

Estos derechos pusieron a la Argentina como pionera en ocuparse de legislar sobre los derechos de los adultos mayores, ya que el 18 de noviembre de 1948, dichos derechos fueron proclamados en el Tercer Período de Sesiones de la Tercera Comisión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, dado la iniciativa surgida en reunión en París en septiembre por una presentación de nuestro país ante las Naciones Unidas, lo cual fue considerado por el resto de los países del mundo en cuanto a la futura legislación sobre el tema.

En consonancia con el tratamiento del Decálogo de los Derechos de la Ancianidad por parte de la comisión social de las Naciones Unidas, se publicaron sendos artículos periodísticos de Eva Perón en el extranjero relacionado con dichos derechos en noviembre de ese año. El primero en el diario francés *Ce Matin*, con el título *El mundo no puede ser insensible a la suerte de los ancianos*, y el segundo en la Revista *Le Tribune des Nations*, también de Francia, titulado *Emoción cristiana y justicia social*.

Ambos artículos, llamativamente poco difundidos, apuntalan las ideas de Evita sobre su concepción justicialista, de raíz humanista y cristina, sobre la cuestión de la tercera edad.

En el primero de ellos afirmó: *“El derecho a la vida es un derecho natural, figure o no en los códigos o en los programas. La más avanzada legislación mundial en la materia lo reconoce así al establecer el derecho de los niños y no hay razón valedera para que esa concepción, que es la que está más a tono con nuestra condición humana, no se aplique también a los ancianos (...).*

Este espíritu presidió nuestras tareas que culminaron en la proclamación de los derechos de la Ancianidad, consustanciados en un Decálogo que oportunamente, y ante el presidente de mi país, sus ministros y el cuerpo diplomático, sometimos a la consideración del pueblo, fuente exclusiva de toda legalidad y de todo poder social. En él fundamentamos, cinéticamente, lo que consideramos básico como derecho del anciano y como deber de la colectividad que produce y marcha hacia el porvenir.

En primer término, el derecho a la asistencia, que no pudiendo ser otorgada por sus familiares, debe correr por cuenta del Estado; viene después el derecho a la vivienda que con un mínimo de comodidades hogareñas, se ha de felicitar por intermedio de institutos o fundaciones creadas específicamente para ello la alimentación sana y adecuada, es objeto de un párrafo particular, así como el vestido. La salud física, el bienestar moral, los esparcimientos acordes con su edad y condición y el trabajo por medio de la laborterapia que mantiene la personalidad del anciano, no han sido olvidados. La tranquilidad y el respeto, como derechos naturales a la ancianidad, completan el referido decálogo que el gobierno de mi país, representativo como ninguno, incorporará de inmediato a su legislación y a las conquistas de sus clases laboriosas” (Perón, 1948: 3).

Dos días después, el 25 de noviembre de 1948, el mismo diario *Democracia* plasmó nuevamente la pluma de Evita, desgranando en otro artículo para *La Tribune des Nations* su pensamiento sobre la cuestión de la ancianidad: *“Los Derechos de la Ancianidad se hallan actualmente radicados en la agenda de las Naciones Unidas, cuya Asamblea General delibera*

en París. Ningún destino mejor podrían tener para su difusión universal y para recibir, en la ciudad que no sin motivos ha sido llamada la capital del mundo, el espaldarazo de su prestigio, como cuna de los derechos y las libertades individuales (...).

Efectivamente, los Derechos de la Ancianidad contienen todos los elementos de una nueva y elevadísima doctrina, en la que se han conjugado armónicamente los principios rigurosos de la justicia social con los evangélicos conceptos de la emoción cristiana. Porque los ancianos deben estar protegidos por una solemne declaración de derechos y por una legislación social que los ponga al abrigo de la miseria y del desamparo, pues representan en toda sociedad organizada la resultante y la consecuencia de un esfuerzo. El ocaso de sus vidas supone una larga etapa de labor, una sostenida contribución al engrandecimiento de ese tesoro colectivo que es la Patria, y del que cada uno es artífice a su modo (...).

La sociedad está obligada a velar por su salud, por su bienestar, por su tranquilidad. Está obligada a ahorrar el espectáculo ingrato de la mendicidad y la sensación desconsoladora y desmoralizadora que ofrecen en muchas partes del mundo los ancianos desvalidos. Porque una pésima condición moral puede extraer un hombre, en la plenitud de sus medios vitales, de la presencia de un anciano caduco, que necesita exhibir la desgracia y su decadencia para estimular la compasión y obligar la limosna" (Perón, 1948: 3).

La Constitución Nacional de 1949

En vísperas de la Convención Constituyente de 1949, teniendo la perspectiva de los cambios que se iban a introducir en materia política, económica y social, la inclusión del Decálogo de los Derechos de la Ancianidad parecía ser una conclusión lógica.

Según Santiago Régolo: "Navegando brevemente por los puntos más salientes de la reforma constitucional de 1949 podemos advertir la reorientación del rol del estado así como también la presencia de los conceptos esgrimidos por el peronismo en relación al individuo, la comunidad y la organización política – económica de la misma... la Carta Magna apuntaba a la consolidación de una estructura social donde la realización del sujeto constituyente en términos de ciudadanía quedara definido en el ejercicio efectivo de derechos amplios y en correspondencia con su marco de acción social.

El jurista Arturo Sampay, encargado de presentar y elaborar el informe por la mayoría, expresó ante la Convención Nacional Constituyente de 1949 que *"el individuo no puede sentirse parte de una comunidad nacional organizada, ni de una sociedad libre de presiones económicas, si no le asiste el derecho de protección en su trabajo, de protección de la familia, de protección de sus ancianos e incapaces y detener acceso a la instrucción y a la cultura, todo ello garantizado por el superior Estado"*. Asimismo, y en clara correspondencia con estos derechos pregonados, otro de los principios primordiales de la reforma era la reconsideración de la función de la propiedad y el capital, la concepción social del derecho y los preceptos incluidos en el artículo 40 que fundaba las bases de la organización económica" (Régolo, 2016: 181).

En estos vientos de cambios de implantación de la justicia social que trajo Perón, y que ejecutó Evita en su Fundación, más la destacada labro del Dr. Ramón Carrillo desde la secretaria, luego ministerio, de Salud, hubo una notoria influencia del pensamiento aristotélico tomista, emparentado con la concepción social de la Doctrina Social de la Iglesia en varias encíclicas, como *Rerum Novarum*.

Efectivamente, dicho Decálogo fue incluido en los debates de la Convención Constituyente de 1949 por la bancada oficialista, la que planteó el marco social en consonancia con la obra del Dr. Arturo Sampay y del presidente Juan Domingo Perón.

Años después, en la obra *Política Peronista*, editada, sin firma, por la Escuela Superior Peronista, se expresó: “Con respecto a los derechos de la ancianidad, ya los antiguos griegos y romanos establecieron las bases sobre las que una sociedad descansa creando los valores morales necesarios para el respeto y al consideración hacia los ancianos. Tenemos que volver al respeto y a la consideración a que la ancianidad tiene derecho, que es uno de los principios fundamentales en que se sustenta la moral de todas las sociedades y de todos los Pueblos” (s/a, 2010: 83).

Esta concepción jurídica novedosa avaló que: “la política social empezará a dar un nuevo sentido a las instituciones de salud, acción social o educación, incorporando nuevas modalidades de intervención y generando una nueva simbolización de éstas que aún hoy permanecen en el imaginario colectivo.

El particular impacto de las políticas sociales en nuestro país puede relacionarse con la forma en que éstas atravesaron a todo el entramado social no solamente en términos de eficiencia, sino en la generación de nuevos sentidos, tanto en las propias instituciones, como en aquellos que eran cubiertos por éstas”. (Carballeda, 2006: 61)

Las ancianas y los ancianos tuvieron dignidad no sólo proclamada, sino en políticas de Estado de efectiva ejecución que, a pesar del tiempo transcurrido se encuentra asociada indubitadamente al legado de Perón y Evita.

Consideraciones finales

Evita impulsó el Decálogo de los Derechos de la Ancianidad en 1948, el cual fue incluido en la Constitución Nacional de 1949, afín a su espíritu de constitucionalismo social.

Tras el golpe cívico militar de 1955 el oscuro destino de dicho Decálogo corrió la misma suerte que dicha Constitución social y los derechos obtenidos durante el primer peronismo.

Pasaron las décadas y aún son derechos válidos para ser reconsiderados, a pesar que en la reforma constitucional de 1994 fueron expresamente olvidados.

Su legado, reconocido internacionalmente por Naciones Unidas aún merece ser profundizado en estas tierras.

Dicho aporte de Eva Perón a la Constitución Nacional de 1949, que tuvo un fuerte impacto en su época, están aún esperando ser estudiados más detenidamente.

Sensibilidad y furia, puños crispados y caricias delicadas, elementos del carácter de Evita, expresados en dichos derechos, que hoy se replican en cada argentina y argentino que buscan transformar la realidad con fe, pasión y vitalidad.

Bibliografía

Anónimo (2010): *Política Peronista*. Buenos Aires, Instituto Nacional Juan Domingo Perón.

Carballeda, Alfredo Juan Manuel (2006): *El trabajo social desde una mirada histórica centrada en la intervención. Del orden de los cuerpos al estallido de la sociedad*. Buenos Aires, Espacio Z.

Chávez, Fermín (1996): *Eva Perón sin mitos*. Buenos Aires, Theoría, 1996.

Maccione, Héctor (1997): *La Fundación Eva Perón. Síntesis histórica*. Buenos Aires, Fundación de Investigaciones Históricas Evita Perón.

Navarro, Marysa (1981): *Evita*. Buenos Aires, Corregidor.

Navarro, Marysa (2000): *El liderazgo carismático de Evita*, en *La Aljaba, Revista de estudios de la mujer*, volumen V. Santa Rosa, Universidad Nacional de La Pampa. Volumen 5.

Perón, Eva (1948): *Escribe Eva Perón*. Buenos Aires, s/e.

Perón, Eva (1948): *El mundo no puede ser insensible a la suerte de los ancianos*, en *Democracia*. Buenos Aires, año III, martes 23 de noviembre de 1948, n° 1030.

Perón, Eva (1948): *Emoción cristiana y justicia social*, en *Democracia*, Buenos Aires año III, jueves 25 de noviembre de 1948, n° 1032.

Perón, Eva (1951): *La razón de mi vida*. Buenos Aires, Peuser.

Perón, Juan (s/a): *Doctrina Peronista*. s/e, Buenos Aires, Subsecretaría de Informaciones de Presidencia de la Nación.

Régolo, Santiago (2016): *La Constitución Nacional de 1949*, en *Perón: La Comunidad Organizada (1949)*. Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina.

Régolo, Santiago (2012): *Hacia una democracia de masas. Aproximaciones histórico – sociológicas a la reforma de la constitución de 1949*. Buenos Aires, Instituto Nacional Eva Perón.

Vázquez, Pablo Adrián (2009): *Evita, su legado de puño y letra: 1946 – 1952*. Buenos Aires, Fabro.

PERON Y EL PROBLEMA DEL IMPERIALISMO



Carlos A. Fernández Pardo

68

INTRODUCCIÓN

Las notas que componen este artículo tratan de una tesis de importancia relevante en el pensamiento de Juan Domingo Perón. Dicha tesis sostiene que el movimiento de la historia responde a un conflicto dinámico entre pueblos e imperios que asume un carácter constante. Creemos que su formulación da lugar a tres corolarios de los cuales intentaremos dar cuenta con los alcances que este trabajo permite.

El primer corolario, nos indica que la resistencia a la dominación es constitutiva de la identidad de los pueblos y hace que ésta tome la forma de la nacionalidad. El segundo corolario señala que la evolución de la humanidad como especie se determina en contextos históricos singulares, no intercambiables entre sí.

En consecuencia, el desafío de los imperios puede ser afrontado a lo largo de la historia a través de diferentes modalidades y tiempos de resistencia. Por último, un tercer corolario nos dice que la producción del conocimiento político nace de la práctica misma de la resistencia que se opone a la acción de los imperialismos. En este sentido, el conocimiento de la libertad tiene lugar desde esa práctica y procura una síntesis entre libertad y comunidad. La “independencia” es la realización colectiva de esa síntesis.

Como la tesis de Perón postula la existencia de un conflicto tendencial (no cabe debatir aquí el concepto de “legalidad histórica”), sería erróneo pasar por alto sus manifestaciones concretas. Por consiguiente, para comprender el sentido y dirección de aquel conflicto

necesitamos conocer e interpretar sus manifestaciones reales y aparentes.

En resumen, esto significa que nada podríamos hacer sin la mediación que representa la política. Mediación entre, por una parte, la universalidad del mencionado antagonismo secular y, por la otra, la singularidad de las comunidades humanas con arraigo en el espacio y con duración en el tiempo. Desplegada en esas dimensiones se convierte en una geo-política y en una historia del presente.

EL REALISMO DE PERON Y LA TRAMPA DE LAS IDEOLOGIAS

El siglo XX estuvo marcado por el choque de grandes sistemas ideológicos. Por principios y discursos de justificación que pretendieron acoger las perspectivas de la época imponiendo una dirección a los acontecimientos. Esta imposición directiva, puede ser llamada “hegemonía”, “formula política” “ideología dominante” o en un sentido más vago “pensamiento políticamente correcto”. Buena parte de la tragedia del siglo que dejamos atrás encuentra un principio explicativo en colisiones que tuvieron lugar y que fueron alimentadas por esos mismos sistemas ideológicos. Conflictos de vastas proporciones, como ciertamente lo fueron una guerra europea que duro treinta años (1914-1945) y que revistió una escala mundial y diferentes perturbaciones sociales y políticas sumadas a la misma.

Por otra parte, la conexión de sentido de los acontecimientos con determinadas visiones del mundo y del hombre traducía una fuerte vocación totalitaria. La guerra lo acentuó.

La revolución elevó el Estado a un verdadero culto. Un texto como *La Comunidad Organizada* (1949) puede verse como una revisión crítica de lo antedicho y lo cierto es que todavía nos ofrece una esperanzada alternativa a las grandes ideologías de dominación imperial con sus respectivos modelos sociales, incluyendo su ética y su concepción de la política. Allí se había puntualizado un fenómeno de suma importancia y es que las grandes ideologías cumplían la función de una religión secularizada o salvacionista.

Por lo demás, un tránsito de magnitud estaba aconteciendo. Tenía lugar un pasaje desde el mundo estatal del siglo XVIII al Imperium Mundi, conforme a la premonición formulada por Oswald Spengler en un ensayo titulado *Años Decisivos* (1932). Esta obra sacudió a sus contemporáneos con el anuncio de que había comenzado la era de las guerras mundiales. En resumen, no abundaremos en precisiones al respecto, pero es plausible sostener que existe un efecto causal de las ideas.

En una caracterización amplia, Perón consideraba que dos grandes sistemas ideológicos merecían ser tenidos en cuenta: el socialismo colectivista y el demoliberalismo. Una de las razones que justificaban su importancia era simple de entender: en esos sistemas tuvieron origen ideologías situacionales, doctrinas operativas y diseños de instituciones ofrecidos al mundo como una panacea. A su vez, no está demás señalar, que el peronismo identificó sus propios orígenes intelectuales en la crítica objetiva y subjetiva, teórica y práctica, de las formas políticas nacidas de aquellos sistemas. El concepto de Tercera Posición es el producto más significativo y perdurable de esa crítica y la clave de una ruptura creativa. Un concepto que resulta fundamental en el terreno de la filosofía de los pueblos. En su aspecto más positivo, preserva el sentido de que cada pueblo expresa su propia existencia, la forma de su libertad, sus lealtades primarias y su filiación en una comunidad popular de destino y tarea.

Se refiere, asimismo, a la necesidad de su libre desenvolvimiento de manera tal que va implícito el rechazo de cualquier supeditación a un proyecto transnacional o universal

abstracto. El concepto político del Tercer Mundo de Perón, denotaba exclusivamente aquellas expresiones estatales que se desenvolvían fuera de la influencia de los imperialismos norteamericano y soviético. Pero no debería entenderse la Tercera Posición como si fuera el correlato de un término que señalaba una ubicación geométrica entre un primero y un segundo mundo como así tampoco como un “centrismo” despolitizado.

El concepto de Tercera Posición significaba una instancia superadora tanto del capitalismo liberal (primer mundo) como del socialismo marxista (segundo mundo). Seguía, entonces, la sucesión de estas formas históricas pero en una dirección temporal evolutiva francamente superadora. Sin embargo, la contingencia que rodea a la política no podría hacer de esta una programación lineal y evitar el imperativo de la evolución.

Pero veamos ahora las cosas desde otra perspectiva. La historia del siglo XX se nos manifiesta como una fenomenología de la resistencia al imperialismo y a cualquier variante de dominación mundial en pueblos de todos los continentes. Este impulso emancipador estaba en ascenso desde fines de la Gran Guerra de 1914-1918 cuando se produjo el gran debate del colonialismo y los mandatos de la Sociedad de las Naciones.

En relación al tercer corolario la resistencia moviliza una producción cultural y organizativa congruente con sus objetivos. La resistencia nacional es una fuerza creadora de sentido. Por eso es la recreación positiva y al mismo tiempo mítica de los esfuerzos para durar en la historia. En fin, para vencer a la historia misma con la organización de fuerzas colectivas y generaciones entrelazadas.

Los imperialismos, sostenía Perón, son otras tantas etapas que atraviesan los pueblos en lucha contra la esclavitud interna y externa. En el año 1950, su visión ponía en acento en la unidad de la nación como consecuencia de la comunidad espiritual. En el Mensaje a la Conferencia de Países No Alineados del año 1973, Perón introduce una vez más el motivo de su tesis, sosteniendo “Hemos visto que la historia de los pueblos pareciera ser el texto de la tragedia de la libertad del hombre y de la libertad de las naciones.”

Los imperialismos descansan en una sociedad sometida al dominio de la técnica. Son moldeados por las premisas materialistas de su propia constitución social. Centrada en la “racionalización burocrática” sus respectivas sociedades devienen en una “comunidad mecanizada”. Sus rasgos idiosincráticos, algo hemos dicho hace un momento, fueron puestos de relieve en *La Comunidad Organizada* (1949).

En este punto, una oligarquía de expertos, dueños de la razón instrumental y completamente al margen del consenso y del reconocimiento de su propia sociedad, tomaba el comando de sus asuntos. El célebre sociólogo Max Weber enfocaba particularmente el sistema de control social, a través de sus tipos de dominación concluyendo que el fenómeno de la misma constituía un campo decisivo para el ejercicio de las ideologías.

LA INDUSTRIALIZACION Y LA URBANIZACION RESULTAN PROCESOS COMPLEJOS

Sus consecuencias son irreversibles. En muchos aspectos generaron una cultura de rasgos compartidos entre sociedades que interactuaban en los mismos niveles de desarrollo social y material. Sus modelos de vida revelaban, además, una tendencia convergente en tanto se dirigían por la ruta abierta por la “racionalidad tecnológica” predominante.

Debe tenerse en cuenta que la “coexistencia imperialista” durante la Segunda Guerra

Mundial, puso en evidencia fenómenos estructurales más tarde explicados por las ciencias sociales. Las teorías de la convergencia, de la modernización, o de los estadios de desarrollo, fueron otras tantas versiones del intento por comprender realidades socioeconómicas no occidentales.

En sus años formativos, los primeros análisis de Perón, destacaban los cambios que estaban aconteciendo desde 1930. Todo indica que le interesaron vivamente las ideologías en curso, si bien, el atractivo no residía en su calidad de instrumentos intelectuales que circulaban en la sociedad. No. Las ideologías interesaban a Perón como argumentos sistemáticos vinculados a una geopolítica elaborada respecto a una determinada acción estatal.

71

Perón consideraba que desde el año 1943 los imperialismos coexistentes, tal era el caso de los EE.UU. y la URSS, experimentaban una cierta convergencia. Su convencimiento era que ambas potencias compartían la misma lógica civilizatoria. Volvió, entonces, a reiterar el mismo análisis: “Obsérvese que las grandes potencias exhiben sugestivas semejanzas culturales: el mismo materialismo en la visión del hombre, el mismo debilitamiento de la vida del espíritu, el mismo desencantamiento de la mentalidad tecnocrática como excluyente patrón de cultura, la creciente opacidad del arte y la filosofía, la distorsión a la aniquilación de los valores trascendentes” En última instancia, no se trataba de una convergencia “estructural”, sino principalmente de una coexistencia real para la dominación de “terceros” países y de regiones periféricas.

La URSS y los EE.UU. tenían enfoques que no encajaban en la tradición de las relaciones internacionales. Eran potencias que habían estado fuera del gran juego mundial de la influencia y el poder hasta 1919, pero que salieron victoriosas en el año 1945. Ambas emergieron de la guerra en posesión de una fuerte idea meta política. Imbuidas, como estaban, de un temple mesiánico ambas transmitieron una retórica universalista, pacifista o revolucionaria. Su instrumento no había que verlo en la gestión diplomática o en la conducta estatal exclusivamente. En realidad su instrumento fueron las organizaciones internacionales políticas o técnicas.

En marzo de 1967, Perón hizo declaraciones exclusivas a un diario argentino donde, por primera vez, se refirió en forma pública a la sinarquía con directa alusión a los factores que esta reunía: “Hoy lo importante es la política internacional. Eso obligó a que los grandes centros de poder crearan los instrumentos que le permitieran seguir manejando, no solo desde sus países sino fuera de ellos, todo lo que venían manejando. De allí surgen las grandes internacionales. ¿Cuáles son esas internacionales? Primeramente, el capitalismo y el comunismo o, mejor dicho, imperialismo yanqui y soviético. Estas dos grandes internacionales están solo aparentemente enfrentadas: en la realidad están unidas y coordinadas. Basta pensar, si no, en 1938: las dos se unen para aplastar a Alemania e Italia. Una vez que las aplastaron, se reunieron en Yalta y se repartieron el mundo entre ambas, y ambas siguieron en la simulación de la «guerra fría» hasta que apareció China, en que vuelven a unirse. Siendo estas dos internacionales las dominantes, tienen sin embargo numerosas subsidiarias (...), que siempre han aparecido para privar en esta sinarquía de poderes” (Citado en Perón, Juan Domingo, *La hora de los pueblos*, Buenos Aires. Biblioteca del Congreso. 2017: 153).

Un factor importante es el que relaciona el prestigio imperial, puesto a prueba ante cualquier desvío, con el mandato de exhibir al imperio como la garantía de la paz (*law and order*). Tal es por ejemplo el modelo del imperio norteamericano que, entre otros, analizó Carl Schmitt detalladamente. Rara vez, puso Perón en duda estos rasgos.

IMPERIOS EN CUESTIÓN

En la actualidad la noción de «Imperio» se encuentra revitalizada. Pero sus rasgos resultan amenazantes y sobrecogedores. Se halla al margen de toda controversia el hecho de que la vida internacional atraviesa transformaciones de magnitud tanto en la escala de sus capacidades, como en la naturaleza de sus relaciones. Sin embargo, cuando se menciona el término Imperio, en seguida surgen cuestiones semánticas y suelen coincidir con la resonancia de esa palabra en otros campos no políticos. El término «Imperio» está incurso, como vimos, en una trayectoria secular. Sin embargo, tenemos que reconocer que, en sí misma, la palabra evoca una forma política eminente. Su sombra se proyecta desde las épocas más lejanas.

Como categoría descriptiva los imperios son grandes formaciones políticas al servicio de una idea, de una misión particular y de una superioridad absoluta de sus sociedades. Desde la Antigüedad más remota, por no mencionar las fuentes bíblicas disponibles, en donde el pueblo elegido combatió la idolatría imperialista armado de una “sólida verdad”, encontramos una venerable cohorte de historiadores que explicaron el hecho imperial.

En consecuencia, imperialismo suena como una palabra de significado trivial si pensamos su entidad en ausencia de su opuesto objetivo que es el que da lugar dialécticamente al antiimperialismo como negación y al nacionalismo como afirmación. Desde siempre, las grandes potencias, han procurado diseñar el escenario de su desempeño. Pero no es fácil hacerlo en forma directa ya que si fuera así, a la vieja usanza colonial depredadora, las grandes potencias se verían conducidas al desgaste y al aferramiento al terreno. Es entonces cuando las modalidades indirectas de dominación juegan su parte.

Las transformaciones más impactantes que induce el fenómeno imperial se vinculan con procesos de integración global, con crisis de incorporación política y étnica pero, sobre todo, con problemas que tienen origen en la creciente polarización del poder y la riqueza.

No obstante, si tuviéramos que establecer un punto de partida aún problemático, diríamos que aquellas transformaciones sugieren un balance realista de las posibilidades materiales del Estado-nación y del reto de los imperialismos a la organización comunitaria de las naciones.

No sorprende que sea así. La duración de los Estados ha comenzado a ponerse en duda cada vez que se renueva el debate sobre la cuestión del Imperio. Y esto es lo que está ocurriendo. Perón tuvo en cuenta esta circunstancia. Por ello, a largo plazo no depositó en la estatalidad, la llave del porvenir. Lo hizo en la “nación de cultura”, la cual, en un porvenir no demasiado lejano hará sentir la nacionalidad como la filiación a un “hogar” y a un linaje, aspectos ya destacados en el *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional* escrito en 1974 (Buenos Aires. Biblioteca Nacional. 2015).

Cuando Perón afirmaba que la historia de la humanidad era la lucha de los pueblos con los imperialismos estaba dando un indicio del primer corolario mencionado al comienzo que afirma que la verdad del Imperio se encuentra en la resistencia que despierta.

Lo dicho hasta aquí quizás permita entender ese corrimiento del eje de la historia contemporánea que Perón designó con el nombre “hora de los pueblos”. Con ello señalaba la saliente evolutiva de un bloque histórico-político de nuevo tipo, dotado de un dinamismo autocentrado el cual, en un ciclo de varias décadas, estableció los fundamentos políticos, éticos y culturales que dieron cuenta de la declinación de los imperialismos. La resistencia que se opone a la “globalización” en el siglo XXI recoge el camino abierto por aquel ciclo de la liberación nacional que tuvo lugar en el siglo XX. No solamente eso porque, según vimos,

también la resistencia a la actividad imperial resulta determinante, a su vez, de la práctica imperialista sea esta directa o indirecta. Esta modalidad indirecta se adaptaba al modelo de resistencia que había tenido que enfrentar América Latina y se asociaba al “imperialismo del dinero”. En *La Hora de los Pueblos* (1968) Perón describió su funcionamiento.

Sobran evidencias respecto del hecho que en un extenso tramo de la historia moderna y contemporánea, el imperialismo evolucionaba en sus respuestas conforme a la dinámica de las fuerzas que le oponían resistencia, arrebatándole la iniciativa histórica.

Las particularidades nacionales pueden fundarse en la identidad étnico-racial, en el idioma, o bien, en un pasado común. Pero la efectiva resistencia al imperialismo no se autosostiene en una posición jurídico-moral, sino en arreglos de orden práctico organizativos y doctrinarios. Su logro depende de una estructura orgánica en función de la política.

No existe algo así como la resistencia en abstracto lo que significaría una postura neorromántica sin capacidad de decisión. Por el contrario, la resistencia existe en un pueblo “organizado” para hacerla efectiva. Lamentablemente, los estudios sobre el nacionalismo, por lo común, son renuentes a aceptar la dialéctica de la negación imperial como algo afirmativo de la propia nacionalidad.

El politólogo alsaciano Julien Freund (*La esencia de lo político*. Madrid. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. 2018) sostenía que si está ausente lo particular entonces la pretensión universalista revela ser una ideología engañosa. En realidad, se trataría de una particularidad solo que encubierta por un discurso universal. Su función ideológica es por demás obvia. Los Imperios son portadores de un principio ideológico que irradia hacia el resto del mundo. ¿Cómo? Bajo la forma de la hegemonía cultural, el dominio militar, el derecho internacional y, a veces, a través de un mito convocante llámese “democracia liberal” o “comunismo” o “sociedad mundial”. El imperio crea lo que nombra. Carl Schmitt sostenía que la verdadera potencia política se demuestra en la imposición, a otros pueblos, del lenguaje y la mentalidad, el vocabulario y la terminología.

Los imperios descansan en la fuerza y en una diplomacia “vertical”. Ambos factores: capacidad material e influencia, son el sostén del esquema imperialista obligando a quienes se le oponen a calcular el riesgo. Los imperios hacen creíbles sus amenazas. Su prestigio nace del temor que inspiran antes que de la justicia que dispensan. Empero, la amenaza no se combina fácilmente con la hegemonía, sino con la supremacía militar. Y, esta última, no alcanza para mantener un imperio.

La hegemonía es compatible con el sistema internacional compuesto por unidades autónomas coordinadas y jurídicamente iguales en el marco de estatutos derechos y obligaciones. Los imperios controlan a sus vasallos. También los gratifican.

Un teórico de la política internacional, Michel Doyle (*Empires*. Cornell University Press. 1986) proponía mantener la diferencia entre la idea de “imperio formal” (romano) y la de “imperio informal” (griego). El primero prefiere la anexión territorial y el gobierno desde la metrópoli. El segundo ejerce la hegemonía a través de la influencia económica y la corrupción de la clase política.

Asimismo, el Imperio designa la actividad expansiva verificada desde un centro que difiere, en cuanto a organización política, de las periferias teniendo por función extraer recursos y regular el crecimiento demográfico que podría reducirlos. En consecuencia, la noción de imperio, se refiere a la “forma política” que puede orientar hacia un “centro”, los

flujos de recursos para la propia reproducción de su sociedad.

El poder imperial nace de la superioridad de una organización capaz de movilizar recursos económicos y tecnológicos, con propósitos bélicos. Desde ese ángulo Imperio es un agregado de capacidades. Una influencia que se multiplica. En otro sentido, Imperio designa la condición de un Estado que no se limita a su demarcación territorial sino que extiende su influencia al mundo bajo la creencia de que el mundo es su territorio.

Entre el centro político y su periferia la gestión imperial requiere una comunicación fluida. De manera incremental el imperio depende de la gestión de una burocracia racional que recibe el aliento de algún mesianismo. Asociar el imperio con la tesis de la declinación del Estado no contradice el hecho cierto que la globalización no procede contra las grandes potencias del sistema internacional. La globalización tiene lugar a favor de ellas.

Globalización significa muchas cosas y una de ellas es la tendencia irreversible al devenir mundial de los grandes problemas políticos y a la dimensión planetaria en la que se toman las decisiones. Pero globalización es un constructo puramente descriptivo, una figura ideológica, en fin, un engaño cuya función semántica es la de anunciar la despolitización de la vida entre las naciones.

Dando un paso más en estas notas diremos ahora que el Imperio cancela la igualdad jurídica. Sin embargo la idea de “imperio” exige su espacio de realización.

Este espacio de realización es el derecho y el mercado. Carl Schmitt analizó prolijamente estos vínculos elaborando la categoría de gran espacio que funciona contradictoriamente con el “principio de no intervención”. “Ha de recordarse que la fuerza vinculante de una autobligación de Estados soberanos basada en el Derecho de gentes -escribía Schmitt- no puede residir en la autoobligación problemática de soberanos que permanecen libres sino en la pertenencia común a un espacio acotado, es decir, en el efecto amplio de una ordenación concreta del espacio” (*El nómos de la tierra*. Buenos Aires. Struhart. 2005: 234). La idea de imperio alcanza pues su significado filosófico cuando pretende extenderse a todos los demás unidades políticas.

Sin embargo, la proyección exterior tiene lugar cuando existen incentivos y cuando los riesgos son bajos, si bien, en el fondo dicha proyección responde al impulso de alguna motivación interna a la propia sociedad imperialista. No es menos importante mencionar a Eric Voegelin. El filósofo político austríaco concluyó a partir de sus investigaciones que el Imperio aparece en la historia como una “organización del poder informada por el pathos de la humanidad representativa”. Este autor señaló que toda referencia a un “gobierno mundial” y a una “guerra global” conduce a preguntas cruciales acerca de sus fundamentos teológicos y filosóficos (*La nueva ciencia política*. Buenos Aires. Katz. 2006).

Los EE.UU. contraponen una visión monoteísta bíblica y fervidamente cristiana. Es obvio que la base ideológica de su imperio implica el rechazo del pluralismo de los valores. Su visión es simple. Pero el mundo es complejo. No lo es, por la riqueza de las culturas diferentes sino por la falla de un particularismo que no se entrega y menos aún se sacrifica al mito del “constitucionalismo mundial”. Una razón, entre otras, que ayuda a explicar la extrema violencia directa y “colateral” de las acciones imperiales, buscando imponer la “reducción a la unidad” a cualquier precio.

El mandato calvinista de intervenir a favor de los pueblos oprimidos por la falsa religión es ahora replicado por el mandato de imponer la democracia liberal en todas partes. Esto

último, bien puede tener lugar en una visión particular del Imperio. No olvidemos que las internacionales suelen expresarse bajo la imagen de una “cruzada”.

Esta puede verse como la forma operativa de un antiguo *covenant* (pacto) que Juan Calvino convirtió en una prédica temible al pretender una “nueva humanidad reformada”. No es un exceso decirlo, porque desde Woodrow Wilson hasta los presidentes Clinton y ambos Bush los EE.UU. no confiesan algo diferente con respecto a su rol en el mundo.

Como se sabe, la soberanía imperial es fundamentalista en su argumento ideológico y abiertamente intervencionista en el orden práctico. El imperialismo no coexiste fácilmente con otras formas políticas soberanas. Los imperios no aceptan otra soberanía que la suya propia. Ningún derecho contiene a la potencialidad imperial. Ningún tribunal regula sus excesos. Los EE.UU. se sustraen a las prohibiciones del uso 'privado' de la fuerza (*jus ad bellum*) según la *Carta de la ONU* y a las normas del derecho en la guerra (*jus in bello*). La globalización aparece así como un haz de tendencias convergentes hacia la unidad del mundo.

El analista internacional Danilo Zolo nos habla de un estado de excepción global que reviste un carácter permanente. Ahora bien, esto no impide considerar al imperio como la entidad de un sistema jerárquico de control racional y técnico, que se gobierna a través de reglas y normas internacionales necesarias para su mantenimiento. A fin de cuentas, los imperios son los que crean el derecho internacional.

En cambio los pueblos son los que se desvían del *statu quo* imperial que ese derecho sanciona. La acción de los pueblos sobre todo cuando la misma está concertada es lo que fuerza realmente los cambios normativos. La cuestión ideológica es un asunto menor. “Estados Unidos y la Unión Soviética no hicieron cuestión ideológica cuando se coaligaron para aniquilar a Alemania o Italia –recordaba Perón-, o cuando se repartieron el camino y la explotación del mundo al término de la Segunda Guerra Mundial.”

Al finalizar el conflicto las negociaciones con los intereses británicos dispuestos a promover un reforzamiento de su imperio colonial colisionaron con los EE.UU. manifiestamente a favor de las condiciones de una economía internacional abierta basada en un liberalismo global y en el movimiento de capitales. Entre tanto, un grupo cerrado de especialistas, orientados por el arquitecto intelectual de la Organización de las Naciones Unidas, el fundador del funcionalismo David Mitrany (*World unity and the nations*. National Peace Council. 1950) y el filósofo Alexandre Kojève, verdadero profeta de la globalización, aunque un tiempo partidario de un “imperio latino” como reunión de naciones vinculadas (*L'Empire latin. Esquisse d'une doctrine pour la politique française*. Document de la Bibliothèque Nationale de France. 1945), entendieron que en un sistema complejo existía una creciente demanda de predictibilidad, confiabilidad y responsabilidad de la política¹. Sobre todo, consideraban que la evolución de la historia universal así como la conciencia de una Humanidad común conducían irremediablemente a una polis mundial. Por eso imaginaron un sistema gobernado por intereses divergentes sometidos, sin embargo, a una fuerte competencia a causa de que la organización mundial centrada en problemas, a su juicio, se veía obstaculizada por la sobrecarga de soberanías existentes en el sistema internacional de los Estados. “El fracaso del internacionalismo en nuestro tiempo parece ya perfilarse” afirmaba Perón, advirtiendo que “El mundo no está maduro para formas semejantes porque se aferra y se aferrará todavía por siglos a las formas locales y nacionales, que están en la naturaleza misma de los hombres actuales” (Perón, Juan Domingo *Política y estrategia*. Buenos Aires. s/d.

¹ La respuesta de Kojève a la visión globalizadora de Francis Fukuyama se encuentra en *Marx es Dios y Ford es su profeta* en *Revista de la Universidad de México*. 1981 n° 8.

1953: 441). Diversidad y complejidad no son de gestión fácil en un clima que ciega de raíz la expresión pluralista de intereses y perspectivas diversas sobre la sociedad internacional. La idea general de la “comunidad organizada” importa sobremanera a nuestro argumento porque ella se refiere a un “orden” que ante todo debemos poder representarnos (modelo) para poder realizarlo en la práctica. Importa, además, porque arroja claridad sobre una alternativa a la racionalización y tecnificación de lo político.

Los hombres no se comprenden como elementos discretos de un gran sistema de interacciones que tiene lugar entre entidades atomísticas. El imperialismo produce una aculturación bajo esa premisa atomista ya que aceptar la personalización implicaría contradecir la universalidad abstracta dando con ello lugar a la particularidad concreta de una cultura como contexto de “personificación” y despliegue del individualismo.

Como antes dijimos, el problema de las ideologías interesaba a Perón pero solo como expresiones discursivas de una época y como proyectos globales de dominación. Es sencillo apreciar en qué medida la visión del “equilibrio”, no puede atenderse como un concepto de justicia internacional a través del derecho, la clave de fondo de esta visión. En un sentido ideológico los EE.UU pueden considerarse un «imperio global». “Los imperialismos no son sino totalitarismos en acción. La negación democrática está más en los hechos imperiales que en los totalitarismos ideológicos” (Perón, 1953: 382). Ya hemos visto su constante reclamo de valores universales como justificación para el uso de la fuerza.

A propósito de ello, en el *Modelo Argentino* subyace la resonancia de un texto de Pitirim Sorokin (*Sociedad, cultura y personalidad*. Madrid. Aguilar. 1969). Sorokin fue un sociólogo eminente y controvertido. Se le debe mucho más de lo que se le reconoce. En el año 1944, advirtió el desplazamiento de los “centros rectores de creación” y consideraba que los EE.UU y la URSS se aproximaban entre sí. Un texto postrero de Perón, el *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional* (1974) ofrece también el diagnóstico de esa colusión imperialista. Su denuncia y el fundamento de un rumbo alternativo es lo que había dado lugar a la Tercera Posición. “Los extremos se tocan cada vez más –sostiene Perón- Mientras que en las economías capitalistas crece la intervención del Estado y el contenido de sujeción de la libertad individual, en los países socialistas se introduce el beneficio privado y empresario como motor de incentivación del crecimiento” (Perón, 2015: 223) .

Una disposición tal que arrastraba al arte, a la filosofía e incluso a la visión científico-técnica del mundo. Es hora de superar una visión materialista que amenaza aturdir al ciudadano con incitaciones sensoriales que dispersan su vida interior” (Perón, 2015: 316). Sorokin sostiene que es que el mundo occidental está enfermo de decadencia y lo amenaza una caducidad indetenible. Lo arrastra el imperialismo yankee que está entrando en el período agudo de su caída en que los síntomas se hacen más violentos y evidentes. Sus valores ficticios lo están ya carcomiendo y la destrucción imperialista se produce siempre por un proceso interno de descomposición. La ideología de los imperios se produce en su misma base social. Sorokin también infería de este desplazamiento que el liderazgo cultural europeo estaba tocando a su fin. El sociólogo ruso-norteamericano interpretaba que la crisis de los imperios coloniales era un indicio de la retirada europea de los asuntos mundiales.

Su política exterior está empeñada en una contienda permanente. Se trata, pues, de decidir ¿Quién debe detentar el liderazgo en el sistema internacional? ¿Quién debe imponer su regla de funcionamiento sacando provecho de su capacidad para controlar el proceso de asignación de los recursos?

En resumen, toda la problemática de la demografía, los recursos naturales y el medio

ecológico, tal como fue expuesta por Perón, según la coyuntura y las tendencias, tocan de lleno a la gestión imperial. Si es recomendable investigar los conflictos políticos y sociales del pasado no debe olvidarse el dispositivo conceptual de la propia época bajo estudio. Esto impone la autocomprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas.

La marcha hacia el universalismo pone en evidencia un imperativo de la evolución. Perón tuvo la certidumbre que el problema que merecía reflexionarse era el de una tensión finalista y adaptativa de la humanidad. La otorgaba importancia porque allí se encontraba la respuesta al nuevo contexto en el cual los problemas aparecían.

Pero el internacionalismo liberal o el “globalismo” difieren en una polarización incluso conceptual respecto del “universalismo” concreto y del pluralismo político-cultural. Y, precisamente, en este nivel es donde la resistencia al imperio toma nuevas formas y métodos. En el pensamiento de Perón las etapas nacional, regional y continental se referían a escalones geopolíticos. Pero en cada una de esas integraciones la interferencia imperial podría introducir perturbaciones.

Como escalones geopolíticos no implicaban internacionalización o pérdida de las diferencias entre las culturas. Pero insistió en ello y en el *Modelo Argentino* volvió sobre esta categoría. En este documento postrero, hace referencia a las acciones de una “sinarquía cultural” (Perón, 2015: 241) como una fuente de la que dimanaban el materialismo de la época, una mentalidad tecnocrática y la opacidad de la filosofía. “Un examen superficial de los dos polos principales del poder mundial sólo acierta a captar las diferencias ideológicas, ahondando el análisis surge -entre otras determinaciones igualmente importantes- la cultura como evidencia cierta de la unidad sinárquica” (Perón, 2015: 241).

El filósofo español Gustavo Bueno distingue entre los imperios “generadores” y los imperios “depredadores” (*España frente a Europa*. Oviedo. Pentalfa. 2019). Los Imperios depredadores utilizan a las demás sociedades como fuente de mano de obra o de materias primas. Desde luego que degradan su nivel político como ocurrió con el imperialismo británico, holandés o belga.

También la perspectiva del III Reich alemán y el Japón con su “esfera de coprosperidad” podrían inscribirse sin mayor dificultad en esta variante. Los depredadores establecen “zonas de influencia” (Congreso de Berlín, 1885) y no abrigan una pretensión universal. Como ejemplo del imperialismo depredador contemporáneo empujado por las necesidades de abastecimiento bélico y mano de obra, cabe citar el caso del III Reich basado, además, en un discurso biopolítico de raíz británica afirmativo de la superioridad racial portadora de “voluntad imperial”. El imperialismo generador se propone a una determinada sociedad como un modelo soberano a imitar.

De agrado o por fuerza, las naciones han de someterse al mismo. Llegado el caso serán anexionadas bajo su férula. Esta es la norma básica del colonialismo donde las demás sociedades existirán como colonias o protectorados dispuestos a ser explotadas.

En cuanto a los imperios generadores estos aspiran a ejercer una influencia “mundial” (España, EE.UU y la URSS) y, en distintas variantes, la hegemonía resulta una categoría explicativa interesante al respecto. En cuanto al concepto de hegemonía la relación que guarda con términos como *dominium* e *imperium* es general y extremadamente retórica.

Sin embargo, puede decirse que la hegemonía designa una forma de influencia indirecta pero eficaz y, en segundo lugar, como categoría analítica utilizada por Gaetano Mosca y luego

por Antonio Gramsci designa una cualidad de dirección ideológica y unificadora.

Pero también Zbigniew Brzezinski señaló, que los EE.UU. se basan en la técnica de la cooptación del vencido sin descuidar naturalmente la influencia indirecta que ejercen sobre las élites de colaboración. Esa constituye, en términos elocuentes, una verdadera “cuña imperialista” introducida en la sociedad.

La norma del imperialismo generador es pues el intervencionismo en todas las sociedades políticas con el objeto «elevar» a esas sociedades a un nivel de modernización y de imitación de las instituciones políticas del imperio. El Imperio español, y el argumento de Bueno es discutible al respecto, aunque tiene valor heurístico, puede verse como un modelo “generador”.

No es el único caso a mencionar porque en esta categoría entran el imperio generador ruso-soviético y el norteamericano. Los Imperios generadores suelen colisionar entre sí. Su naturaleza es intrínsecamente hegemónica. Se trata de antagonizar a la “sociedad civil” contracara del mercado con la organización de una comunidad popular centrada antes en la filiación y en lealtades que en afiliación e intereses. Las “clases” o “sectores medios” son el principal agente estructural del imperialismo generador.

Las ciencias sociales han cumplido y cumplen todavía, incluso en sus versiones críticas, la racionalización más acabada de aquella hegemonía. Si el imperio no acepta Estados nacionales soberanos, sí en cambio acepta y promueve como réplica de aquellos, unos “centros administrativos de control” que garanticen “gobernación” sin proyecto político, gestión sin “conducción” e individualismo centrado en derechos antes que una “comunidad organizada”.

Su dialéctica llega a su fin cuando se cumple el objetivo o, se alcanza la constitución de un estado que podría adoptar el símbolo del Estado universal como en la versión de la «cosmópolis» propuesta por los estoicos.

Una organización del poder que pretendiera incorporar al conjunto de la humanidad en su esfera se vería llevada por lógica consecuencia a levantar un “campo de concentración” en las periferias, “muros” de contención” en sus metrópolis o “franjas vigiladas” en sus cercanías, como ocurrió en Irlanda del Norte o actualmente en Gaza.

En un análisis menos impresionista Hermann Heller (*Teoría del estado*. México. FCE. 1968; *Escritos Políticos*. Madrid. Alianza 1985) explicaba que el “internacionalismo” era una perspectiva fácil de entender. Bastaba con apreciar el impacto tecnológico y económico del capitalismo, e incluso, la respuesta dada al mismo por los soviéticos que también aspiraban a realizar su idea en la política mundial.

Sin embargo, es una evidencia que los imperios atraviesan una tensión característica porque su base de recursos no es suficiente para reproducir su sociedad “central”. El colapso demográfico es inevitable en las sociedades centrales. Resulta ser éste un motivo adicional que merece estudiarse, en torno al cual Perón advirtió que se encuentra agravado por la imprudencia de un control de la natalidad indiferente a un enfoque centrado en las capacidades nacionales. Ello, sin necesidad alguna de detenernos en el hiperconsumo que alcanzan tales sociedades. En conclusión, los imperios tienen que controlar su periferia.

El impacto de la técnica resulta aquí un indicador prioritario para entender la crisis de localización que provoca la dinámica global. Un atributo del universalismo era la “homogeneidad” internacional entendida en el sentido de que los regímenes políticos

debían asimilarse a la “democracia liberal” a fin de no ser calificados de Estados canallas. Tal es el programa del imperialismo generador. Como ocurre con el “globalismo” de finales del siglo XX el desafío consiste ahora en la "reducción del pluriverso a la unidad mundial".

El frente de la resistencia se constituye a través de actividades coordinadas a escala regional o continental. Pero, sobre todo, merced a aquellas acciones que tienden a la defensa del medio ecológico y de los recursos naturales los que, a fin de cuentas, constituyen el ser material de las naciones.

DOS SIGLOS DE POLITICA EXTERIOR. HITOS DE UNA TRAYECTORIA INTERNACIONAL



Horacio Cagni

80

Resulta difícil relevar la política exterior de la Argentina en pocas páginas. Pero resulta importante señalar las invariantes de dicha política a lo largo de las sucesivas etapas históricas. Los factores recurrentes han sido el territorial, el jurídico y el político, raras veces el económico y el estratégico. La relevancia de la geopolítica y de las nacionalidades no ha tenido fuerte impacto en la conformación de sus fronteras, a diferencia de otros Estados-naciones conformados en el S. XIX. Quizá por la herencia del Imperio español, una ecúmene cultural, jurídica y religiosa construida por sobre el principio de nacionalidad.

No obstante, en la etapa de construcción del Estado nacional, el principio de autodeterminación de los pueblos ha sido medular, como lo señalan las proclamas emancipadoras de 1810, así como el *utis possidetis juris*, es decir el respeto de las delimitaciones administrativas coloniales dispuestas por la corona española en América como frontera entre los Estados en el momento de la emancipación (Ruiz Moreno, 1961: 13-14). Pero siempre con la idea de ligamen a una comunidad de naciones más allá de esas fronteras.

El Virreinato del Río de la Plata se fundó por real cédula en 1776, con los territorios de Buenos Aires, Paraguay, Tucumán, Potosí, Santa Cruz de la Sierra, Charcas, Mendoza y San Juan del Pico. La capital se estableció en Buenos Aires. Fue esencialmente un virreinato militar, establecido con un criterio defensivo, frente al avance portugués sobre las fuentes fluviales del Plata y la Banda Oriental. Prestamente dotado de grandes recursos, el centro geopolítico sudamericano se trasladó a Buenos Aires en desmedro de Lima, y del Pacífico y el *heartland* altoperuano al Atlántico¹.

La gravitación de Buenos Aires, puerto, ciudad,

¹ Fue el Virrey Cevallos quien logró que la nueva institución no fuera transitoria, vislumbrando su real importancia futura; Lima estaba muy lejos para atender el nuevo frente (Barba, 1978: 26 ss.).

campaña y provincia, ha sido fundamento de la historia de los argentinos y de la organización nacional. Es un dato de la realidad: no puede entenderse Argentina e incluso América del Sur sin Buenos Aires.

Su presencia en los destinos del subcontinente, comenzó a afirmarse desde su ubicación en la banda occidental del Río de la Plata. Los marinos españoles así bautizaron ese río, dándole un nombre que connotaba la futura riqueza que acuñaría esa ciudad, una riqueza no basada en los metales que habían dado el nombre al río, sino en la abundancia de tierras fértiles y una ubicación atlántica que serviría de puente hacia el comercio con todo el mundo.

El puerto hizo a la actividad comercial de ultramar, pues por las condiciones geopolíticas el monopolio español era insuficiente: se comerciaba sin límites por encima de la imaginación de cualquier sudamericano y la riqueza se acumuló. Las llanuras fértiles que seguían al puerto desarrollaron vacunos y yeguarizos multiplicados en forma prodigiosa².

La pujanza económica ya se veía reflejada en las recaudaciones de la Aduana fundada en 1781, en adelante la fuente fiscal más importante y sostenedora del poder político y militar. Paralelamente, el tiempo de los virreyes transcurría parsimoniosamente. La vida era lenta en Buenos Aires, al ritmo de la abundancia de comida, las tertulias y las siestas. Pero en 1806 todo cambió.

Era la última fase de los enfrentamientos de las potencias comerciales; las guerras anglo-francesas iniciadas en 1698 habían impuesto su juego en la política del alicaído imperio español. Una Inglaterra en plena revolución industrial acumulaba excedentes y productos e intentaba ubicarlos en el mercado mundial, dominando los mares luego de la batalla de Trafalgar en 1805 con la destrucción de la flota franco-española. Napoleón -ya sin barcos con los cuales disputar el comercio internacional a Inglaterra- decreta un bloqueo a Europa continental y a las colonias que de ella dependen. Allí entra Buenos Aires, como dependencia de España, por el momento aliada de Napoleón.

Las invasiones inglesas de 1806 y 1807, y la victoria contra los Casacas Rojas, uno de los mejores ejércitos del mundo de la época, dieron lustre a Buenos Aires, que se ganó un renombre en toda América. Santiago de Liniers y Martín de Álzaga convirtieron a una ciudad de comerciantes en una fortaleza militarizada.

Pero además se forjó una autoconciencia protonacional, el orgullo de ser legítimos herederos de España, pero con voz propia. Ante la conducta de Buenos Aires frente a los ingleses, Ignacio B. Anzoátegui dirá: "Ellos venían a conquistar una colonia perdida en cualquier parte de cualquier hemisferio. Y nosotros éramos nada menos que la avanzada -la incómoda avanzada- de un Imperio" (Citado en Suárez, 1978: 39).

La crisis española hace eco en América. España cambia de bando aliándose ahora a Inglaterra contra Napoleón y en octubre de 1809 el virrey Cisneros decreta el Libre Comercio con España y su novel aliada Inglaterra. Ahora la ciudad, puerto y campaña, podía comerciar libremente con todo el mundo. Siete meses después se deponía al virrey y se creaba la Primera Junta de gobierno que iniciaba un proceso independentista con ideas novedosas para la época, entre ellas la de soberanía popular. La revolución de Mayo marcó la cuestión del pueblo en las calles y el interés de la participación en la política. Esta idea, con la fuerza emancipadora juvenil, se proyectaría en un proceso histórico desde Buenos Aires hacia toda la América del

² En algún lugar de *La Ciudad Indiana*, Juan Agustín García recuerda que los viajeros de entonces debían esperar todo un día para dejar pasar vacadas de 30 mil animales.

Sur.

De 1810 a 1820, se suceden gobiernos que reflejan el arrastre de la lógica virreinal aún vigente. La decisión de “cortar” con España implicó coraje y arrojo, pero fue una decisión municipal de Buenos Aires, sin consultar a las “Intendencias” virreinales del interior, en proceso de convertirse en provincias. Todo el interior resistiría la decisión unilateral de la “hermana mayor” Buenos Aires, como solía significar Juan José Paso al status porteño en su relación con las provincias.

Buenos Aires pagaba la independencia, surtía y vestía a los ejércitos, la *Gaceta* de Mariano Moreno era el órgano de prensa de la revolución y sustentaba la efectiva toma de decisiones; las potencias extranjeras establecían diplomáticos en la ciudad y la inmigración llegaba al puerto y se desparramaba por la campaña.

En paralelo con la guerra de independencia liderada por San Martín y su “estrategia de aproximación indirecta” -que proyectaba la revolución por el Pacífico a Chile y Perú-, el malestar del interior se configuraba en tres focos de resistencia: Córdoba, Paraguay y la Banda Oriental.

A pesar de la caída del Directorio, la relevancia de Buenos Aires, aceptada en última instancia y en sus esencias por los caudillos, daban la representación de los negocios del país al gobernador porteño.

El año 1820 fue un año de transición para encauzar la gobernación de Martín Rodríguez y de su ministro Rivadavia. Se le recuerda como el año de la anarquía, pero también por el restablecimiento del orden, consolidado por la disciplina de los Colorados del Monte, dirigidos por Juan Manuel de Rosas, quien intervendrá con sentido de ecuanimidad y como articulador de la paz con los caudillos del interior, recelosos de los porteños. Desde el Tratado de Benegas, Rosas empieza a perfilarse como valor homeostático de las fuerzas agónicas en el país.

Entre 1826 y 1828 estalla la guerra entre las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil, por la cuestión del control de la Banda Oriental, una herencia del conflicto hispanoportugués. Buenos Aires mostró otra vez su relevancia: el ejército, los caudales y la flota comandada por Guillermo Brown, fueron pagadas por Buenos Aires (Cisneros-Escudé, 1998, III: 119).

Rosas, comandante de la campaña bonaerense, luego de la crisis institucional que sigue al fusilamiento de Manuel Dorrego, vence al bando unitario y accede a gobernar la provincia de Buenos Aires con la suma del poder público, desde 1829 a 1852, salvo un pequeño interregno, proyectando a Buenos Aires nacionalmente.

Si bien Rosas se proclamaba federal, buscó un equilibrio entre las formas unitarias, que destacaban la búsqueda de un orden en parte sugerido por Buenos Aires, y las formas federales. La mixtura de ambas en sus aciertos funcionales a la realidad, como más tarde reconocerá Juan Bautista Alberdi, se necesitaban para no desagregar el antiguo territorio del virreinato.

Las provincias pedían una autonomía que respetara sus realidades, en ningún caso demandaban la autonomía de los estados norteamericanos o de los cantones suizos. Era otra forma de federalismo (Gálvez, 1954: 118). Dicha autonomía no desechaba la asistencia de Buenos Aires.

Rosas era la valoración homeostática, la síntesis posible y real entre la tendencia

anárquica de “hacer la suya” y la inviabilidad de gobiernos autónomos en cada provincia -por un lado-, convirtiéndose en republiquetas de fácil presa de intereses extranjeros, y el puerto -por el otro-, que destruía con sus importaciones la industria del interior y se llevaba por delante a las provincias. El Restaurador simbolizaba la conducción de una integración territorial y política, de sedimentación nacional, unificadora y superadora de la lucha entre cacicazgos egoístas y enfrentamientos tribales³.

Los conflictos con las potencias extranjeras y la delegación de las Relaciones Exteriores en la persona investida del gobernador bonaerense, más el Pacto Federal de 1831, acentuarían la empresa política de la comunidad, organizada en una Confederación laxa que no reprimiera la diversidad informal de las provincias. Incluso la ley de Aduanas de 1835 no fue una medida económica aislada, sino que servía de instrumento político para atemperar la posición de Buenos Aires hacia ellas. Se aplicaron impuestos a los productos extranjeros que competían con los hechos en el país. Al mismo tiempo, el poder político y militar de Rosas creaba cierto orden, indispensable para dar a la economía su recurso más importante: la confianza, como fe recíproca de la comunidad. Además, en su esfuerzo por pacificar el país, no hubo gobierno que gastara más correspondencia epistolar⁴.

Desde Buenos Aires, Rosas intentó ordenar el país, sanear las finanzas, establecer las bases para el comercio y la producción, y lograr el reconocimiento de la soberanía ante las potencias extranjeras. La alta estrategia rosista se manifestó en la guerra contra el Mariscal Santa Cruz y la Confederación Peruano-Boliviana, que intentaba restablecer el virreinato del Perú, y, más adelante, en la Guerra Grande, para recuperar la Banda Oriental en sentido federal, apoyando a los “blancos” uruguayos. A raíz de la resistencia al bloqueo anglofrancés de 1845, los cañones de Trafalgar tuvieron que saludar al pabellón nacional y las dos potencias más fuertes del mundo negociar las justas posiciones de Rosas, quien intentó fijar los límites de la identidad argentina.

No obstante, la reconstrucción del Virreinato del Río de la Plata, idea fuerza de alcance geopolítico del Restaurador, ya era una empresa harto difícil. En aquel momento, los distintos países no tenían voluntad de volver a constituir un cuerpo único por propia gravitación, reconociéndose en sus afinidades culturales y valores compartidos. Y todo intento de forzarlo por la acción violenta estaba desde entonces destinado a fracasar. Quesada lo expresó claramente: “La prudencia aconseja ante y sobre todo poblar nuestros desiertos, consolidar el orden con la libertad política y civil, antes que pretender anexiones que puedan comprometer el propio crecimiento de la nacionalidad argentina...promover cambios en la geografía política sería quizá suscitar guerras”⁵. Como efectivamente ocurriría.

La cuestión del control del Plata siempre fue motivo de preocupación para el Brasil, quien no podía permitir que ambas márgenes del gran río fueran controladas por la Confederación Argentina. Brasil, con el discreto apoyo de las potencias colonialistas, reclutó un ejército imperial, que contó con el apoyo de argentinos y uruguayos, alemanes e ingleses, para derrotar a Rosas en Caseros en 1852. El general Justo J. Urquiza, vencedor, restablece el Pacto Federal de 1831, más el Acuerdo de San Nicolás, para dar forma a la organización constitucional, más la distribución proporcional de las rentas aduaneras, acuerdo rechazado por Buenos Aires. El país se divide en el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina, lo cual demostraba a Urquiza la tesis rosista de que toda unidad sin Buenos Aires era inviable.

³ Unidad nacional y asimilación de las masas en (Gálvez, 1954: 370ss).

⁴ El clásico de Julio Irazusta en varios tomos -*Vida Política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*-, así lo demuestra.

⁵ Ernesto Quesada, citado en (Ruiz Moreno, 1961: 16-17).

Luego de Cepeda, en 1859, Buenos Aires se declaró parte de la Nación, aceptando la Constitución de 1853 y la aduana pasó a manos nacionales. Pero Mitre se impone a Urquiza en Pavón en 1861, asume como presidente y disciplina el interior por las armas. En estas guerras fratricidas no habrá un claro vencedor, pero resulta evidente la hegemonía de Buenos Aires. El liberalismo económico e ideológico se impone, creando un progreso en lo macroeconómico. Este proceso culminará con la federalización de Buenos Aires en 1880 forzada por Roca, inaugurando la era de la “paz y la administración”. Se había producido la “nacionalización del liberalismo” (Floria-García Belsunce, 1988: 51).

Siendo el liberalismo político y económico el común denominador de las facciones en pugna en esta época de organización nacional, sus principales premisas eran aceptadas por todos. Argentina estaba en una paradójica situación: adoptaba globalmente el sistema pero dejaba sumergidas una cantidad de variables primordiales en Europa y los Estados Unidos. Se importó la ideología sin valorizar previamente las estructuras, objetivos y la práctica político-social de los países de origen y sus diferencias con el nuestro (Corembli-Gallo- O’Connell, 1962: 24).

En el plano interior, el malestar social creciente derivó en una guerra civil. En el plano exterior, el compromiso con las premisas liberales de Orden y Progreso que campeaban en el Imperio del Brasil se unían a la prédica de libertad de comercio y de tráfico en mares y ríos del Imperio británico. En este marco se inserta el episodio de política exterior más cruento de la historia argentina, la Guerra del Paraguay (1865-1870). El conflicto tiene sus causas en la posición geopolítica del Paraguay de los López. Asunción no podía permitir el cierre del Río de la Plata por una Buenos Aires aliada a la tesis inglesa de libre navegación de los ríos -con la hegemonía de sus manufacturas- y una Uruguay “colorada” unida a los mismos principios. Por otra parte, el Imperio del Brasil no podía consentir un Paraguay pujante y agresivo en el corazón de los grandes ríos y amenazando el Matto Grosso.

El mariscal Francisco Solano López creía que los federales argentinos se pondrían de su lado o se mantendrían neutrales, pero la situación por entonces había cambiado mucho. La intervención armada paraguaya de 1865 se consideró una afrenta nacional en Buenos Aires. La guerra que siguió fue llevada adelante por Brasil Argentina y Uruguay -la Triple Alianza-, y después de Curupayti en 1866, casi exclusivamente por el Brasil y de manera absolutamente “romana”. La política exterior argentina fue atada virtualmente a la del Imperio, en virtud del tratado secreto: no podía deponer las armas por separado hasta derrocar al gobierno paraguayo, aunque éste fuera defendido hasta el último hombre, continuando la guerra hasta el exterminio de la población si era necesario. Recién después se vería la cuestión de los límites, aunque fueran arbitrarios e injustos.

Al final del desgraciado conflicto, en las tratativas de paz se evidenció la debilidad de la diplomacia y del gobierno argentino, pues la República soportó todas las pesadas cargas de la guerra sin ninguna ventaja; todo el esfuerzo fue realizado en beneficio del Imperio. Además, la identificación de las pretensiones del Brasil con las ambiciones monárquicas y colonialistas, al estilo de la aventura francesa en Méjico, había desprestigiado al aliado, acusado de traicionar el ideal sanmartiniano (Busaniche, 2005: 373ss).

Agotada la guerra civil, el país, mal que bien, se encaminó hacia la unidad nacional. Siguiendo las premisas de Alberdi -gobernar es poblar- y de Domingo F. Sarmiento -educación del pueblo-, la Argentina se abrió a la inmigración. Los que en el Viejo Continente y el Próximo Oriente huían de los conflictos, la miseria o el colonialismo, comenzaron a arribar al país, que empezó a ser visto como una tierra de promisión. Italianos, españoles y sirio-libaneses, en ese orden, pero también de muchos otros países. Una educación homogeneizadora, conformada

en torno a una escuela de libre acceso y un fuerte orden simbólico patrio, fueron las bases constitutivas del “crisol de razas”.

La Generación del 80 fue la culminación de la evolución del patriciado argentino. La conformaba gente de fortuna, cultivada, de formación intelectual europea, inteligente y refinada, frívola en muchos casos. La Argentina de entonces ya era una nación asentada, muy rica, favorecida por la extensión geográfica, diversidad climática y vastedad de recursos naturales. El proceso de ocupación del espacio fue similar al ocurrido en Estados Unidos, pero enormes territorios sumados a la administración estatal no fueron en su momento incorporados al proceso productivo. La frontera interior -en términos de Frederick Turner- no terminó de cerrarse, porque no hubo una colonización efectiva de las zonas limítrofes, sólo mantenidas por el ejército de Roca y sus sucesores, quienes aprovecharon los frentes que Chile tenía en su frontera norte para consolidar la ocupación efectiva de la Patagonia (Cisneros-Escudé, 1998, VI: 231).

Esta Generación del 80 tenía, salvo excepciones, un sesgo antiestadounidense, con la prédica de Carlos Groussac a la cabeza. Se oponían a la Doctrina Monroe, y los representantes argentinos boicotearon claramente el 1º Congreso Panamericano en Washington en 1889. Comúnmente se afirma que esta conducta era reflejo de la alineación con el Imperio británico, cuyos intereses en América Latina estaban en franca rivalidad con la potencia emergente norteamericana. Pero se trata también de una cuestión cultural y de la conciencia, exagerada, de constituir un poder alternativo, de riqueza inagotable y cabeza de la latinidad en el continente. Ello se evidenció en la Guerra Hispanoamericana de 1898, donde la Argentina se declaró neutral pero tuvo manifestaciones claramente despectivas hacia Estados Unidos y a favor de España (Cagni, 1999: 69-70).

La Argentina advenía al siglo XX como un ejemplo “trasplantado” de la civilización europea y la misión universal de su cultura, “granero del mundo” y “tierra prometida del hemisferio sur”. El Centenario de 1910 puso al país en la vidriera del mundo, los elogios eran unánimes. Esta favorable realidad se proyectó por mucho tiempo. En 1913 Argentina ocupaba el décimo lugar por PBI entre cincuenta y seis naciones de Europa, América y Asia (muchos otros países eran colonias). En 1936 aún tenía el puesto doce. El ingreso per cápita de un argentino era del 75 % de un ciudadano británico. Es necesario revisar el argumento de la postergación social de la gran masa de la población. Parcialmente era cierto, pero ocurría en muchas partes del globo. Los salarios reales pagados en Argentina entre ambas guerras mundiales estuvo en aumento constante; un connacional ganaba más que un francés, español o italiano. En época de la Gran Guerra, el país ocupaba el primer lugar del mundo en kilómetros de vías férreas -símbolo de progreso- por habitante, más que los Estados Unidos (Lanús, 2001: 33-34).

Durante el primer conflicto mundial, de 1914 a 1918, tanto el gobierno de Victorino de la Plaza como el de Hipólito Yrigoyen mantuvieron la neutralidad, a pesar de algunos graves incidentes, como la requisita de un barco argentino por un buque de guerra inglés, las presiones de la flota norteamericana del Atlántico sur, y el hundimiento de dos mercantes de bandera nacional por submarinos alemanes, en la campaña de guerra submarina irrestricta llevada adelante por el Káiser. Incluso una declaración conjunta del Senado y de la Cámara de Diputados de la Nación de 1917, pidiendo al Ejecutivo el rompimiento de relaciones diplomáticas con Alemania fue desestimada por Yrigoyen, quien no se apartó un ápice de la neutralidad (Lanús, 2001: 83-84). De este modo se confirmó una invariante de la política exterior argentina, así como otra constante, el carácter presidencialista del gobierno nacional.

Cuando finalizó el conflicto y se reunió la Conferencia de Paz, la Argentina se opuso a

que ésta fuera un foro de discusión de las potencias vencedoras para tratar el inicuo Tratado de Versalles. Las instrucciones a la delegación argentina dadas por Yrigoyen a Honorio Pueyrredón confirmaban los principios fundamentales de igualdad de los Estados, autodeterminación de los pueblos, libertad de los mares y la búsqueda de un orden moral internacional. La principal propuesta era que todos los Estados que lo quisieran debían ser admitidos en la recién creada Liga de las Naciones, es decir lo más cercano a un “ni vencedores ni vencidos” y lo más alejado del espíritu de las potencias europeas triunfantes. Al no aceptarse su criterio, la Argentina se retiró por años de la Sociedad de Naciones.

El yrigoyenismo mantuvo constantes en su política exterior que luego fueron continuadas: fraternidad americana, paz entre las naciones y cooperación internacional. Una política sin hostilidades frente a los Estados Unidos, pero también nada proclive al panamericanismo, en tanto éste era a diario desprestigiado por el intervencionismo de Washington en diversos puntos del continente, como en la República Dominicana, donde un crucero argentino saludó el pabellón nacional de un país intervenido por los *marines*.

En el período entreguerras, dos hechos signaron la alta estrategia argentina. Entre 1932 y 1935 una guerra entre Bolivia y Paraguay, por las irresueltas fronteras del Chaco boreal, que costó cien mil vidas y puso en jaque al sistema internacional. Argentina, con una mediación calculada, triunfó allí donde fracasaran una Comisión de Neutrales -países americanos sin frontera con los beligerantes- y otra posterior de técnicos de la Sociedad de Naciones ginebrina. Más allá de los intereses ocultos en el conflicto -la pugna entre las compañías petroleras norteamericana e inglesa por los presuntos yacimientos del Chaco-, la mediación del canciller argentino Carlos Saavedra Lamas orientó las negociaciones previas desprolijas de otras comisiones y, literalmente, les robó el protagonismo a países como Estados Unidos y Brasil, encontrando una fórmula satisfactoria para los contendientes. Ello le valió al país su primer Premio Nobel, el de la Paz otorgado en 1936 a Saavedra Lamas. La Argentina llevó a feliz puerto una política de prestigio continental, además de la propia y, por todos, reconocida vanidad de su canciller⁶.

La debilidad de la democracia europea se puso de manifiesto en el período entreguerras, con la ascensión de sistemas políticos de partido único, como la Unión Soviética stalinista, la Italia fascista y la Alemania nacionalsocialista. Un campo de batalla internacional entre las nuevas fuerzas en pugna lo constituyó España, donde una guerra civil a partir de 1936 ensangrentó por tres años la península.

Fiel al principio de no intervención en los asuntos internos de otros países, la Argentina se declaró neutral pero tuvo, no obstante, una conducta de solidaridad internacional respecto de los refugiados y perseguidos de todo bando que la ennobleció y provocó el reconocimiento mundial. Muchos compatriotas, iberoamericanos, españoles sin distinción y ciudadanos de otros países europeos, pudieron ser rescatados y salvar sus vidas merced a la acción abnegada de un equipo de diplomáticos vernáculos de excepcional nivel y valentía.

Cabe hacer notar, particularmente, que la Argentina fue la única nación que, de hecho, integró una fuerza naval al margen del Comité de No Intervención, formado por las principales potencias europeas para control de las costas españolas y evitar, en teoría, la injerencia de otros países en la guerra civil. El crucero *25 de Mayo* y el torpedero *Tucumán* constituyeron una sólida presencia, con una importante erogación para el gobierno, en la defensa del más

⁶ Según nota confidencial del embajador británico en Buenos Aires, Henderson, (Lanús, 2001: 530). Henderson se hizo famoso al ser nombrado luego en Berlín y dejar unas importantes *Memorias*.

generoso derecho de asilo internacional⁷.

La política exterior de la Argentina fue puesta a dura prueba en el segundo conflicto mundial (1939-1945), no sólo porque abarcó casi todo el planeta, sino por su fuerte contenido ideológico, que comprometía el accionar de todos los países del globo, inexistente en la Gran Guerra. Desde el vamos resultó evidente que la lid podía hacerse presente a las propias puertas del país, como lo demostró el combate naval del Río de la Plata, que enfrentó al acorazado ligero alemán *Graf Spee* con cruceros ingleses.

Los Estados Unidos, luego del ataque japonés a Pearl Harbour en diciembre de 1941, emplearon el panamericanismo activo para alinear a las naciones latinoamericanas contra el Eje. La Argentina, fiel al principio de neutralidad -con el apoyo tácito del Reino Unido, al que le convenía tal actitud dada su dependencia de las importaciones agropecuarias de nuestro país- se opuso firmemente a las tendencias intervencionistas lideradas por Washington, en la Conferencia de Río de Janeiro de 1942.

Conforme el conflicto se extendía, los países latinoamericanos rompían relaciones diplomáticas con Alemania, Italia y Japón, cuando no entraban directamente en guerra junto a los Aliados, como Brasil y Méjico. Luego del golpe cívico-militar de junio de 1943 -una de cuyas causas fue asegurar la no intervención argentina en el conflicto-, y conforme las fuerzas del Eje retrocedían, Argentina quedaba en posición cada vez más difícil y crecientemente aislada. Los Estados Unidos armaban al Brasil como forma de presión sobre el díscolo gobierno argentino. Buenos Aires contestó con una política de acorralado; se intentó comprar armas en Alemania, que no podía enviarlas, y fomentó golpes revolucionarios en países limítrofes aliadófilos, como el que derrocó al gobierno del general Peñaranda en Bolivia.

La contrarréplica norteamericana fue de tal presión, que el presidente Pedro Ramírez decidió romper relaciones diplomáticas con el Eje en enero de 1944. Que la opinión pública y la mayoría de los militares seguían siendo neutralista lo prueba el hecho que tuviera que renunciar un mes después, siendo reemplazado por el general Edelmiro Farrell. Este no innovó en política exterior, pero la evidente derrota del Reich le llevó a actitudes contemporizadoras con Washington, favorecidas entonces por el reemplazo del recalcitrante Cordell Hull en el Departamento de Estado. En los últimos días del conflicto en Europa, Argentina entró en guerra junto a los Aliados, consiguiendo así romper el cerco diplomático, incorporándose -con el beneplácito de Estados Unidos- a la Asamblea de las Naciones Unidas, firmando en agosto de 1945 la Carta de San Francisco (Lanús, 1984: 41ss).

En la posguerra, Argentina siguió diferenciándose del resto de Latinoamérica, no sólo por los notables cambios en política interna, perfilada desde 1943 al asumir el coronel Juan D. Perón la Secretaría de Trabajo, sino por el particular sello dado a las relaciones internacionales. La injerencia extranjera en los asuntos internos se personificó en la figura del embajador estadounidense Spruille Braden, quien ofició de contra imagen pues era todo lo que la gente rechazaba en la intromisión foránea, que asociaba a los sectores bienpensantes y más favorecidos de la sociedad vernácula, simbolizada en la Unión Democrática. Del otro lado, Perón aparecía como el conductor de los destinos de un país con protagonismo propio y actitud soberana. La consigna “Braden o Perón” dividió las aguas; el justicialismo llegó al poder en 1946.

La propuesta de política exterior del nuevo gobierno fue novedosa, una actitud distinta del bipolarismo recién consagrado, una Tercera Posición. En el marco de la Guerra Fría, el

⁷ Las instrucciones al capitán en (Irurzun, 1994. Anexos).

peronismo se opuso por igual a ambos extremos, capitalismo y comunismo. “Una tercera concepción, una solución aceptable entre el absolutismo estatal y el individualismo absoluto”. El peronismo no se presenta como una posición centrista sino como instancia superadora: “Somos anticomunistas, porque los comunistas son sectarios, y anticapitalistas porque también lo son”⁸.

La posición tercerista fue llevada al empíreo latinoamericano. Cuando en la reunión de Bogotá de 1948 nació la Carta de la Organización de Estados Americanos -OEA- y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca -TIAR-, las instrucciones dadas al Canciller Bramuglia fueron evitar dar un carácter supranacional a la institución, pues así estaría al servicio de la superpotencia continental; el Pacto debía realizarse con el respeto de las naciones constitutivas y sus particularidades. Esta política culminó con la Guerra de Corea, a partir de 1951. Argentina había suscripto el TIAR, que obligaba a todo país americano a sumarse a la defensa de cualquiera de los miembros que hubiera sufrido una agresión, pero era evidente que Corea del Sur no pertenecía a este continente. A pesar de su condena a la agresión comunista, la Argentina no tomaría compromiso militar alguno que supeditara el empleo de sus tropas bajo directivas de un organismo internacional o regional⁹.

En el orden continental, Argentina se opuso al multilateralismo retórico que beneficiaba a las potencias anglosajonas, prefiriendo suscribir acuerdos bilaterales comerciales y de cooperación económica con países de la región y de fuera de ella. Sudamérica fue concebida como una esfera de complementación y solidaridad, acentuando el carácter cultural común y la unidad de destino de sus pueblos. Perón lo expresó así: “Nosotros trabajamos primero para la República Argentina, después para el continente americano y luego para otros pueblos de la tierra...no peharemos jamás fuera de nuestro país...estamos en contra de todo imperialismo...no somos enemigos de ningún pueblo de la tierra...ayudaremos a realizar la unión de todos los pueblos americanos...Por eso fui a Chile, por eso fui al Paraguay”¹⁰.

Perón intentó la creación de un bloque regional económico y político, con Argentina, Brasil y Chile como plataforma, denominado por su sigla, el ABC. “La Argentina sola no tiene unidad económica, Brasil solo tampoco tiene unidad económica, Chile solo tampoco tiene unidad económica, pero estos tres países unidos conforman quizá en el momento actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero, sobre todo para el futuro...”¹¹. Con Chile se establecieron tratados de unión económica, pero la posición reticente y negativa de Itamaraty frustró la que sin duda fue un auténtico antecedente de los bloques supranacionales, no sólo del Mercosur sino de la Comunidad Europea.

El gobierno peronista también tuvo una posición crítica respecto del orden económico mundial de posguerra, estructurado a partir de Bretton Woods, con la creación del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el GATT, con reglas de juego claramente favorables a las potencias anglosajonas vencedoras y los países industrializados. Durante una década, Perón mantuvo a la nación alejada de estas instituciones, en una decisión hoy día criticada pero que entonces ratificaba la posición tercerista.

Fue con el advenimiento de la Revolución Libertadora en 1955 que se produce un cambio total en las relaciones internacionales argentinas. Por empezar, con la incorporación

⁸ Juan D. Perón: *Discursos del Teatro Colón* 28/11/1946; *Mensaje al Mundo* 7/7/1947; *Discurso ante la Confederación de Intelectuales* 2/5/1950.

⁹ Instrucciones a Atlio Bramuglia (Lanús, 1984: 86).

¹⁰ Juan D. Perón: Discurso del 17/10/1953, en (Perón, 2002: 84).

¹¹ Juan D. Perón: Discurso del 11/11/1953 en la Escuela Superior de Guerra.

del país como miembro del Banco Mundial y el FMI. A fines de los cincuenta era evidente que Latinoamérica tenía problemas sociopolíticos severos que urgían soluciones drásticas. Todo ello en el marco de un proceso de descolonización, las más de las veces cruento. La Revolución Cubana de 1959 fue el toque de atención para todo el continente. El presidente argentino Arturo Frondizi advirtió claramente ante el congreso estadounidense que el hemisferio estaba en riesgo debido a la postergación económica de sus pueblos (Frondizi, 2008: 95).

Continuando bajo nueva vestimenta la “política del buen vecino” de Franklin Roosevelt, el presidente John F. Kennedy crea en 1961 la Alianza para el Progreso, donde Estados Unidos se proponía financiar la transformación social y económica de los países latinoamericanos. Argentina y Brasil actuaron de común acuerdo, poniendo el énfasis en la industrialización y el desarrollo antes que en vivienda, salud y educación, como se priorizaba en la planificación. Se trataba de defender las autonomías nacionales en el camino del “despegue” y del desarrollo.

No obstante, el gobierno argentino se alineó completamente con Washington en la crisis de los misiles de Cuba, dado que la injerencia de la Unión Soviética vulneraba claramente el TIAR. Dos destructores nacionales se sumaron al bloqueo de la isla, siendo la actitud argentina la más notable entre los países latinoamericanos que apoyaron a Estados Unidos en la OEA (incluso por la amistad personal de Miguel Ángel Cárcano con el presidente Kennedy).

Luego del 55, la legitimidad institucional estaba herida de muerte. No podía existir una política viable en un país donde el peronismo era sistemáticamente proscripto en las elecciones sucesivas. Cuando la invasión norteamericana de la República Dominicana en 1965, la Argentina tuvo una conducta ambigua. El país había apoyado la creación de una Fuerza Interamericana de Paz, propuesta por Washington, a la cual las Fuerzas Armadas argentinas habían adherido entusiastamente, mientras el propio presidente Arturo Illía se oponía. El debilitado gobierno constitucional cayó al año siguiente, con el golpe que entronizó la dictadura del general Juan Carlos Onganía.

El gobierno de la Revolución Argentina centró el enfoque de las relaciones internacionales en el aprovechamiento de los recursos hídricos de la Cuenca del Plata, cuyo Tratado fue suscripto en 1969, con los fines de constituir un instrumento de cooperación regional. Era obvio que colisionarían los intereses de Buenos Aires y Brasilia, como había ocurrido desde el S. XVIII. La paradoja era que el gobierno de Onganía era reacio a toda política de integración, y prefería realizar acuerdos con Uruguay y Paraguay antes que con Brasil, en posesión de la parte alta de los ríos. Por eso intentó frenar el proyecto brasileño de Itaipú; obviamente Brasil construía represas mientras Argentina se empeñaba en mantener un combate de derecho internacional.

Consecuencias de las continuas crisis sociales y por sinceramiento de la realidad política, el peronismo volvió al poder en 1973. El retorno del viejo líder se efectuó en un marco internacional diverso y complejo, con problemas mundiales a multiniveles. No obstante, la política exterior continuó las invariantes doctrinarias, aunque *aggiornadas*, consideradas pilares de la tradición peronista. De manera coherente, Argentina integró el Movimiento de Países No Alineados, esbozado en Bandung en 1955 y consagrado luego en Belgrado en 1961. Las naciones integrantes debían haber adoptado una política independiente, basada en la coexistencia entre los Estados, la negativa a toda forma de imperialismo y la no alineación. Argentina concurrió a la Conferencia de Argelia de 1973, siendo admitida en el movimiento internacional que doctrinariamente había contribuido a crear.

Es interesante señalar que, poco antes de su muerte, Perón alertó no sólo sobre la vigencia del postulado tercerista, el accionar del neoimperialismo, al cual llamaba sinarquía -

“la coincidencia básica de grandes potencias que se unen, a despecho de discrepancias ideológicas, en la explotación de los pueblos colonizados”-, sino de los problemas que el mesianismo tecnológico, el consumismo a ultranza, el saqueo de la tierra y el despilfarro habían provocado en el entorno natural del hombre. “Debemos insistir denodadamente ante el mundo para que se ponga freno a esta carrera que nos lleva inexorablemente a la autodestrucción...A la irracionalidad del suicidio colectivo debemos responder con la racionalidad del deseo de supervivencia” (Perón, 2005: 261-268).

Curiosamente, el golpe de Estado de 1976 decidió mantener a la Argentina dentro del Movimiento de Países No Alineados, concurriendo a la reunión de Colombo y en 1979 a La Habana, procurando evitar pronunciamientos ideológicos. Por otra parte, sabido es que el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional mantuvo excelentes relaciones con la Unión Soviética. En 1953, la nación había suscripto un convenio comercial con el Kremlin, luego seguido de relaciones distantes. Pero en 1974, por medio de acercamientos comerciales, la Unión Soviética se convirtió en uno de los principales clientes de la Argentina; se intercambiaron misiones comerciales y se organizó una exposición de productos argentinos en Cuba.

El Proceso tuvo actitudes contradictorias en política exterior, pero fue coherente respecto del cliente ruso. Ante la intervención soviética en Afganistán, los Estados Unidos decretaron en enero de 1980 un embargo de granos a la URSS, invitando a las potencias cerealeras a plegarse. La respuesta argentina vía Martínez de Hoz fue una actitud independiente, condenando la invasión soviética, pero sin adherir al embargo, argumentando que éste fue inconsulto y las exportaciones de granos estaban en manos privadas.

Durante el Proceso la Argentina estuvo inmersa en dos *casus belli*. En virtud de los sucesivos acuerdos con Chile por la cuestión de los límites australes, se habían solucionado diferendos importantes, pero quedó irresuelto, desde 1904, el de las tres islas al sur del Canal de Beagle, Picton, Nueva y Lennox. Esto no tuvo relevancia hasta que ambas dictaduras militares, la del general Augusto Pinochet en Chile y del general Jorge Videla en Argentina, se empeñaron en una política de sobrepuja que llevó a las dos naciones al borde del conflicto. El rechazo argentino del laudo arbitral confiado a Gran Bretaña -que falló a favor de Chile, que presentó mejores argumentos- provocó una serie de controversias que llevó a la movilización militar a fines de 1978. La mediación del Papa, S.S. Juan Pablo II, impidió a último momento lo que hubiera sido un desatino en la historia de ambos pueblos.

Más grave aún fue el conflicto por la soberanía de las Islas Malvinas. De acuerdo al *utis possidetis*, la Argentina, como heredera de las posesiones de la corona española, tenía derechos sobre el archipiélago, amén de estar dentro de la plataforma continental. Pero Inglaterra ocupó por la fuerza las islas en 1832, rebautizándolas Falkland; desde entonces ejerce de hecho la soberanía sobre el territorio. Argentina reclamó siempre sus derechos y en 1957 incluyó el archipiélago dentro del territorio de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur.

En abril de 1982, debilitado, el gobierno del Proceso jugó una desesperada carta, invadiendo las Malvinas como maniobra de rehabilitación política. El gobierno británico de Margaret Thatcher también tenía problemas de política interna y contraatacó con el apoyo entusiasta de la *Royal Navy*. El intento del gobierno militar de establecer una soberanía tripartita -argentina, británica y de la ONU- ganando espacio y aire explotando una política de prestigio, fracasó sobrellevada por las circunstancias. La guerra, breve pero intensa, tuvo consenso en ambos pueblos.

Luego de operaciones aeronavales en las cuales los dos bandos sufrieron severas pérdidas, con el apoyo decisivo de Estados Unidos, el desembarco inglés quebró la resistencia argentina en junio de ese año. El conflicto tuvo consecuencias importantes: demostró la fragilidad de la OTAN para realizar operaciones a grandes distancias, puso de manifiesto la coyunda entre las potencias anglosajonas más allá del TIAR, que evidenció su fracaso, y alineó a la Argentina con sus hermanas latinoamericanas -que expresaron su solidaridad plena ante lo que se consideró la última guerra colonialista-, alejándola del centro gravitatorio europeo¹².

El desenlace de la guerra conllevó el fin del Proceso y el advenimiento de la democracia en la Argentina. El propio bipolarismo aparecía cada vez más débil. Las guerras se convirtieron en “conflictos de baja intensidad”, eufemismo con que se enmascaran las guerras típicas del pacifismo contemporáneo y la tragedia de las luchas intertribales e interétnicas. Las “nuevas guerras”, al decir de Mary Kaldor —una mezcla de guerras convencionales con terrorismo y narcoterrorismo, crimen organizado, trata de personas, desplazamientos demográficos, violaciones de derechos humanos, etc.- han superado el paradigma de Clausewitz., al desvalorizar al Estado-nación como sujeto de las relaciones internacionales frente a estas fuerzas transnacionales (Kaldor, 2001, Cap. 1).

La transnacionalización de las fuerzas armadas y la constitución de “fuerzas de paz” enmarcadas en el “mecanismo de seguridad colectiva” internacional, se traduce en la creciente intervención en “guerras humanitarias” para asegurar la paz mundial. Un ejemplo lo tuvimos en la presidencia de Carlos S. Menem, cuando en los noventa, bajo el influjo del neoliberalismo campeante en el subcontinente latinoamericano, hubo una clara alineación con los Estados Unidos, dentro del Sistema de Seguridad Colectivo, integrando las fuerzas armadas argentinas diferentes misiones de paz, en el Caribe, Chipre y los Balcanes, dentro de las operaciones de “ayuda humanitaria”.

Una de las características de los nuevos tiempos fue la desterritorialización de la disidencia violenta, cuyo emblema es el terrorismo postindustrial, que actúa en una guerra asimétrica, con células diferenciadas en red. Los atentados en Buenos Aires a la Embajada de Israel en 1992 y a la sede de la AMIA dos años después pusieron sobre el tapete los riesgos de una Argentina inmersa en la era de la globalización. Es necesario reflexionar que Argentina no está a la altura de una defensa nacional y regional, pues con la modernización de sus Fuerzas Armadas, a partir de 1998 se dejó de lado el planteamiento estratégico, reducidas a un mero rol de policía militar en el exterior al servicio de organismos internacionales, como sucede con los *Cascos Azules*, o de ayuda humanitaria, como los *Cascos Blancos*. “La previsión ante posibles amenazas y agresiones estratégicas ha quedado en manos de nadie” (Auel, 2010).

La última década del S. XX no sólo significó la consolidación de los regímenes democráticos en América Latina, sino la conformación de grandes espacios o megaespacios de integración continental, ante todo económica. El MERCOSUR, creado por Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay en 1991, con el posterior alineamiento más o menos efectivo de Chile, Bolivia y Venezuela, y el NAFTA, establecido entre Estados Unidos, Canadá y México en 1994. Estos tratados han favorecido la importación de capital y la inversión extranjera. Latinoamérica ha demostrado desde entonces querer constituir un futuro “en común”, alejándose de la tutela del gigante del norte.

Resulta evidente que Argentina debe consolidar el gran espacio del MERCOSUR en un acuerdo o política común con su socio principal, Brasil. Este foco de sinergia constituyó la promesa de una fuerza centrípeta que, tarde o temprano, terminaría por integrar el resto de

¹² Al respecto el capítulo 14 y el “Informe Frank” (Hastings-Jenkins, 1984).

los países sudamericanos, plasmando así el sueño sanmartiniano y bolivariano. Pese a sus notorios problemas, este “gran espacio” persiste, aunque es necesario insistir que, si bien la integración económica antecede a la política, para que no sea una unión de elites económico-financieras, tal integración debe basarse en valores compartidos, raíces comunes y unidad de destino (Cagni, 1999: 311).

Para que semejante empresa llegue a consolidarse firmemente, es importante que los distintos gobiernos se pongan de acuerdo sobre bases y principios que apunten al bien común de sus colectivos y no a los intereses supranacionales. El proceso de concentración económica en el planeta es pavoroso; se están creando áreas de abundancia y recompensa y enormes zonas de excusión y pobreza. Las consecuencias están a la vista: colectivos humanos desplazados, campos de refugiados, hambre, miseria y enfermedades por carencia de todo recurso, emergencia de neonacionalismos y movimientos identitarios, que ante todo son antiglobalismo militante.

En un mundo globalizado e interdependiente la violencia se presenta difusa, ya que se diluyeron las clásicas fronteras entre conflictos intraestatales e interestatales, entre guerras civiles e internacionales, y entre guerra y paz, como señala Hobsbawm (2006: 27ss).

La República Argentina nunca fue una isla, más allá de su particular posición geográfica, y menos en una época de globalización económica y financiera, de servicios y comunicaciones. Al respecto, más allá de posiciones ideológicas, continúan vigentes aquellas palabras de Perón, cuando señalaba que toda gran política empieza por la política exterior. La tradición tercerista del país, la no injerencia en los asuntos internos de los demás países, la solidaridad internacional, la neutralidad mediadora, se hace difícil en los tiempos actuales.

Actualmente muchas naciones son víctimas de la trasnacionalización de la política internacional, la pugna entre las potencias por la posesión de recursos económicos escasos y estratégicos, y el accionar de las grandes corporaciones trasnacionales unidas a sus gobiernos actuando como poderes indirectos. La difícil situación de Venezuela es un ejemplo.

No obstante, la Argentina sigue siendo una nación favorecida por la geografía, la relativa distancia del epicentro de las nuevas guerras asimétricas, la posesión de materias primas y recursos estratégicos como el combustible del yacimiento de Vaca Muerta y de elementos estratégicos como el litio. Lo fundamental es que la acompañe gobiernos dotados de realismo político, capaces de estar a la altura de los desafíos que la realidad mundial actual le presenta.

BIBLIOGRAFIA

Auel, Heriberto (2010) Las guerras del S. XXI en nuestra Argentina encapsulada en El Malvinense. Edición del 7 de febrero.

Barba, Enrique (1978) Don Pedro de Cevallos. Buenos Aires. Rioplatense.

Busaniche, José Luis (2005) Historia Argentina. Taurus. Buenos Aires.

Cagni, Horacio (1999) La Argentina en la era de los grandes espacios en Felipe Duarte Casanueva (Comp.): Argentina: pasado y presente en la construcción de la sociedad y el Estado. Buenos Aires. EUDEBA.

Cagni, Horacio (1999) La guerra hispanoamericana y el inicio de la globalización. Buenos Aires-

Sevilla. CAEE-Ixbilia.

Cisneros, Andrés y Carlos Escudé (1998) Historia General de las Relaciones Exteriores de la República Argentina. Buenos Aires. CARI/GEL. Tomos III y VI.

Cornblit, Oscar, Ezequiel Gallo y Alfredo O`Connell (1962) La Generación del 80: antecedentes y consecuencias en Desarrollo Económico. Buenos Aires. Vol. I Nº 4.

Floria, Carlos A. Y César García Belsunce (1988) Historia Política de la Argentina Contemporánea 1880-1983. Madrid-Buenos Aires. Alianza.

93

Fronzizi, Arturo (2008) Arturo Frondizi. Su proyecto de integración y desarrollo nacional a través de sus principales discursos y declaraciones. Buenos Aires. Claridad.

Gálvez, Manuel (1954) Vida de Don Juan Manuel de Rosas. Buenos Aires. Tor.

Hastings, Max y Simon Jenkins (1984) La batalla por las Malvinas. Buenos Aires. Emecé.

Hobsbawm, Eric (2006) Guerra y Paz en el siglo XXI. Buenos Aires. Sol 90-Ñ.

Irurzun, Ricardo (1994) Crucero 25 de Mayo proa al Mediterráneo. Agosto 1936. Buenos Aires. Teoría.

Kaldor, Mary (2001) Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global. Barcelona. Tusquets.

Lanús, Juan Archibaldo (1984) De Chapultepec al Beagle. Buenos Aires. Emecé.

Lanús, Juan Archibaldo (2001) Aquel Apogeo. Política Internacional Argentina 1910-1939. Buenos Aires. Emecé.

Perón, Juan Domingo (2002) J.D.P. y el 17 de octubre. Buenos Aires. Biblioteca del Congreso de la Nación.

Perón, Juan Domingo (2005) Modelo Argentino para el Proyecto Nacional. Buenos Aires. Biblioteca del Congreso de la Nación.

Ruiz Moreno, Isidoro (1961) Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas (1810-1955). Buenos Aires. Perrot.

Suárez, Matías (1978) Defensa de la Argentinidad. Buenos Aires. Plus Ultra.

TEORÍA Y PRÁCTICA DEL PSICOANÁLISIS EN LAS CULTURAS NO EUROPEAS

Encuentros, desencuentros y polémicas



94

Mario Casalla

Con motivo del cincuentenario de la muerte de Freud (1856-1939), se multiplicaron ese año una serie de homenajes y publicaciones que pusieron el acento, no sólo en los aspectos clínicos de su obra científica, sino también en el valor y significación cultural del Psicoanálisis, como arte inexcusable del siglo XX y lo que va de este XXI. Este texto nuestro (hasta ahora inédito) que publicamos aquí data de los años 90 (del siglo pasado), nació de aquella circunstancia específica, pero creemos que el problema que trata (esto es: *¿qué pasa con el psicoanálisis en contextos no europeos?*) guarda plena vigencia. Muy poco se ha escrito sobre ello porque el denominado “discurso universitario” (en el sentido en que J. Lacan utiliza este término) ha distanciado las disciplinas, a la vez que las ha encapsulado en una suerte de universalidad abstracta, desligándolas de su situacionalidad histórica y practicándolas según su modelo europeo o norteamericano, el cual es considerado como universal sin más. Reiniciada la publicación de esta *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, me pareció que éste era un ámbito adecuado para darlos a luz y así reiniciar un diálogo que estimamos sumamente fructífero. Por lo demás –desde su redacción inicial– medió mi práctica docente como profesor de Filosofía en la Facultad de Psicología de la UBA (por más de 20 años), lo cual profundizó esa relación interdisciplinar (iniciada ya en mi época de estudiante) que a la vez es doblemente bifronte: filosofía y psicoanálisis/ Europa y América Latina. En ese cuadrante se ha movido lo esencial de mi preocupación intelectual.

Algunos de aquellos debates -con motivo del cincuentenario del nacimiento de Freud- llegaron hasta nosotros y otros no. Es curioso que en esta suerte de

capital mundial de psicoanálisis que es Buenos Aires (donde muchos conceptos básicos de esa disciplina han llegado al habla popular y su práctica clínica es mucho más intensa y generalizada que en la propia Europa y los EEUU) ese cincuentenario no haya generado actos científicos y culturales de relativa significación académica y social. Ello seguramente habrá tenido que ver con la situación general del país en ese momento, de los atravesamientos de la cultura argentina y de la comunidad "psi" en particular.

No obstante, donde ello sí ocurrió, se abrieron (o reabrieron) polémicas y debates que sirvieron para demostrar que el Psicoanálisis es una teoría y una práctica tan viva como conflictiva. Desde que emergió de la mano de su creador en la Viena finisecular del XIX, las cosas no volvieron a ser como eran, en lo que a la comprensión de la cultura y de lo humano se refiere. Ha marcado tan profundamente al siglo XX y a este XXI que entra en su segunda década, que puede admitirse -tal cual lo preveía Freud- su carácter de auténtica *revolución científica y epistemológica*, similar a la copernicana o darwiniana en sus respectivos momentos históricos. El descubrimiento del Inconsciente conmovió de manera tal el status del sujeto humano, que su paisaje ya nunca volvió a ser el mismo. Sin embargo, esa difusión mundial del Psicoanálisis, este entrar en contacto con culturas tan diversas y diferentes de su original paisaje europeo y norteamericano, sacudió -y lo sigue haciendo- su inicial formulación teórica y sus presuntos aciertos de "universalidad sin más". Estructuras aparentemente objetivas y universales como el complejo de Edipo, los procesos de resistencia y transferencia, la castración y un sinnúmero más de elementos centrales en su teoría, sufren ahora la puesta a punto en culturas extrañas y diferentes a la de Europa occidental donde fueron acuñadas.

Frente a estos desafíos culturales -importantísimos para la renovación y práctica de las teorías científicas y filosóficas- las actitudes suelen ser simplistas o extremas. Para unos, lo que Freud parió en la Viena finisecular es un producto completo y acabado -por ende, "universal"- que no puede ni debe ser tocado. Acaso se tolera algún que otro retoque adaptativo o interpretativo, pero jamás la puesta a punto de la doctrina en cuanto tal, a partir de los desafíos de otros contextos culturales. Estos evidentes desajustes suelen ser interpretados como "resistencias" a vencer (por parte de los analistas locales), o como "heterodoxias" a reconducir. En el otro extremo del espectro no faltan aquellos que -munidos de anteojeas también demasiado estrechas- son incapaces de dialogar con aquello que los interpela *como otro* y se sumergen en un desprecio tan insensato como estéril, hacia todo lo que sean diferencias culturales significativas y sus impactos sobre los modelos teóricos completos y cerrados. En ambos casos sobrevienen dificultades teóricas y prácticas de todo tipo que terminan pagándose demasiado caro. No son sino inconvenientes derivados de una actitud ontológica y epistemológica demasiado pobre: la de una universalidad incapaz de pensarse como *situada* y por ende condenada al monótono discurso de la *totalidad cerrada* para la cual, las diferencias culturales, son meros *accidentes*.

Hoy un diálogo profundo y meditado con el Psicoanálisis, exige otra cosa. El propio Freud seguramente hubiera aceptado el reto. Lo demostró claramente con su actitud frente a la ciencia de su tiempo. Sobre esta actitud epistemológica volveremos en la Segunda Parte de este mismo trabajo. Ahora quisiéramos exponer algunos testimonios desde las prácticas psicoanalíticas en contextos culturales no europeos.

Dificultades en casa ajena

Un documento testimonial útil en esa dirección es el *dossier* "Psicoanálisis y búsqueda de la universalidad", preparado por Claire Brisset y Gilbert Diatkine para *Le Monde Diplomatique*, con motivo del cincuentenario de la muerte de Freud de 1989. Hay en él una

serie de artículos, con datos diversos que dan que pensar. Las firmas de estudiosos y psicoanalistas de primer nivel mundial y merecen ser tenidas en cuenta todavía hoy, aunque las cifras puedan haber cambiado algo (en poco más o en menos). Más lo cualitativo seguramente permanece. Así nos enteramos, por ejemplo que -en el mundo árabe-musulmán con sus más de doscientos millones de habitantes- el Psicoanálisis sólo se practica en el Líbano, dentro de la zona cristiana y a cargo de unos pocos profesionales. Mounir Chamoun, uno de ellos, nos informa acerca de sus vicisitudes. A su vez Philippe Pons, discípulo de Lacan, relata el caso japonés. Allí el Psicoanálisis, introducido en los años veinte, favorecido por la presencia norteamericana después de la guerra y reestimulado por la traducción de Lacan a partir de la década de los setenta, tampoco ha logrado prender en el pueblo japonés. El interés es más académico que práctico. Se estudia y bien la teoría psicoanalítica (el propio Lacan supervisó la traducción de sus *Escritos* al japonés que hizo Takatsugu Sasaki) pero la cosa no pasa de un círculo de estudiosos¹³.

En África, según Tobie Nathan –que fue profesor de Psicología Clínica y Patología de la Universidad de París VIII y conocedor directo de aquellas latitudes- tampoco abundan los terapeutas locales, ni mucho menos los pacientes. Los pocos que se analizan son los funcionarios internacionales o los altos ejecutivos de las numerosas empresas extranjeras radicadas en el continente, pero los nativos no. Y esto, creemos, no sólo por problemas económicos o porque falten patologías. Hay seguramente algo *culturalmente* más profundo a comprender.

Lo que ocurre, comentan, es que cuando estas patologías aparecen lo hacen en una clave cultural casi inadmisibile e incomprensible para los psicoanalistas europeos, lo cual influye para que -en la mayoría de los casos- los pacientes terminen siendo asistidos con los rituales y prácticas milenarias de la cultura africana. Además, cuenta Nathan -y esto es más grave- el diálogo entre los psicoanalistas allí radicados o de paso y los brujos o chamanes locales es prácticamente inexistente. El psicoanalista y el brujo de la tribu (o de la ciudad), no pueden ni desean convivir ni conversar; cada uno está muy seguro de lo suyo como para detenerse a escuchar al otro. Así para Tobie Nathan, "África no es una tierra a *conquistar*" por el Psicoanálisis y propone entonces una inversión de esa actitud que no dejará de horrorizar a muchos: "Si hay algo que los psicoanalistas deben hacer en África *¡es aprender!*". Dicho por un correcto profesor universitario parisino, no deja de ser inquietante. ¿Se escuchará ese desafío? Es poco probable, si no revisamos aquella actitud ontológica y epistemológicamente errada frente al status de "universalidad" de las teorías científicas y filosóficas.¹⁴ Mientras esto no ocurra las cegueras continuarán imposibilitando el diálogo. Lo cierto es que los tres casos

¹³ Hemos tratado las peculiaridades culturales del Japón, frente a la modernidad y a los procesos de modernización contemporáneos, en nuestra obra *Tecnología y pobreza. La modernización vista en perspectiva latinoamericana* (1988: 103-112 *La seducción del milagro japonés y su cara oculta*). Para el mundo del Islam, resulta de interés consultar el Coloquio de Royaumont (Francia) publicado en castellano bajo el título *Los sueños y las sociedades humanas* (1964). Varios trabajos le están específicamente dedicados.

¹⁴ Ya desde los inicios del proceso de descolonización en África y la subsiguiente aparición de sus débiles estados nacionales, Frantz Fanon (argelino, médico psiquiatra, además de político y filósofo) advertía sobre esta peculiaridad en la presentación de las patologías nativas y las dificultades de comprensión que ello originaba al saber europeo, en sus obras *Peau noire, masques blancs* (1952 hay traducción castellana) Ver especialmente el Cap. VI, "El negro y la psicopatología") y *Les damnés de la terre*, 1961, con Prefacio de J. P. Sartre (hay traducción castellana), especialmente Prefacio y Cap. I "La violencia" y IV "Sobre la cultura nacional"). Otro tanto es posible rastrear en la obra de Albert Memmi (tunecino judío) *Portrait du colonisé*, Pauvert (1966) también con un prólogo de J.P. Sartre (traducción castellana) Así como en la del senegalés Léopold Sédar Senghor -intelectual también educado en Francia y a posteriori presidente de su país- quien presentó y estudió con detenimiento y belleza el concepto de *negritud.*, en su obra *Liberté I: Negritude et Humanisme* (1963, hay traducción castellana).

citados -el mundo musulmán, Japón y los países del África- implican desafíos concretos al buen saber psicoanalítico y no son pocos los millones de congéneres que habitan en esos mundos.

No faltará quien nos objete que en nuestra América Latina -y muy especialmente en la Argentina- la situación no es igual. Se nos recordará de inmediato el carácter "europeo" de nuestra matriz cultural y el problema así se considerará inexistente o superado. Pero, ¿es realmente así?; ¿qué pasa en "el otro país" argentino, allende Buenos Aires y la pampa húmeda central?; más aún, ¿no estará "eso" también presente -y a su modo operando- en nuestra muy europea Reina del Plata? Se carece de un estudio serio y completo sobre la práctica psicoanalítica en los diversos contextos culturales argentinos y latinoamericanos, pero hay muchos indicios que señalan también un rumbo de colisión entre teoría y praxis.¹⁵

Al parecer la necesidad de cambios también vale para esta América -mestiza y *profunda*, en el decir de Rodolfo Kusch- que cada tanto aparece a la consulta en los servicios hospitalarios públicos de nuestra "parisina" Buenos Aires. Ni qué decir al abandonar sus pequeñas y permeables fronteras. Casi no se conocen trabajos que hablen acerca de los inconvenientes y desajustes -teóricos y prácticos- que sufre un psicoanalista, por ejemplo, en el Norte argentino, allí donde prácticas ancestrales todavía están vivas y actuando. ¿Es entonces lo mismo analizar en Salta o Jujuy, que en el muy porteño barrio de Palermo? ¿Es sólo una cuestión de decorado y ambientación? Seguramente no.¹⁶

El sujeto culturalmente cuestionado

Al indagar las causas de las dificultades del Psicoanálisis en contextos no europeos, los profesionales consultados por Brisset y Diatkine coinciden en una que reputan como central: el tema del *Sujeto*. El Psicoanálisis fue pensado y estructurado en medio de una cultura (la europea) dentro de la cual el Sujeto no sólo ocupa el centro de la escena -desde Renato Descartes, al menos- sino que hacia la noción de "*autonomía personal*" va encaminada buena parte del concepto de "*cura*", en el sentido psicoanalítico de este término.

Pero, ¿qué ocurre allí donde las cosas no son así; donde el sujeto no ocupa ese lugar central? Philippe Pons recuerda que Lacan -en su "*Consejo al lector japonés*", que precede a la traducción de sus *Escritos*- manifestaba, ya en 1971, su perplejidad por la cultura nipona "*en la cual el individuo se sustrae a su propio planteo*". ¿Entonces no habría allí racionalidad cartesiana que desenmascarar? Al menos lo que está claro es que en ciertas culturas no hay "sujeto" (al modo europeo-occidental del término) y cuando éste aparece bajo alguna forma similar, no es visto con buenos ojos. Dice al respecto el mismo Pons: "De hecho existe un equívoco fundamental contra el cual tropieza cualquier psicoanálisis en Japón: *muchos analistas y analizantes, rechazan la idea de que la cura pueda conducir a una liberación del*

¹⁵ Nosotros hemos intentado un aproximación -con algunas categorías psicoanalíticas, especialmente "derrideanas"- a la situación cultural argentina, en nuestro artículo "Argentina: tras las huellas de una identidad problemática" (1997: 76-85). Luego ampliamos esa perspectiva a la constitución de "lo latinoamericano", en nuestro artículo "Los hijos de la furia. Notas sobre un tema que insiste: la identidad cultural" (1996: 41-58).

¹⁶ Como una inserción posible en ese mundo soterrado, pero actuante, de lo *americano* -tanto en lo rural como en lo urbano- pueden ser de utilidad las obras de Rodolfo Kusch (antropólogo y filósofo argentino), *La seducción de la barbarie; América profunda* y *Geocultura del hombre americano* (2007). Su intento original de poner en diálogo filosofía, antropología y psicología profunda (sobretudo C. Jung) -a partir de los libros, pero también de un intenso trabajo de campo- resulta un interesante disparador en esta dirección de revisar categorías y planteos. Y últimamente son también de interés las sugestivas obras de la psicoanalista argentina Diana Bracerías: *La Pacha es el otro. Aportes para la descolonización del conocimiento* (2016) y *La cura de la Angustia en la cosmovisión andina. El susto y el mal del espanto (del pensamiento "salvaje" al psicoanálisis)* (2018).

individuo".¹⁷

Por su parte Tooru Takahashi –en un trabajo de 1982, donde se expone el desarrollo del psicoanálisis en el Japón- refuerza lo anterior confesando a su vez: "La ambigüedad del Yo no representa un problema a resolver para el japonés, y el analizante no está fundamentalmente en búsqueda de una independencia de sí mismo que iría en contra de los principios mismos de las relaciones humanas". Aquí el Yo sabe su ambigüedad y la subraya "*mientras que el europeo intenta borrarla*".

Otro tanto ocurre en el mundo árabe-musulmán, según el analista libanés Mounir Chamoun que ejerce en Beirut. Señala él la organización *teocrática* de esa cultura y de qué manera ésta ópera en contra de la idea de un "destino personal", tan arraigada en el occidente judeocristiano en el que Freud acuñó sus categorías fundamentales. Por el contrario, en esa cultura la voluntad divina es un *factum*, un destino al que hay que someterse y obedecer. Su ley es la que rige al individuo y no viceversa. Dramáticamente relata Chamoun que "cualquier responsabilidad de participación, de vasallaje al grupo y cualquier tentativa de conducta personal, es sospechada de transgresión (...) la dirección autónoma de la propia existencia sería blasfematoria".

No es distinto el panorama en Asia. El "sujeto" que allí emerge -si es legítimo llamarlo de esta manera- poco tiene que ver con aquel que Freud y sus continuadores tuvieron culturalmente a la vista. Tobie Natham perspicazmente se da cuenta de ello, al hacer notar el terreno abismal que separa al arsenal psicoanalítico clásico, del "mundo de la vida" africano que -esporádicamente- se presenta a la consulta. El que llega es un hombre cargado de tradiciones y de rituales y aunque "los mismos africanos parecen perder cada vez más contacto con sus sistemas tradicionales, las patologías que presentan están aún impregnadas por estos". Frente a esta situación, el mismo Natham señala un desafío concreto y urgente: "Ninguna psicoterapia habrá de conformar un verdadero aporte para este continente si no puede integrar los sistemas terapéuticos tradicionales, los que condensan el saber de miles de años de experiencia técnica". Si esto no ocurre, concluye, "un pueblo sin sistema psicoterapéutico coherente se encuentra el peligro de perder su alma". Esto, sin dudas, debería dar que pensar a los psicoanalistas, psicólogos y psiquiatras conscientes de su responsabilidad social. Excepto que un prejuicio a priori los lleve a descartar todo diálogo con ese saber popular que los rodea.

Europa y su crisis

Para poder hacerlo habría que comenzar por desmontar (*de-construir*) la concepción eurocéntrica-moderna que anima a buena parte de nuestras teorías. De ninguna manera implica ello tirarlas por la borda, ni descalificarlas, sino *situirlas* y singularizarlas. Es decir, establecerla como lo que realmente es: *una* teoría de la subjetividad, que tiene supuestos epistemológicos y ontológicos muy concretos; que requirió para su génesis y desarrollo de un 'hábitat' cultural, político y económico también muy concreto y que no es otro que ese complejo fenómeno denominado *Modernidad*, que abarcó los cinco últimos siglos de la historia europea y que hoy se encuentra en profunda crisis estructural. Su progresiva "universalización" a otros contextos y procesos culturales, no tiene sólo que ver con sus

¹⁷ Un referente fundamental de Lacan en materia filosófica, Martin Heidegger, también señala con gran agudeza la diferente concepción del *Ser* que media entre un japonés y un alemán, en su artículo "De un diálogo acerca del habla. Entre un Japonés y un Inquiridor" (el profesor Tezuka de visita en Freiburg en 1953 y el propio M. Heidegger, su anfitrión), trabajo inserto en *Unterwegs zur Sprache* (1957). (Hay traducción al castellano).

bondades científicas, sino con los procesos de expansión planetaria que aquéllas culturas emprendieron a partir del siglo XV. Es decir con el poder. Cumpléase así adecuadamente el apotegma de Bacon: "El saber es poder". Sólo en ese contexto –que hoy a su vez está en crisis *global*- la teoría moderna de un sujeto racional, autosuficiente, autónomo y por ello libre; a la vez crítico para con la totalidad cultural que enfrenta, laico, propietario y dominador progresivo de la naturaleza (a través de las tecnociencias) y en relación "societaria" con su prójimo, alcanza plena validez y justificación. Fuera de él, la distancia entre la teoría y la praxis, entre lo que debería ser y lo que efectivamente es, entre la "norma universal" y la particularidad local, crece inexorablemente, desconcertando a todo agente o investigador de buena fe¹⁸. Y que del Psicoanálisis se trate y que ese contexto moderno esté hoy en crisis, no son datos menores. Antes bien, ambos hechos están profundamente vinculados. El Psicoanálisis es un "hijo bastardo" de esa Modernidad (por lo cual dista mucho de serle funcional) y la crisis de esos valores modernos, nos habilita hoy -mucho más que décadas atrás- para poder pensar el carácter particular y situado de los mismos, sin por ello caer necesariamente en "irracionalismos" de ningún tipo¹⁹. El irrumpir del Psicoanálisis en la historia del pensamiento occidental -de cuya fecha hemos traspasado ya su primer centenario- es profundamente conmovedor del edificio racional de la Modernidad y ello fue advertido por su propio creador, aunque todavía conmovido con el último resplandor positivista de la ciencia vigente en su época (fines del siglo XIX), del cual lentamente comenzará a separarse. Tarea que definitivamente completará Lacan, a mediados de siglo XX y luego de la muerte de Freud.

La autoconciencia freudiana que -con la postulación de su peculiar "tópica" de la vida psíquica, en de *La interpretación de los sueños*- provocaba una *herida al narcisismo occidental*, de la misma magnitud que la teoría de la evolución de Darwin y la anterior revolución heliocéntrica de Nicolás Copérnico, dista mucho de ser presuntuosa. Los "fenómenos inconscientes" explicados allí de singular manera, inscribían desde el vamos al Psicoanálisis en aquello que luego acertadamente Paul Ricoeur y Michel Foucault -entre otros- bautizarían como la "*escuela de la sospecha*". Esa pléyade de pensadores *revulsivos* que -desde mediados del siglo XIX- advirtieron con singular anticipación el agotamiento de esa modernidad ilustrada y la necesidad de pensar *más allá* (y a veces, inclusive, *contra*) ella. Las figuras de Nietzsche, Marx, Kierkegaard y el mismo Freud, se inscriben en esa escuela con toda claridad²⁰.

Después de la gigantesca racionalización hegeliana –expresada en el tan citado

¹⁸ No podemos aquí -por razones de espacio- desarrollar en profundidad este tópico de las relaciones profundas y entrañables entre la Modernidad europea ilustrada y esa concepción del *Yo* como *Sujeto* pleno, libre y autosuficiente. Lo hemos sí hecho en varios otros lugares, entre los cuales -por su vecindad con la práctica psicológica- nos permitimos remitir al lector a nuestro libro *El sujeto cartesiano. Historia de la Psicología en la Modernidad* (1995). Allí -de manera introductoria por cierto, como convenía a un seminario universitario sobre el tema- indagamos la conformación histórica de eso que denominamos abreviadamente "modernidad" (cap. 1), para desarrollar luego las formaciones solidarias del *Yo* que le son consecuentes, a través de los planteamientos "sucesivos" de R. Descartes, Kant y Hegel.

¹⁹ Con lo cual -dicho sea también de paso- postulamos la *relativa* validez del debate *intraeuropeo* modernidad vs. postmodernidad y la necesidad de una tercera vía al respecto. Ni la Modernidad ilustrada europea es un pensamiento vigente -como si nada hubiera pasado- y de lo que se trataría es de continuar sus "ideales", descartando algunos de sus "excesos" (Habermas *dixit*, por ejemplo); ni todo lo nuevo hay que esperarlo de su denuncia y radical abandono, en aras de un cierto cinismo histórico y una estética apología de la fragmentación (como parecen indicarlo ciertas posturas apresuradamente calificadas de "post-modernas"). De este debate contemporáneo puede y debe participar activamente el psicoanálisis, mucho más cuando de contextos no-europeos se trata. Hemos incursionado en la temática, en nuestro artículo "*¿Hacia una modernidad light?*" (1994: 207-213).

²⁰ Cf. Ricoeur, P. *De la interpretación. Essai sur Freud* (1965), especialmente Libro I (hay traducción castellana con el muy inexacto título de *Freud, una interpretación de la cultura*, 1970) y la ponencia M. Foucault "Nietzsche, Marx et Freud", presentada en el Coloquio de Royaumont de 1964, *Nietzsche* (1967: 183-192) (traducción castellana en AAVV. *Psicoanálisis, estructuralismo y marxismo*, 1969 y otras).

apoteagma de su *Ciencia de la Lógica*, “*Todo lo real es racional y todo lo racional es real*”- ¿qué otra cosa podía quedarle a la *ratio* moderna (redefinidora a su vez del *logos* clásico) que “entregarse a sus propios excesos”, como denunciara dramáticamente Nietzsche; o *consumarse*, como explicará Heidegger, al deslindar su propia postura de todo “humanismo”?

Y a no confundirse que esa clausura, esos excesos y esa consumación, no son cuestiones académicas, o caprichos de profesores de filosofía; antes bien lo que propiamente se *consume* es *Europa*, en tanto cultura y destino planetario. Y que se consume quiere decir, a un tiempo, que se *realiza* e inexorablemente *declina*. Expresiones tales como *muerte de Dios*, *final de la filosofía* (o de la *metafísica*), *final de la historia*, *muerte del hombre*, *época de penuria*, etc –si es que quieren decir algo más que meros slogans o recursos retóricos- deben pensarse en el marco de esta *consumación* de “Europa” como estilo de vida y pensamiento. Consumación que –por ser precisamente tal- tampoco tiene nada que ver con poca actividad, desaparición de personas o cosas, o aburrimiento. ¡Al contrario una época de consumación suele ser plétórica de actividades, cosas, personas y espectáculos; y suele durar mucho tiempo! Sólo que, todo ello, atravesado por un inexorable *nihilismo*²¹.

Y cuando decimos “Europa”, no nos referimos a un continente geográfico determinado, sino a lo que Edmund Husserl denominara “*una singular teleología ingénita por decirlo así, solamente a nuestra Europa*”. Teleología que se encuentra “en íntima relación con el origen de la filosofía y sus ramificaciones”; que le otorga a Europa –según Husserl- un privilegio civilizatorio, un “mandato universal”, frente a otros pueblos que son “el mero tipo antropológico empírico como China o India” y que –por fin- transforman al filósofo (europeo, por cierto) en un “*funcionario de la humanidad*”.

Este telos es descripto como “*la unidad de un vivir, obrar, crear espirituales: con todos los fines, intereses, preocupaciones y esfuerzos, con los objetivos, las instituciones, las organizaciones*” que lo concretizan como forma histórica privilegiada. Tan privilegiada que se convierte para los otros pueblos “*en un motivo continuo de europeización*, no obstante la voluntad inquebrantada de la autoconservación espiritual...”. Mientras que el viceversa –para Husserl- no es válida, ya que “*si (los europeos) nos comprendemos rectamente jamás, por ejemplo, nos indianizaremos*”.

Y para que no quede ninguna duda de que “Europa” no es ante todo una cartografía, sino una *espiritualidad racional* (él, ¡un judío alemán!) decía, como si nada, en mayo de 1935 – en la misma Viena que Freud debería abandonar tres años después, en medio de un creciente clima antisemita- : “En el sentido espiritual pertenecen manifiestamente también a Europa *los Dominios Británicos, los Estados Unidos, etc., pero no los esquimales, ni los indios de las exposiciones de las ferias, ni los gitanos que vagabundean permanentemente por Europa*”²². Evidentemente, no fue así y esa supuesta humanidad realizada, no sólo entró en una *crisis*

²¹ En su *Über den Humanismus* (1947) señala Heidegger: “Consumar quiere decir: realizar algo en la suma, en la plenitud de su esencia, conducir ésta adelante, *producere*. Consumable es, por eso, propiamente sólo aquello que ya es”. (trad. de A. Wagner de Reyna, 1960: 65). A su vez Nietzsche –ya a fines del siglo XIX- llamaba al nihilismo “*el más inquietante de todos los huéspedes*” y advertía en 1886 que, “El suceso más importante de los últimos tiempos, que *Dios ha muerto*, (...) comienza a arrojar sus primeras sombras sobre Europa” (*La gaya ciencia*, 343).

Hemos retomado todo esto en nuestro libro *Crisis de Europa y reconstrucción del hombre. Un estudio sobre M. Heidegger* (1977) (Cap. 1) y, varias décadas más tarde, en el artículo “El final de la historia en la modernidad consumada” (1992: 19-37).

²² Todas las citas de Husserl son de su conferencia “La filosofía como autorreflexión de la humanidad” (1935), incluida en la recopilación *La filosofía como ciencia estricta* (1962: 89-136) (subrayados nuestros). Y de nuestra parte hemos realizado un estudio crítico de estas posturas eurocéntricas en nuestro artículo “Husserl y la justificación ontológica del imperialismo” (1975: 16-50).

radical, sino que exportó esa crisis –como *sistema*- al conjunto del planeta.

En medio de esta racionalidad en crisis y como saber *crítico*, adviene el psicoanálisis que – exportado a su vez a contextos no europeos- vive ahora el desafío de su propia redefinición teórica y práctica (ya definitivamente a escala planetaria).

¿Y la sexualidad?

No es de extrañar entonces que este confuso panorama acerca del “sujeto”, tenga de inmediato repercusión en el status de la sexualidad. Y bien sabemos la importancia que ésta tiene para la doctrina psicoanalítica; pero aquí también el papel de la sexualidad queda redefinido en función del contexto cultural dentro del cual opera.

Por ejemplo, en el mundo musulmán –señala Mounir Chamoun- “la culpabilidad relacionada con el complejo de Edipo (...) se encuentra ausente de la fe sunnita o apenas esbozadas en las demás sectas”. Este sentimiento de la “culpa” hay que buscarlo relacionado muy directamente con la atmósfera teológica que envuelve a la experiencia musulmana (la relación hombre-Dios), antes que en lo propiamente sexual. En cuanto a la mujer, “criada y educada para la satisfacción del macho, no posee ninguna existencia personal”. Los intentos crecientes de reivindicación de la igualdad del hombre y la mujer, chocan inexorablemente contra la ley coránica que no la admite.

El caso japonés es tanto o más expresivo. Cuenta Philippe Pons que cuando el Dr. Heisaku Kosawa –primer analista japonés que viajó a Viena, en 1932, para asistir a un análisis didáctico- se encontró allí con los padres del flamante psicoanálisis, ese encuentro no fue precisamente fácil: uno de los puntos de desacuerdo teórico entre el japonés y los europeos, tenía que ver precisamente con el tema del Edipo. Propuso la sustitución de éste por lo que denominó el *complejo de Ajase*, el rey de la mitología budista que quería matar a su madre. ¿Por qué? Porque en el contexto cultural japonés, la relación de dependencia con la madre prevalecía sobre la rivalidad con el padre. Allí –como señala Pons- “la cultura maternalista nipona opone resistencia al ‘falocentrismo’ de Freud”. Ese término (falocentrismo), utilizada para caracterizar la posición freudiana vista por el japonés, pertenece al psicoanalista Takatsugu Sasaki, quien dirigió la traducción de Lacan a su lengua. Ya en la década del 70, el Dr. Takeo Doi discípulo de Kosawa, profundizó la teoría de su maestro acerca del padre ausente en el contexto de la cultura nipona en sus tesis sobre el *amae* (el deseo de ser amado), que forman parte de su libro *Le Jeu de l'indulgence* (París, 1982). Y no agregamos ahora la verdadera catarata de novedades que - en materia de sexualidad y géneros- trajeron estas primeras dos décadas del siglo XXI para no alejarnos demasiado del eje central de nuestra exposición, aunque por cierto allí están como un inquietante trasfondo cultural y nuevas realidades a pensar con toda la seriedad que el caso implica, a lo cual estamos también abiertos y atentos.

Podrá decirse que se trata de variaciones dentro de una *estructura* que permanece como tal invariante. Pero es difícil que se trate sólo de eso. Por lo demás, aceptarlo supondría una curiosa epistemología de presupuestos inexcusablemente metafísicos y esencialistas, que no satisfaría ni a científicos ni a filósofos contemporáneos. ¿Cómo fundamentar esa “invariante” que recorrería –a la manera de la vieja *ousía* aristotélica- toda la historia sin ser modificada en su ser por los “accidentes”? ¿No sería más lógico habilitar una epistemología de lo *universal situado*, capaz de dar cuenta de rupturas, disloques y redefiniciones que ocurren dentro de todo devenir histórico, respetando las diferencias y las recurrencias? Acaso desde este último punto de vista, crezca la posibilidad de tender un puente entre las diferentes culturas nacionales y regionales y los productos de una llamada “razón universal”.

Convendría para ello revisar ahora el concepto de “situación” y sus siempre complejas –e insoslayables- relaciones con la producción científica e intelectual de una época histórica

Segunda Parte

Acerca de lo universal situado y su lectura

Cuando se está dispuesto a aceptar el reto que supone hacer de la *situación* un tema explícito, el pensamiento que así lo hace -no sin incomodarse, claro está - asume la figura de un perro que se muerde la propia cola. ¿Cómo hablar de un concepto que es, a la vez, el punto de partida (y de llegada) de todo discurso? La *situación* acompaña al pensamiento desde todos los lugares. Es en parte aquello que los medievales tanto discutieron bajo los nombres de *status viae* (aquél en que efectivamente estamos ahora, pero que a su vez no es sino el “pasaje” o la “transición” entre dos lugares) o el *status termini* (la situación “final”, en aquél sentido rico y complejo del “punto” donde se concentra todo el movimiento). Más siempre el *status*, la *situación*, como aquello que -a la vez- alberga y limita nuestro ser en el mundo. Algo tan insondable como necesario. Marca en la orilla de nuestra muy *humana* realidad mortal.

¿Cómo caracterizar en abstracto, algo que no es “objeto” sino el *darse* de toda objetividad posible?, para decirlo esta vez en términos tan kantianos como angustiantes. Porque sin lugar a dudas, la asunción de su inextirpable *situacionalidad* es siempre un puñetazo en el rostro para el pensamiento (con vocación de *absoluto*) y su “sujeto” (fervorosamente *libre*). Algo con el que ambos deberán, contar -aún como “obstáculo”- para llegar a ser aquello que ya se es (Hegel dixit). *Resistencia* que nos toma de las solapas y nos impide desde el vamos proclamar la victoria, el desarraigo, la no determinación. La ilusión, en fin, de un “espíritu” sin máculas. Muy por el contrario, el desarrollo problemático del concepto de *situación* obliga a que el discurso analice su propia posibilidad, recorra sin disimulo sus bordes y desde ellos (y con toda *humildad*, gnoseológica e histórica) reescriba sus límites y sus diversos sentidos. Ganando así -paradójicamente- auténtica *universalidad*.

Y si hay un tipo de discurso que visceralmente se ha resistido a este baño de humildad, sin dudas que éste es el de la Filosofía europea-occidental (pero también el del Psicoanálisis). Mañosos y reiteradamente comprometidos ambos con un tipo de “universalidad” tan impoluta como impune; tan hipócrita como violenta, creyendo haber superado la situación subsumiéndola en la categoría de “accidente”.

Por esto preferimos ahora partir no de un análisis categorial y abstracto de la noción de *situacionalidad*, sino de una caracterización del *status* del discurso (en especial del que se ha caracterizado como filosófico/científico) y a partir de allí, retornar al concepto de situación.

Reflexión y situación

Partimos de una afirmación: toda reflexión, todo discurso, toda lectura de lo real (hasta la aparentemente más abstracta y, por supuesto, la filosófica) está *situada*. Esto es, sus límites le pertenecen y no le pertenecen, su objeto le es propio y también dado; su originalidad nunca es absoluta, ni tampoco su pretensión de objetividad, imparcialidad y universalidad.

Y lo que es tan importante como esto, es que esa *situacionalidad* no es algo negativo, ni un defecto a superar sino -muy por el contrario- es su chance, su posibilidad más originaria, su oportunidad de *ganar un ser*. Es ese “espacio” -que a la vez *contiene* y *genera*- al cual Platón (por ejemplo) aludió con la palabra *kóra*; reclamando -para ese tercer género, ni sensible, ni totalmente inteligible- un pensamiento (*nous*) capaz de comprenderlo y expresarlo. Singular

topología, donde el pensamiento -asumiendo su situacionalidad- encuentra (ahora sí!) ese *status* que la dictadura de lo absoluto y el reino de la universalidad abstracta, *prometen e imposibilitan* con el mismo fervor²³.

Pero volvamos sobre lo principal de nuestra línea argumental. Toda reflexión está *situada* -la que investiga y la investigada, la que mira y la que es mirada- y es desde esta situación concreta desde la cual se establecen y se abordan "los hechos". Trátase así de una doble situacionalidad: la del investigador frente al "hecho" (en el *doble sentido* que esta palabra tiene) y la de éste respecto de sí mismo. No hay investigadores ni hechos aislados y el problema de la búsqueda de la "pureza" o de la "objetividad" -en el sentido casi religioso con que este término es pronunciado en el credo positivista y neopositivista- es tan ingenuo como imposible.

Ya el propio Husserl a su manera había advertido -a comienzos del siglo que ahora se cierra- la singular *krisis* a que dicho credo positivista habría de llevarnos: "*Meras ciencias de hechos hacen meros hombre de hechos*". Y en el borde mismo del Holocausto (1935) - después de comprobar que "justamente los problemas que ella (la ciencia positivista) excluye por principio son los problemas candentes para los hombres entregados a revoluciones que ponen en juego su destino, en nuestros tiempos infortunados"- se preguntaba angustiadamente: "¿Qué tiene la ciencia que decirnos sobre la razón o la sinrazón, sobre nosotros los hombres en tanto sujetos, de esta libertad?". Evidentemente nada. A no ser que Auschwitz se tome como la brutal respuesta de una racionalidad así unilateralizada²⁴

Pues bien, asumamos entonces decididamente la situacionalidad, su singular *topología*. Veremos entonces que todo pensar (lo advierta o no lo advierta; lo asuma o no lo asuma) es un pensar *de y desde* una situación (a la vez, personal e histórica) y que ésta lo realimenta permanentemente. Esto no significa, ni siquiera aproximadamente, que el hecho deba ser reemplazado por la situación. Muy por el contrario, lo que sí queremos significar, es la imposibilidad de abstraer la *situación*, de quitar del medio -sin más y bajo el benemérito manto del "rigor científico"- la estructura dentro de la cual algo es lo que es. No negamos la posibilidad de esta operación -practicada por lo demás hasta el cansancio- lo que sí negamos es la validez de las "respuestas" o "conclusiones" a las que arriba esta suerte de insistente literatura fantástica y totalitaria.

De esta manera, la tan mentada puridad, objetividad y desinterés (cuasi ahistóricos), con que ciertos estilos de pensamientos insisten en presentarse todavía, son algunas de las cosas que en ciencia y filosofía *hay que volver a pensar*. Es que no hay ciencia pura, si por "pura" se entiende incontaminada y al resguardo de los vaivenes de la historia y la facticidad (lo cual a su vez replantea las relaciones entre ciencia e ideología); ni hay "aproximación objetiva" si por ello se entiende la carencia de toda proyección o influencia de valores (personales y sociales) sobre los investigadores, las teorías o los sistemas; ni hay "consideración desinteresada", porque nadie más interesado y situado que el sujeto humano. Si partimos entonces del reconocimiento de la inextirpable *situacionalidad* de todo pensar y de toda lectura, el compromiso entre el pensamiento y lo real no puede ser escamoteado ni minimizado (a mero accidente, o "circunstancia"). Por el contrario deberemos revalorizarlo e incorporarlo a

²³ Vincenzo Vitiello ha desarrollado una singular "topología" inspirado -en parte- en ese rico concepto platónico de *kóra* y revisado con ella la historia del pensamiento occidental. Resultan muy sugestivas sus obras *Topología del moderno* (1992) y *Elogio dello spazio. Ermeneutica y topología* (1992). En Platón mismo cf. *Timeo*, 52 Ass.

²⁴ Cf. Husserl, E. *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transcendente Phänomenologie*. Husserliana (1954) cap.1, parágrafo 2. Citamos según traducción de A. Podetti, *La crisis de la ciencia europea y la fenomenología transcendental*, mimeo, Buenos Aires, 1965.

nuestros análisis.

Sin embargo como señalábamos -y muy especialmente para el caso del “discurso filosófico”- es común que esto no ocurra. Ese pensamiento que pretende desertar de su *kóra*, de su “espacio”, se torna ora *bastardo*, ora *historizante*. Conformando dos estilos que -aunque más no sea brevemente- caracterizaremos aquí, como prólogo a nuestra propia propuesta de una *lectura culturalmente situada*. Se trata de dos estilos de reflexión que distorsionan o mutilan gravemente las relaciones ricas y complejas entre el concepto y lo real, con las consecuencias teóricas y prácticas que de ello se derivan.

El *pensamiento bastardo* es un estilo de reflexión que ha renegado de su *situación* y que así logra -mediante un puro trabajo de abstracción ideológica- conformar una suerte de entelequia incolora y aparentemente universal, que suele hacerse pasar por “la Verdad”. Al haber renunciado a asumir su propia situacionalidad (deformándose a sí mismo) se instala en un autoerigido Olimpo, pretendiéndose más allá de las circunstancias y la temporalidad. En este tipo de discurso “monadológico”, lo histórico, lo situacional, lo *encarnado* entra -cuando entra- en calidad de anécdota o pasatiempo, no más. Algo que viene a interrumpir, inoportunamente, el largo monólogo trascendental de las ideas consigo mismas. Paul Nizan ha caracterizado con ironía y agudeza el ejercicio del pensamiento desde esta perspectiva (*bastarda*, sin filiaciones), en estos términos: “...presentan ideas bien construidas, teorías sutilmente elaboradas sobre la psicología, la moral y el progreso...Son bonachones: dicen que la verdad se capta al vuelo, como un pajarito inocente. Emiten mensajes sobre la paz y la guerra, sobre el futuro de la Democracia, sobre la justicia y la creación de Dios, sobre la relatividad, la serenidad y la vida espiritual. *Componen vocabularios porque entre todos han descubierto una proposición importante: una vez que los términos estén correctamente definidos, los problemas dejarán de existir. Entonces se disolverán en el aire: ni visto, ni conocido, plantearlos será resolverlos*” (Nizan, 1967).

Claro que ésta es la versión más pacífica -o “bonachona” como la llamaba Nizan- del pensamiento bastardo; más propia quizás de ciertas variantes espiritualistas de comienzos de siglo, que tanto él como dos de sus discípulos ilustres (Sartre y Merleau-Ponty) habían sufrido en la Ecole Normal de París. Pero existe también su rostro guerrero y militante. La versión científica positivista y neo positivista del cierre del siglo anterior, suele ser mucho menos bonachona y tolerante con los “réprobos” que Monsieur Lalande. La guerra al “relativismo” ha endurecido los rostros y los discursos de quienes sienten sus racionalismos y objetividades asediadas desde diversos flancos; entonces sí que los discursos se vuelven mucho menos comunicativos, plurales y democráticos de lo que aconsejaría hasta la propia prudencia política y académica. Las pasiones, como era previsible, terminan desacomodando los peinados.

En el otro extremo del espectro -y precisamente por eso se tocan- está lo que denominamos *pensamiento historizante*. Lo propio de este tipo de reflexión es su pretensión de explicar un hecho determinado por el cúmulo de datos colaterales que lo circunscriben. Tratándose de un pensador, o de una teoría científica, por ejemplo, adjuntará datos biográficos, epocales, políticos, económicos, religiosos, todo ello con la pretensión de que ellos -por sí mismos y por sí solos- “expliquen” determinada tarea especulativa. Así el hecho se pierde en su contorno; el texto en el contexto; la singularidad concreta en la generalidad abstracta. Por caminos diferentes al del pensamiento bastardo, desemboca sin embargo en el mismo resultado: el empobrecimiento tanto de lo real, como del concepto. Si en el caso anterior nos hallábamos ante una ausencia total de situacionalidad, en éste nos encontramos ante una versión deficitaria de la misma.

Superar ambas actitudes, requiere que nos adentremos en un concepto positivo y diferente de *situación*.

Hacia una “lectura culturalmente situada”

En efecto, la situación no es el conjunto pre-fabricado de circunstancias que rodean al hecho (una obra, un autor, una idea). Proponemos un quehacer intelectual diferente. *Situar un pensamiento es comprenderlo dentro de aquella estructura histórica (es decir, no meramente formal) en relación con la cual éste se expresa y dentro de la cual adquiere su especificidad*. Y esto nos coloca ya en la dirección que nos interesa: el concepto de “lectura culturalmente situada” que –apoyada a su vez en la noción de lo “universal situado”- venimos proponiendo y ejercitando en las últimas décadas²⁵.

Pero si *situar* es comprender en la *estructura*, ésta nunca se da a priori, ni junto al hecho. Es una de las tareas fundamentales de la crítica delimitarla y plantear sus alcances e importancia en relación con el dato concreto que se interroga. Además, la estructura no ha de ser confundida con el simple conjunto de hechos concomitantes; antes bien, será advertida como *el horizonte de sentido contra y a partir del cual opera un determinado pensamiento o actividad*.

Todo pensamiento es un discurso *situado*, esto significa: todo pensamiento es discurso de una determinada situación, tanto como su trascendencia y voluntad de superación. El pensamiento es así un modo determinado de la *praxis* –nunca, por ende, simplemente teórico o ‘puro’- y se caracteriza por *afirmar y negar, a la vez*, el espacio (*topos*) histórico-vital dentro del cual se *comprende* (en el doble sentido del término). Utilizando, por gráfico, un término sartreano (y antes heideggeriano) adecuado para este caso, podemos decir: todo pensamiento es un *pro-yecto*, es decir un intento siempre renovado de comprender (trascendiéndola, a su vez) determinada situación de origen.

Positividad y negatividad, lo califican por igual. “Negativo” respecto del punto de partida, será siempre “positivo” en su despliegue hacia el acontecimiento que pretende hacer nacer. Y la originalidad de la tarea propiamente especulativa se juega en eso: *en esa “trascendencia” respecto del origen*²⁶.

Pero si este doble movimiento (de afirmación y negación; de totalización y trascendencia) es lo que caracteriza a todo discurso situado, la noción misma de *situación*

²⁵ Acuñamos el concepto de “universal situado” en nuestro libro *Razón y liberación. Notas para una filosofía latinoamericana* (1973-1), precisamente para dar cuenta de una manera diferente de entender esa expresión (“filosofía latinoamericana”), dentro de aquello que –desde entonces- se conoció genéricamente como Filosofía de la Liberación. Cuatro años más tarde formulamos y aplicamos el método de la “lectura culturalmente situada”, en nuestro libro *Crisis de Europa y reconstrucción del hombre. Un estudio sobre M. Heidegger* (1977); realizando nuevas aplicaciones del mismo en nuestras obras *Tecnología y pobreza. La modernización vista en perspectiva latinoamericana* (1988); y *América en el pensamiento de Hegel. Admiración y rechazo* (1992) y *América Latina en perspectiva. Dramas del pasado, huellas del presente* (2011).

²⁶ Es cierto, en esta noción nuestra del pensamiento como *pro-yecto* se enlazan –modificadas, por cierto- conceptos aparentemente antitéticos provenientes de la tradición dialéctica (Hegel), de la fenomenológica-existencial (Husserl/Heidegger), así como de su prolongación hermenéutica (Gadamer/Ricoeur). Piénsese en el concepto hegeliano de *Aufheben* (“superación”), pero también en la noción fenomenológica de *trascendencia*, en las nociones heideggerianas de *proyecto* y *Ereignis* (“acontecimiento”), así como en la idea hermenéutica de *círculo interpretativo*. Todas ellas apuntan, en nuestro entender y cada una a su manera, hacia la idea central de un pensamiento “situado”, topológicamente enraizado y, a la vez, crítico y trascendente de todo punto de partida.

encierra también una rica ambigüedad. Es *lo dado* –en tanto matriz y punto de partida - pero también *lo por alcanzar*. Y en esta ambigüedad siempre abierta e irresuelta se construye la historia y el pensamiento se reencuentra con ella. Se *constituye* la historia, porque la situación de esta manera se abre permanentemente desde sí misma hacia *lo otro*, que la de-forma y simultáneamente, la con-forma (o sea, se hace *acontecimiento*). Y el pensamiento se reencuentra con ella por asumir ese vaivén que lo expresa y lo mediatiza (es decir, lo torna *estructura y palabra*). De esta manera, en la *situación* se reencuentran la historia y el discurso, el pensamiento y lo real²⁷.

Y así como la situación no es una estructura formal, tampoco es una suerte de ente *explicativo* que -desde lo "general"- da cuenta de lo "particular". Ni las "condiciones objetivas" a las que cierto positivismo y marxismo (del siglo pasado, pero también de éste) aluden cuando desean explicar por qué las cosas suceden tal como suceden. Aquél juego que hemos descrito de totalización y trascendencia, de singularidad y alteridad, de vaivén entre lo fáctico y lo hipotético, no pueden volver a ser reducidos a "universalismos, trascendentalismos, ni estructuralismos" de nueva o vieja especie.

Es necesario proteger y defender con vigor esta bocanada de aire fresco, que una lectura culturalmente situada vuelve a hacer ingresar por las ventanas demasiado estrechas de aquéllas mansiones (ahora destechadas). La época de la *modernidad consumada* es especialmente útil para un intento de esta naturaleza, aun cuando en muchos debates contemporáneos en torno de la "globalidad" vuelvan a aparecer las entelequias formalistas y positivistas²⁸. Y es en el *reencuentro con la situación* donde mora la posibilidad más auténtica para toda reflexión creadora y muy especialmente para la filosófica. Si se puede hablar con propiedad de una "*filosofía latinoamericana*" (o europea, o africana, como se prefiera) -en sentido estricto y no como simple aditamento geográfico o reiterada "historia de las ideas en..."- es porque la comprendemos como *pensamiento situado*, como lectura culturalmente situada en la que lo universal y lo particular se penetraban en un nuevo y peculiar *status*. Otro tanto vale para el ejercicio del psicoanálisis y de todas las denominadas ciencias humanas y sociales.

Acerca de cómo ocurre esto en la práctica, es cosa sobre la que quisiéramos decir algo ahora. O -mejor aún- continuar diciendo, ya que desde hace cuatro décadas señalamos en esa dirección.

²⁷ Quienes crean ver aquí una impronta de Paul Ricoeur, no se equivocan. Siempre me pareció muy sugestivo aquel breve artículo suyo, "La estructura, la palabra, el acontecimiento", incluido en *El conflicto de las interpretaciones*. Quizás una de las mejores críticas -en pleno auge- a cierto estructuralismo formalista que renegaba de la temporalidad y de la historicidad.

²⁸ Así como hace un momento recordábamos a Ricoeur, hagámosle ahora justicia a Sartre. Justo es reconocer que sus *Cuestiones de Método* (1957) -insertadas luego como prefacio al primer volumen de la *Critique de la raison dialectique* (1960)- resultaron una crítica pionera, implacable y sugestiva a ese marxismo (esclerosado en "materialismo dialéctico") que terminó por sacrificar toda especificidad de la situación, operándola reductivamente. Su crítica a Lukács, como paradigma de eso que él mismo denomina "marxismo perezoso", es tan certera como implacable; aun cuando uno pueda luego tomar distancia de su "método regresivo-progresivo" y de su casi escolar mixtura de marxismo y psicoanálisis. Y para completar aquél panorama de los sesenta, cómo olvidar también al joven filósofo checoslovaco Karel Kosík que -desde el interior de un marxismo que planteaba renovarse- buscó pensar la situacionalidad de manera no reductiva, ni metafísica. Su *Dialéctica de lo concreto. Estudio sobre los problemas del hombre y del mundo* (de 1965) -descubierta y traducida oportunamente al castellano por don Adolfo Sánchez Vázquez en México- fue otro muy interesante aporte en esta misma dirección.

Pensar desde lo "universal situado"

Lo primero fue sospechar de la candorosa "universalidad sin más" que, tal como su nombre lo indica, se *autoinstala* en lo "absoluto" y, desde allí, concibe a lo otro como "particularidad", accidente o momento de su despliegue. Lo segundo, la preocupación por las políticas culturales que desde tal postura (falsamente universalista) se derivaban, a saber: el *imperialismo* cuasi natural de unas culturas sobre otras y la consecuente *dependencia* de estas últimas, en aras de una hipotética modernización, progreso o desarrollo, hacia esas formas culturales supuestamente "superiores".

Eran épocas de grandes cambios y transformaciones políticas en América Latina y la respuesta de una *Filosofía de la Liberación* -desde Argentina primero y luego desde buena parte del continente- no se hizo esperar. Surgió allí una manera diferente de *hacer filosofía latinoamericana*, distante tanto de la tradicional Historia de las Ideas como de la "filosofía sin más", que la generación de la "normalidad filosófica" (F. Romero) levantaba como eje de toda filosofía posible entre nosotros. En Teología y en Ciencias Sociales venían ocurriendo planteos semejantes y radicalmente innovadores; eran años de plena ebullición que la práctica intelectual de la década inexorablemente reflejaba y que las posteriores y sangrientas dictaduras militares vendrían a romper de un solo tajo, acaso por aquello de "si razona el caballo se acabó la equitación"²⁹.

En nuestro caso específico lo primero fue introducir la distinción entre una universalidad abstracta y una *universalidad situada*, por considerar insuficientes los términos en los que el mexicano Leopoldo Zea y el peruano Augusto Salazar Bondy -en una polémica muy difundida en aquellos años- planteaban la clásica pregunta por la "posibilidad o imposibilidad" de una filosofía latinoamericana. En *Razón y Liberación* (1973-1) decíamos: "...lo universal es siempre un *universal situado* o, de lo contrario, un mero *universal abstracto* carente de todo contenido.

El discurso filosófico, la Filosofía, es el saber de lo *universal concreto*, un saber dónde lo particular -superándose consecutivamente- alcanza la estructura de lo universal. En el saber de la Filosofía, lo particular se realiza como tal, negándose y absorbiéndose en la estructura universal que lo revela y lo destina. La Filosofía *realiza* lo particular en lo universal -redefiniendo la validez de ambos términos- y, en este sentido, debe ser comprendida como una tarea de perpetua totalización; una tarea que, *a partir de la particularidad*, se abre hacia un infinito cargado de sentido" (Casalla, 1973-1: 15).³⁰

²⁹ Como testimonio argentino de aquellos años iniciales de la Filosofía de la Liberación quedaron los volúmenes colectivos *Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana* (1973) y *Cultura popular y filosofía de la liberación* (1975). Así como los primeros números de tres revistas surgidas casi simultáneamente en la misma Buenos Aires: la *Revista de Filosofía Latinoamericana*; la revista de temas teológicos y pastorales *Nuevo Mundo* y la literaria *Megafón*, las tres editadas por la editorial Castañeda, fundada en esos años por el sacerdote franciscano Juan Alberto Cortés. La *Revista de Filosofía Latinoamericana* fue preparada por un comité editorial de filósofos argentinos, desde entonces comprometidos con esa línea de la Filosofía de la Liberación, e integrado entre otros por Juan Carlos Scannone, Osvaldo Ardiles, Enrique Dussel, Rodolfo Kusch, el mismo padre Cortés y quien esto escribe (continuada desde 1985 y hasta hoy por nosotros como *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* y ahora editada por la Asociación homónima); la revista teológica *Nuevo Mundo* fue fundada y dirigida por el mencionado Fray Juan Alberto Cortés y *Megafón* fue fundada y dirigida por Graciela Maturo, con la colaboración permanente de Eduardo Azcué. Importante fue también en aquellos años iniciales la revista *Stromata* de los padres jesuitas y las Facultades de Filosofía y Teología del Colegio Máximo de San Miguel, Argentina, que sirvieron de marco a varias Jornadas Académicas en esta dirección de una renovada y situada filosofía latinoamericana.

³⁰ Las obras de la polémica a que nos referimos -publicadas ellas también en la misma editorial, Siglo XXI, y en la misma colección Mínima- eran: de Leopoldo Zea, *La filosofía americana como filosofía sin*

Era el comienzo y como tal un esbozo que requeriría ulteriores desarrollos. Si bien se planteaba ya allí la categoría de lo *universal situado*, se lo hacía todavía en demasiado compromiso con el esquema dialéctico hegeliano (expresado en la tríada "universal abstracto/particular/universal concreto") y con todas las implicancias metafísicas que esto conlleva. A saber y principalmente: la idea de que lo "concreto" es el despliegue de un "abstracto" previo que -como tal- vuelve a reencontrarse luego de su desarrollo superador (*Aufheben*). Idea tan sugestiva como peligrosa para lo que en realidad queríamos plantear. De allí que todavía se mezclaran -como puede apreciarse en la cita- las nociones de universal concreto y de universal situado, casi como equivalentes. Y no lo son, al menos en nuestra noción ulterior de *situacionalidad*³¹.

Fue necesario entonces- en un segundo momento- precisar esa noción de situacionalidad, distinguiéndola de la universalidad concreta hegeliana y despojándola de todo sentido sustancial e imperial. Iniciamos esta tarea en dos artículos posteriores a *Razón y Liberación*. Uno de ellos fue publicado en 1973 en la revista franciscana *Nuevo Mundo* bajo el título "Filosofía y cultura nacional en la situación latinoamericana contemporánea" (1973-2)³² y otro en el primer número de la revista de estudios literarios *Megafón*, con el título de "Situación histórica, cultura latinoamericana y cultura universal" (1975). Allí ya no pensábamos lo situado en clave hegeliana. Asimismo completábamos el momento *totalizador* antes privilegiado en el discurso filosófico, con un movimiento simétrico de *trascendencia*, dentro del cual la filosofía (ahora efectivamente *situada*) asumía el papel de *pensamiento crítico*, así como su singularidad dentro de los registros de una cultura determinada (no reductible, por ende, al discurso científico o social, por ejemplo).

Decíamos al respecto que la Filosofía -entendida ya desde lo *universal situado*- "no es sino la renovada pretensión (a veces lograda, a veces apenas balbuceada) de expresar la vocación de *totalidad y trascendencia* inherentes al proyecto cultural dentro del cual esa Filosofía vive". Este doble movimiento, por un lado "enraíza a toda existencia en su hoy concreto y, al mismo tiempo, la traspasa mucho más allá de éste hacia su destino y fundamento históricos y sociales"; permitiéndole, a su vez, a la cultura dentro de la cual opera, ganar una cierta identidad (ya que la totalización, al superar toda unilateralidad de partida, *singulariza*), al mismo tiempo que el mecanismo de trascendencia (que reenvía la anterior identidad hacia su fundamento en lo otro) la *universalizaba* (situada y no ya abstractamente). El pensamiento de Levinas -sobre todo el de *Totalité et infini*- empezaba ya a operar entre nosotros y junto a otros clásicos en la crítica de la modernidad consumada (como Kierkegaard y Nietzsche) terminaban de horadar el duro hueso del racionalismo totalizador hegeliano. Sin embargo todo esto exigía (y exige) una *reapropiación latinoamericana* y por ende esos autores

más (1969), cuyo título enuncia ya la posición del autor y la de Augusto Salazar Bondy *¿Existe una filosofía de nuestra américa?* (1968), pregunta que el autor peruano contesta negativamente, ante la situación de dependencia política en que se encontraba nuestro continente. Nuestra obra planteaba una tercera posibilidad en la misma materia, desde esa nueva perspectiva de una *universalidad situada*.

³¹ La confesión de Hegel en la segunda página de la Introducción a su *Fenomenología del Espíritu* -dicha como al pasar y casi sin darle importancia- "...si no fuera que lo absoluto está ya desde un comienzo en-sí y para-sí con nosotros..." , deja en claro de qué concreción se trata cuando en su sistema se presenta lo "concreto": es siempre la "particularización" (accidental y pasajera, condenada por ende a su "superación") de un "universal" antedatado y simplemente necesitado de auto reconocimiento. Una *universalidad imperial* que se pasea por la historia, con las consecuencias que hemos analizado en nuestra obra *América en el pensamiento de Hegel. Admiración y rechazo* (1992) (cf. allí por ejemplo el capítulo I). No es este "concreto" la universalidad de la que hablábamos, ni a la que aspirábamos.

³² Reproducido luego ese mismo año y con el mismo título en el volumen colectivo ya citado, *Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana* (1973: 38). En ambos casos con una dedicatoria a la memoria de uno de nuestro maestros y amigos, el filósofo argentino don Carlos Astrada, pionero por estas mismas rutas en el siglo XX.

(y otros) eran siempre referidos y revisados críticamente desde nuestra propia *situación* cultural. Única manera en que esa reapropiación resulta efectiva para un planteo latinoamericanamente situado³³.

En síntesis, lo que desde aquellos años entendemos quedó diseñado fue un *esquema categorial* (que, al revisar el estatuto de la “universalidad”, hacía lugar a la diferencia y a la situacionalidad) y una *metodología de investigación* (la “lectura culturalmente situada”) que pivotea sobre la noción de *pro-yecto*, estableciendo así una peculiar dinámica y formas de encarnación entre un pensamiento y su época, entre un autor y su tradición cultural. Este esquema categorial y esta metodología de investigación –enriquecido por el constante ejercicio posterior– nos parece aquí singularmente apta para revisar la labor freudiana, su impronta intelectual, su compromiso (inicial y lógico) con el esquema categorial europeo y su posterior y lenta redefinición al extenderse su práctica a contextos no europeos.

Y esto –en nuestro caso singular de argentinos– tiene un especial interés, ya que los inicios de Psicoanálisis entre nosotros fueron casi coetáneos con los europeos, así como la traducción de las obras de Freud al castellano fueron pioneras en el mundo de habla hispana. Lo mismo ocurrió con la difusión de su práctica (sostenidamente creciente hasta el presente), al igual que su enseñanza universitaria. Y cuando se produce la relectura lacaniana de la obra de Freud, Buenos Aires fue también pionera en esa renovación mundial del psicoanálisis. Más aún, los psicoanalistas argentinos fueron los efectivos introductores de su estudio y práctica en la España postfranquista y la producción editorial argentina (en libros y revistas especializadas) es aún de las más importantes del mundo.

Habiendo traspasado los umbrales del primer centenario de la publicación de *La interpretación de los sueños* (libro que Freud reservó especialmente para iniciar el siglo XX, postdatando su fecha de edición) es momento sumamente propicio para intentarlo. Sin embargo –en nuestro entender– esa labor de trabajar la *situacionalidad* del Psicoanálisis entre nosotros, es labor todavía pendiente. Sin embargo creemos que nuevas generaciones de esa disciplina iniciarán acaso ese camino con seriedad epistémica, responsabilidad profesional y una decidida vocación de inserción cultural, en un medio que culturalmente los ha acogido con gran receptividad.

Bibliografía

AA.VV. (1973) *Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana*. Buenos Aires. Bonum.

AA.VV. (1975) *Cultura popular y filosofía de la liberación*. Buenos Aires. García Cambeiro.

Braceras, Diana (2016) *La Pacha es el otro. Aportes para la descolonización del conocimiento*. Buenos Aires. CICCUS

(2018) *La cura de la Angustia en la cosmovisión andina. El susto y el mal del espanto (del pensamiento “salvaje” al psicoanálisis)*. Buenos Aires. CICCUS

Casalla, Mario (1973-1) *Razón y revolución*. Buenos Aires-México. Siglo XXI.

(1973-2) *Filosofía y cultura nacional en la situación latinoamericana*

³³ Así, a la luz de esa reapropiación crítica y en función de un proyecto de filosofar situado, releímos a Heidegger (Casalla, 1977) y a Hegel (*América en el pensamiento de Hegel. Admiración y rechazo*, 1992). El primer libro nuestro sobre Heidegger, dado el tiempo transcurrido, requeriría hoy ajustes de interpretación. En alguna eventual segunda edición así lo haremos, pero manteniendo intacto el esquema de una lectura culturalmente situada.

contemporánea en Nuevo Mundo. Buenos Aires. T.: III n° 1.

(1975) Husserl y la justificación ontológica del imperialismo en *Revista de Filosofía Latinoamericana*. Buenos Aires. Año I n° 1

(1977) *Crisis de Europa y reconstrucción del hombre. Un estudio sobre M. Heidegger*. Buenos Aires. Castañeda.

(1988) *Tecnología y pobreza. La modernización vista en perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires. Fraterna.

(1992) *América en el pensamiento de Hegel. Admiración y rechazo*. Buenos Aires. Catálogos.

(1992) *El final de la historia en la modernidad consumada* en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*. Buenos Aires. Año VIII n° 18.

(1994) ¿Hacia una modernidad light? en *El pensamiento en los umbrales del siglo XXI*. Buenos Aires. Catálogos.

(1995) *El sujeto cartesiano. Historia de la Psicología en la Modernidad*. Buenos Aires. Facultad de Psicología-UBA.

(1996) *Los hijos de la furia. Notas sobre un tema que insiste: la identidad cultural* en *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales* Buenos Aires. Año XI n° 21.

(1997) *Argentina: tras las huellas de una identidad problemática* en Berg, W – Schäuffauer, M (com) *Oralidad y argentinidad. Estudios sobre la función del lenguaje hablado en la literatura argentina*. Tübingen. Gunter Narr Verlag.

Coloquio de Royaumont (1964) *Los sueños y las sociedades humanas*. Buenos Aires. Sudamericana.

Fanon, Frantz (1952) *Peau noire, masques blancs*. París. Seuil (traducción castellana: *Escucha blanco!* Barcelona. Síntesis.1966).

(1961) *Les damnés de la terre*. París. Máspero (Prefacio de J.P.Sartre) (traducción castellana: *Los condenados de la tierra*. México. FCE. 1963).

Foucault, M. (1967) *Nietzsche*. París. De Minuit, (traducción castellana: en AAVV. *Psicoanálisis, estructuralismo y marxismo*. Buenos Aires. Papiro, 1969 y otras).

Heidegger, Martín (1957) *Aus einem Gespräch von der Sprache. Zwischen einem Japaner und einem Fragenden* (*De un diálogo acerca del habla. Entre un japonés y un inquiridor*) en *Unterwegs zur Sprache*. Pfullingen. Neske, (traducción castellana: *De camino al habla*. Barcelona. Odós. 1987).

(1960) *Carta sobre el humanismo*. Buenos Aires. Sur.

Husserl, Edmund (1954) *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transcendente Phänomenologie*. Leuven. Husserliana, T.: VI.

(1962) *La filosofía como ciencia estricta*. Buenos Aires. Nova.

Kusch, Rodolfo (2007) *Obras Completas I-II-III-IV*. Rosario. Fundación Ross.

Memmi, Albert (1988) *Portrait du colonisé*. París. Pauvert (traducción castellana: *Retrato del colonizado*. Buenos Aires. De la Flor. 1969)

Nizan, P. (1967) *Adén Arabia*. Buenos Aires. De la Flor.

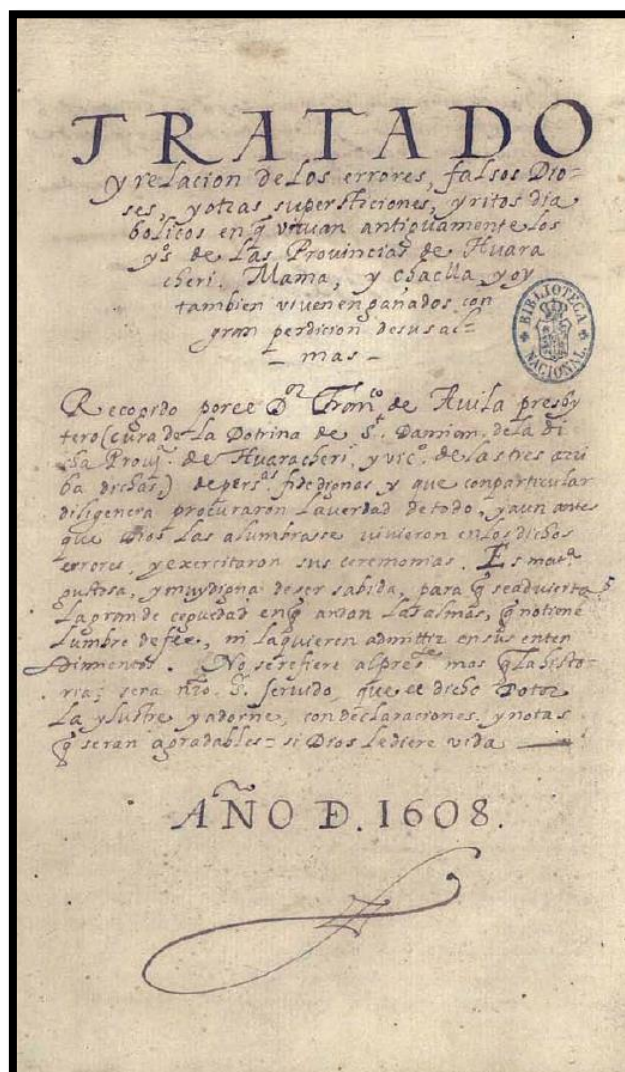
Ricoeur, P. (1965) *De la interpretation. Essai sur Freud*. París. Du Seuil, (traducción

castellana: *Freud, una interpretación de la cultura*. México. Siglo XXI. 1970).

Senghor, Léopold Sédar (1963) *Liberté I: Negritude et Humanisme*. París. Du Seuil.
(Traducción castellana: *Libertad, negritud y humanismo*. Madrid. Tecnos. 1970).

Vitiello, Vincenzo (1992) *Elogio dello spazio. Ermeneutica y topología*. Milán. Bompiani.
(1992) *Topología del moderno*. Génova. Marietti.

DOCUMENTOS



La existencia de una producción original tanto en la Filosofía Latinoamericana como en las Ciencias Sociales no es algo reciente, tiene una larga historia. En esta sección presentaremos parte de ese acervo.

[HOBBES Y LA MODERNIDAD]*



113

Amelia Podetti

Edición a cargo de Alfredo Mason

Se tiende a separar, en el tratamiento de cada filósofo, distintos problemas científicos y epistemológicos, de pensamientos sobre religión, filosofía, moral, ética, política como si fueran problemas que no mantienen ninguna conexión entre ellos. Esto tiene consecuencias bastante importantes para la comprensión de un filósofo porque, por ejemplo, nos incapacita de alguna manera para entender, o para precisar, las motivaciones políticas o religiosas de determinada concepción del método. Tal es el caso de Thomas Hobbes.

Por mi parte comparto los dos criterios que el profesor Mercado Vera señaló al comenzar el curso, para el tratamiento de la filosofía moderna. En primer lugar, entiendo que es necesario estudiar cada uno de los filósofos que se consideren en forma totalizada, es decir, estudiar todos los aspectos que el filósofo ha desarrollado tratando de mostrar, incluso, cual es la conexión estructural que unifica la gnoseología, la metafísica, la ética, el pensamiento político y el pensamiento religioso.

Por otra parte, quiero referirme al segundo criterio señalado por el profesor Mercado Vera, criterio según el cual la filosofía tiene una relación estructural e inseparable con el proceso histórico en el cual ella surge. Es decir que, para la comprensión adecuada de una filosofía, es necesario precisar el contexto histórico dentro del cual esa filosofía surge y el marco problemático –la estructura de problemas- a la que esa filosofía, de alguna manera, o bien trata de responder o

*Este texto corresponde a la clase del 6 de mayo de 1971 del curso de Filosofía Moderna, dictado en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), tomado de su versión desgravada completa.

bien trata de explicitar.

A partir de ello podemos hacernos la siguiente pregunta ¿cuál es el marco histórico, o el contexto histórico, que tenemos que considerar como el propio de la filosofía europea moderna? Ese contexto es, por una parte, el ascenso y el desarrollo de la burguesía europea con todo lo complejo que acompaña y enmarca este desarrollo. Pero quisiera agregar a esta caracterización muy general, desde luego que a mi juicio, no puede considerarse a la burguesía europea como un bloque unitario y homogéneo que se desarrolla con una unidad de intenciones o de tendencias a lo largo de los distintos países europeos y de los distintos siglos del desarrollo moderno de Europa¹.

Ni siquiera, pienso yo, se trata de varias burguesías nacionales que van desarrollándose con cierta autonomía a lo largo de las distintas etapas del capitalismo europeo, orientadas todas ellas en una misma dirección, en la realización de un mismo proyecto político, social y económico, sino que en el desarrollo de esas burguesías nacionales europeas, y en sus luchas por alcanzar el poder, se entrecruzan tendencias y proyectos muy diversos. La diversidad tales proyectos está presente, por ejemplo, en la riqueza de direcciones, tendencias, que encontramos ya en el Renacimiento, como así también en las diversidades que claramente se manifiestan a lo largo del desarrollo de las distintas naciones de Europa.

Un ejemplo de esa relación de este proceso con la filosofía lo encontramos en Hobbes y Descartes, ya que sin duda alguna son representantes típicos de una burguesía nacional, en un caso la inglesa y en otro la francesa, apareciendo entre ellos una cierta diversidad de planteos, una cierta contraposición de concepciones y proyectos.

El desarrollo y el ascenso de la burguesía europea, requiere aun ser completado haciendo referencia al sistema mundial que esa misma Europa moderna, en la que la burguesía tiene al mismo tiempo un papel fundamental y la posibilidad de su propio crecimiento, su origen a partir del siglo XV. Desde ese mismo siglo, se lleva adelante la expansión europea que se produce a las regiones que constituyeron su periferia desde entonces y hasta la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), y al mismo tiempo la infraestructura económica que financió su desarrollo ulterior, constituye a mi juicio el marco histórico de la filosofía moderna.

La formación de este sistema mundial y su desarrollo a lo largo de los siglos subsiguientes conforma un complejo entramado que constituye el hecho histórico fundamental, central, de la historia de los últimos cuatro o cinco siglos. El historiador inglés John H. Parry señala en su libro, *Europa y la expansión del mundo* (México. FCE. 2014), que el hecho dominante de la historia de los últimos siglos es la expansión de Europa, cuyas bases fueron echadas en el siglo XV y consolidadas en los siglos XVI y XVII, de tal manera que en los siglos XVIII y XIX esa expansión resultó irresistible, pese a las resistencias que le opusieron los pueblos no europeos. Las naciones occidentales, agrega Perry, consagraron gran parte de su energía a repartirse ese imperio colonial formado por dicha expansión europea.

En una síntesis muy escueta de las líneas fundamentales de este sistema mundial, podríamos decir que la constitución del Imperio Español en América por una parte, y el imperio mercantil marítimo portugués por la otra, y ambos en el siglo XV, fueron el punto de partida de una lucha internacional ininterrumpida en os siglos siguientes; lucha internacional que tenía como objetivo, obtener una parte de ese poderío o directamente sustituir a las

¹ Puede consultarse sobre Europa Braudel, Fernand (1984) *Civilización material, economía y capitalismo Siglos XV-XVIII I-II-III*. Madrid. Alianza; Martínez, Lauro (2013) *Un tiempo de guerras. Una historia alternativa de Europa 1450-1700*. Barcelona. Crítica. [NdE]

potencias que inicialmente habían comenzado la expansión, es decir, España y Portugal.

Durante los siglos siguientes y fundamentalmente hasta el siglo XVIII –en los cuales también se desarrolla la filosofía moderna- los holandeses, ingleses y franceses centraron su política exterior en debilitar el poderío de España y Portugal. En esta lucha, la presa más codiciada fue siempre el comercio colonial, que será una de las fuentes fundamentales de recursos bajo las distintas formas que asumirá el imperio colonial.

Una visión del proceso enfocada desde una perspectiva periférica la encontramos en el historiador indio Panikkar (*Asia y la dominación occidental*, Buenos Aires. EUDEBA) el cual analiza la historia de Asia desde la llegada de Vasco de Gama con el mismo enfoque que estamos planteando nosotros. El considera el período que se extiende desde 1498, en que Vasco de Gama llega por primera vez a un punto de la costa de la India, hasta 1945, año en que los ingleses se retiraron de la misma, como el tiempo en que se desarrolla y se afianza, lo que llamaremos *sistema mundial de dominación europea*. A pesar de lo heterogéneo de este proceso, Panikkar reconoce que tiene ciertas características que permiten considerarlo como un proceso unitario.

Fundándome en estas indicaciones sumamente sintéticas planteo como hipótesis de trabajo que el marco histórico de la filosofía moderna es este sistema mundial constituido por la expansión de Europa a partir del siglo XV, lo cual permitió posteriormente el desarrollo del capitalismo en sus distintas formas de las burguesías nacionales y el triunfo final, hacia finales del siglo XVIII, de la burguesía inglesa aliada a otros sectores de la sociedad inglesa que se plegaron a su proyecto.

Precisando un poco más este período en Inglaterra dado que se trata de mostrar la circunstancia en que aparece Thomas Hobbes.

Una de las características que presenta el pensamiento inglés, en una contraposición bastante clara con el francés como con el alemán, es que los pensadores ingleses están muy ligados a los sectores del poder a lo largo del desarrollo de la Inglaterra moderna, por lo menos desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII. Tanto Francis Bacon, como Thomas Hobbes o John Locke o David Hume, son todos hombres que de una u otra manera estuvieron ligados a los sectores que, en determinado período del desarrollo de la historia inglesa, tenían el poder político. Estuvieron también muy ligados a las luchas internas que se produjeron en Inglaterra durante todo este período.

Por eso, en el caso de los pensadores ingleses es donde más claro se ve que la necesidad de poseer conocimientos de la historia de ese país, como así también, del papel que Inglaterra cumple durante todo este período con relación al sistema mundial.

Hobbes vive desde el año 1588 hasta el año 1679, es decir, su vida abarca casi la totalidad del siglo XVII. Un siglo que se caracteriza desde el punto de vista político como el período del absolutismo monárquico. Pero en el caso de Inglaterra requiere de una cierta precisión, pues ese absolutismo se consolida en ella ya durante el siglo XVI con la dinastía de los Tudor².

² Esta dinastía gobernó Inglaterra entre 1485 y 1603, pero remonta su origen al siglo XIII y es de origen galés. La dinastía Tudor empezó con el matrimonio secreto entre Owen Tudor de Gwynedd (norte de Gales) con la francesa Catalina de Valois, viuda del rey Enrique V de Inglaterra. La dinastía adquirió su poder cuando Enrique Tudor se convirtió en rey de Inglaterra bajo el nombre de Enrique VII en 1485, cuya madre era una Plantagenet, lo que lo colocó en la línea de sucesión del rey Eduardo III. Enrique VIII

Los Tudor aprovechan ciertas circunstancias extremadamente favorables, producto de la Guerra de los Cien Años³, que enfrentó a Inglaterra y Francia entre el 24 de mayo de 1337 y el 19 de octubre de 1453. Si bien en ella Inglaterra fue derrotada, se generó una situación que permitió a los Tudor elaborar un proyecto político, tan exitoso, que pudo desarrollarse a lo largo de los siglos siguientes hasta fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, constituyendo a Inglaterra en la potencia líder en el sistema mundial al cual hemos hecho referencia.

¿Cuáles fueron las consecuencias de la Guerra de los Cien Años? En primer lugar, que Inglaterra renunció definitivamente a sus pretensiones sobre el territorio francés y por lo tanto, resolvió mantenerse y elaborar su política futura dentro de los límites de la isla. En segundo lugar, el sector que resultó fundamentalmente perjudicado en esta guerra fue la aristocracia, la vieja aristocracia terrateniente que quedó diezmada, no solo a causa de la guerra contra Francia, sino también por una guerra civil posterior denominada La Guerra de las Dos Rosas, que enfrentó a dos casas nobles: de Lancaster y la de York (1455-1487). De todo este proceso surge la dinastía Tudor, que fácilmente consigue imponerse a una aristocracia debilitada y arruinada, muchos de cuyos miembros no consideran incompatible con su rango, el ocuparse del comercio, de la industria y de la agricultura comercial⁴.

Este proceso inicial en virtud del cual los Tudor pueden elaborar una política nacionalista (en el sentido que intentará engrandecer a Inglaterra a partir de los recursos y la situación insular en que ella se encuentra) se elabora en base a una alianza de clases entre los sectores de la nobleza que se aburguesan, que se liberalizan, y la burguesía comercial. Será una alianza entre la aristocracia liberal, la burguesía comercial y la monarquía, enfrentados con el resto de la antigua nobleza feudal.

Este esquema social que se conforma en el siglo XVI en Inglaterra, se mantiene a lo largo del XVII, y aparece jugando de distintas maneras, en las guerras civiles que van a tener lugar

fue quizás uno de los monarcas más absolutos y fue quien produjo la ruptura con la Iglesia católica, generando el anglicanismo. Su emblema era una rosa –la rosa Tudor– de diez pétalos, cinco blancos en el centro y cinco rojos en el borde exterior, lo cual simbolizaba el fin de la guerra civil ocurrida en el siglo XV, quedando como emblema británico hasta nuestros días. El reinado de la dinastía se acabó cuando murió Isabel I sin descendencia (Innes, Arthur (1913) *England under Tudor*. New York. Putnam's & son). Este período histórico se lo denomina el Renacimiento inglés, al respecto puede consultarse Hadfield, Andrew (2004) *Shakespeare and Renaissance Politics*. Londres. Arden Shakespeare [NdE].

³ Esta guerra fue el resultado de numerosos conflictos anteriores entre señores feudales entrecruzados por lazos familiares entre uno y otro lado del canal de la Mancha. El problema más serio lo constituían posesiones inglesas en suelo continental: Guyena y Flandes (norte y sur francés sobre el Atlántico). La muerte de Carlos IV el 1 de febrero de 1328 era el fin de la poderosa y prolongada dinastía francesa de los Capetos fundada en 987. Entre las hermanas de Carlos IV estaba Isabel –llamada «la loba de Francia» que era la madre de Eduardo III de Inglaterra, el cual reclama su derecho al trono de Francia, lo cual dio inicio a las hostilidades. Una joven iletrada de 17 años nacida en Domrémy, llamada Juana de Arco, se presenta como elegida por Dios para librar a su país de los ingleses y consigue reunir un grupo de soldados y liberar en 1429 a Orléans del asedio inglés. La victoria de Juana motivó a soldados y campesinos franceses, les mostró un camino a seguir y un líder a quien imitar. A este triunfo de la Doncella de Orléans (como se la conoció desde entonces) siguieron otros pero la campaña militar de Juana comenzó a recorrer una espiral descendente y fue traicionada por su propio rey, finalmente fue capturada en 1430. Los ingleses harán que la Inquisición la juzgue bajo la acusación de hechicería, condenada a muerte y quemada en la hoguera en Ruan en 1431 (Fraïoli, Deborah *Joan of Arc and hundred years war*. Westport. Greenwood. 2005). Sucesivas derrotas inglesas a partir de 1450 precipitan el final de la guerra, Una vez desaparecidos los motivos del conflicto, la guerra terminó silenciosamente. Ni siquiera se firmó un tratado que certificara la paz [NdE].

⁴ Este tema se puede ampliar en Mousnier, Roland *La crisis del siglo (1598-1715)*. Buenos Aires. OPFyL. 1967.

durante ese siglo⁵.

Esta alianza que los Tudor inauguran se hace sobre la base de favorecer todo aquello que contribuya al desarrollo de la burguesía comercial por una parte, y por otra parte, a la aristocracia terrateniente que mantiene conexiones con esta burguesía.

Conectado con esto se da, desde fines del siglo XV hasta mediados del siglo XVII, una profunda revolución en el régimen de tenencia de la tierra, revolución que va a tener grandes consecuencias posteriores. Este es el proceso llamado de los cercamientos⁶ y que consiste en la unificación de parcelas. El método feudal de cultivo de la tierra consistía en dividir la tierra en franjas estrechas que no podían ser aradas transversalmente⁷. Por una parte, esto generaba un gran desperdicio de terreno en los límites que separaban esas franjas unas de las otras; por otra parte, cada cultivador poseía varias franjas separadas, lo que hacía sumamente antieconómica la explotación de la tierra. Además, la tierra debía dejarse en barbecho (sin cultivar) un año de cada dos. A ello hay que agregarle la estricta reglamentación feudal acerca del cultivo de la tierra, como el caso de las decisiones sobre lo que debía cultivarse que debía tomarse en común.

Todo esto tiende a ser subsanado por el régimen de los cercamientos, es decir, la unificación de los terrenos suprimiendo la división en franjas tal como estaba establecida y el cercamiento de las fincas resultantes. Este proceso favorecía, por un lado, a la aristocracia terrateniente, pero generó al mismo tiempo, lo que Karl Marx llama la expropiación de los campesinos⁸. Fue la iniciación de un proceso social que se continúa a lo largo de los siglos siguientes en Inglaterra.

No solo impulsaron esta transformación de la tenencia de la tierra los intereses agrícolas (el mejoramiento y el mayor rendimiento de los cultivos) sino también el aumento del precio de la lana, que comienza a subir a partir del año 1500 como consecuencia de una demanda creciente fundada en la expansión europea recién iniciada.

Los terratenientes pronto advirtieron que podían obtener enormes beneficios convirtiendo sus tierras agrícolas laborables en praderas para alimentar ovejas, cercando las tierras comunes y baldías para extender aún más los campos de pastoreo. Con esta modalidad se necesitan menos trabajadores, y de esa manera, lo que ocurre es que los cultivadores arrendatarios de las antiguas franjas que podían tener trabajo aun con el cercamiento, al

⁵ Esta guerra se conforma por una serie de conflictos armados y negociaciones políticas que tuvieron lugar entre los realistas y los parlamentarios desde 1642 hasta 1651. Hubo dos grandes momentos: de 1642 a 1645 y de 1648 a 1649. Las guerras llevaron al juicio y ejecución de Carlos I, el exilio de su hijo Carlos II, y la sustitución de la monarquía inglesa por la Mancomunidad de Inglaterra (1649–1653) y luego un protectorado (1653–1659) bajo el gobierno personal de Oliver Cromwell (Carlyle, Thomas *Oliver Cromwell*. Buenos Aires. Nova. 1946). Se consolida el monopolio de la iglesia anglicana sobre la religión católica en Inglaterra, y una nueva aristocracia protestante se estableció en Irlanda (Greengrass, Mark *La destrucción de la Cristiandad. Europa 1517-1648*. Barcelona. Pasado y Presente. 2015). Se sentó un precedente respecto al gobierno de un rey, que no puede mandar sin consentimiento del Parlamento y de su pueblo [NdE].

⁶ En Mousnier está traducido como «acotamientos».

⁷ Puede consultarse Jacques Le Goff *La civilización de Occidente medieval*. Barcelona. Paidós. 1999; Duby, George *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Barcelona. Atalaya. 1999; Pounds, Norman *Historia económica de la Europa medieval*. Barcelona. Crítica. 2002; Boissonnade, P. *Life and work in medieval Europe*. Londres. Routledge. 2011; Marc Bloch *La sociedad feudal*. Madrid Akal. 2011 [NdE].

⁸ La alusión de Podetti se corresponde con Karl Marx *El Capital*. Moscú. Editorial Progreso. 1974. T.: I Cap. XXIV: 104 *Como fue expropiada del suelo la población rural* [NdE].

producirse la transformación en campos de pastoreo perdían la posibilidad de trabajar.

Este hecho ejerce un impacto muy fuerte en el pensamiento inglés, incluso tiene resonancia en el mismo Hobbes. También aparece en Thomas More (Tomás Moro) – contemporáneo de Enrique VIII- que en la *Utopía* describe justamente esta situación en virtud de la cual, dice que los carneros están mejor alimentados que los antiguos dueños de los campos donde ahora tales carneros pacen. Hay en toda la literatura de la época una constante resonancia de este proceso [Thomas More *Utopía* en *Utopías del Renacimiento*. México. FCE. 1991: 53ss; pueden consultarse los escritos utópicos de Henry Neville, Samuel Hartib, Phineas Fletcher y Samuel Gotten en Lucas Margarit y Elina Montes (comp.) *textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII*. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras (UBA). 2014. (NdE)].

Igualmente, no solo es la literatura de la época sino también en la legislación se va a encontrar permanentemente la necesidad de subsanar, de alguna manera, el empobrecimiento que todo este proceso de cercamiento y acotamiento, de transformación de campos de cultivo agrícola a explotación pecuaria, va a llevar a los campesinos a convertirse en «los pobres» de Inglaterra, cuestión ésta que adquiere mucho más gravedad allí que en el continente. La cuestión de las «leyes de pobres» es un tema permanente en la época de los Tudor y se sigue discutiendo durante mucho tiempo (Renard, G.-Weulersse, G. *Historia económica de la Europa moderna*. Buenos Aires. Argos. 1950).

Todo este proceso de suma complejidad genera una situación conflictiva y problemática dentro de la propia sociedad inglesa que va requiriendo sucesivos acomodamientos, reestructuraciones, de la situación de los distintos sectores sociales. En este proceso, en el cual los ingleses van buscando a lo largo de sucesivos ensayos, la ordenación más satisfactoria de su situación social y económica. Se van generando distintas tendencias que se enfrentan proponiendo soluciones de distinto tipo, dentro de ello nos interesa remarcar la relación que se establece entre tal situación y lo religioso, particularmente, en su manifestación en los enfrentamientos entre católicos, anglicanos, posteriormente los puritanos y las demás sectas independientes. Todo este conflicto religioso –que tiene en Inglaterra una importancia muy grande- está profundamente ligado a este proceso de transformaciones sociales, y consecuentemente, de desacomodamiento de los sectores sociales que van sufriendo el proceso.

Desde el momento inicial del ascenso de los Tudor al poder, se inicia lo que va a ser también una línea constante de la política inglesa: el acrecentamiento de su poderío marítimo y la disputa por el dominio de los mares, en este primer momento a España y Portugal que ya están construyendo sus respectivos imperios. Con Isabel I de Inglaterra esta política está claramente diseñada, es decir, si bien Isabel –personalmente- no avala la penetración de los piratas y corsarios ingleses en todo el ámbito del mercado colonial hispánico, sin embargo, secretamente, ella favorece y fomenta esa penetración.⁹ Por otra parte favorece el establecimiento de compañías comerciales especialmente dedicadas a la explotación colonial, en las cuales, incluso, ella misma compra acciones¹⁰.

Siguiendo una tradición de los Tudor, fomenta el desarrollo de la marina inglesa, tanto mercante como de guerra. Hay que considerar que el desarrollo marítimo está directamente ligado a la necesidad de obtener el poderío en el Atlántico para debilitar el ámbito de poderío

⁹ Se puede consultar las memorias del corsario Walter Raleigh *England at the war* (Oxford. Oxford University Press. 1918) [NdE]

¹⁰ El análisis de esta política puede verse en Thomas Mun *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*. México. FCE. 1978 [NdE].

hispánico¹¹. Este proceso culmina en el año 1588 –en que nace Hobbes– cuando se produce la derrota de la Armada Invencible, que Felipe II de España había preparado especialmente para detener el avance de la marina inglesa, y por tanto, el poderío marítimo inglés sobre el Atlántico. A partir de la derrota de la Armada Invencible la expansión inglesa sobre los mares no va a sufrir interrupciones.

Un hecho que señalan los biógrafos de Hobbes¹² es que, justamente, la cercanía de la Armada Invencible en su ataque a los ingleses permitió que en medio de la tormenta desatada se escucharan aun los cañonazos, lo cual provocó en la madre de Hobbes un parto prematuro, con lo cual se quiere señalar que la vida de Hobbes se va a desplegar en el período más crítico del proceso de reordenamiento de la sociedad inglesa.

También bajo los Tudor se produce el conflicto religioso por el cual, finalmente, la Iglesia de Inglaterra se separará de Roma reconociendo como su jefe al rey y no al papa. Este va a ser el germen de un conflicto secular entre –fundamentalmente– tres tendencias religiosas que son también políticas y económicas. Por un lado está el anglicanismo, es decir los partidarios de una iglesia nacional y oficial de la cual el rey es la cabeza; por otro lado estaban los católicos que se mantenían fieles a Roma, que lucharán permanentemente para conseguir que Inglaterra vuelva al seno de la Iglesia Católica Romana.

La aristocracia liberal y aburguesada, los grandes comerciantes y otros burgueses ya enriquecidos (y que en este proceso de formación de una iglesia nacional se ven favorecidos por la expropiación de los bienes de la Iglesia romana) abrazan en forma inmediata y definitiva el anglicanismo. La vieja aristocracia feudal así como sus colonos y también los sectores más pobres de la sociedad inglesa –como los campesinos expropiados– se mantienen fieles a Roma.

Por otra parte, muy pronto surge en el seno de la Iglesia anglicana, distintas sectas disidentes. En ellas se expresan fundamentalmente los sectores de los comerciantes, de los «industriales» –lo que podrían llamarse hoy los sectores medios o de la clase media– que pretenden, a medida que se expanden y se enriquecen, obtener el control del poder político y económico. La cantidad de sectas de este tipo que surgen es enorme, pero la más importante es el puritanismo.

El puritanismo surge en el siglo XVI pero la expansión y el triunfo de ciertos principios fundamentales que sustentaban se producen durante el siglo XVII. La importancia de este movimiento en la historia de Inglaterra es enorme, y especialmente en la historia del modo en que los intereses, los proyectos y las tendencias de la burguesía consiguen incorporarse a una alianza con la aristocracia comercial liberal.

Hobbes está educado en las tradiciones puritanas y ello se va a manifestar en su teoría política, alcanzando así cierta consagración filosófica algunos de los principios puritanos (C.f.: R. H. Tawney *La religión en el origen del capitalismo*. Buenos Aires. Dédalo. 1959).

En el siglo XVII en Inglaterra, antes que el siglo del absolutismo es el siglo de la lucha contra el absolutismo monárquico, el cual transcurre en medio de una guerra civil casi

¹¹ Puede consultarse Elliot, John H. (2006) *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña 1492-1830*. Madrid. Taurus; Ortega y Medina, Juan (1994) *El conflicto Anglo-español por el dominio oceánico (Siglos XVI-XVII)* México. UNAM. [NdE].

¹² Puede consultarse Ferdinand Tönnies *Thomas Hobbes. Vida y obra*. Madrid. Alianza. 1988; Norberto Bobbio *Thomas Hobbes*. Barcelona. Plaza & Janés. 2006; Ralph Ross-Schneider, Herbert *Thomas Hobbes in his time*. Minneapolis. University of Minnesota Press. 2006 [NdE].

permanente donde, entre muchas cosas, lo que está en cuestión es justamente la estructura del poder.

En ese siglo, el absolutismo inglés ya no está representado por los Tudor, sino que desde 1603 han sido sucedidos por los Estuardo [en inglés Stuart o Stewart (NdE)], Jacobo I y su hijo Carlos I. La diferencia que hay entre una dinastía y otra, está dada en la medida que los Tudor, de un modo u otro, representan una alianza de los sectores más influyentes de la sociedad inglesa, mientras que los Estuardo son católicos, de manera que su aparición introduce un primer conflicto en los sectores que se han convertido al anglicanismo; por otra parte, son escoceses, ligados a Francia, por lo tanto son considerados extranjeros vinculados a un país que fuera enemigo tradicional de Inglaterra en la Edad Media¹³.

Los Estuardo se apoyan para gobernar en el sector más débil de la sociedad inglesa: la nobleza feudal, a la cual tratan de hacerla participar de los beneficios económicos, comerciales e industriales, con concesiones de monopolios y otros privilegios.

Al mismo tiempo, los Estuardo desatan una persecución religiosa muy intensa contra los protestantes. Esto va a generar un proceso de alianzas de todos los sectores afectados por su política, provocando el resurgimiento y fortalecimiento del Parlamento, una institución de origen medieval que durante la época de los Tudor prácticamente había desaparecido. Esta institución, originalmente, era la expresión de los incipientes sectores burgueses, pero cuando éstos durante el siglo XVI encuentran adecuada satisfacción a sus proyectos y a sus intereses en la política nacional que lleva a cabo la monarquía, el Parlamento como instrumento de presión política no cumple ninguna función. Bajo los Estuardo recobra sentido esa institución desde la cual, la burguesía, inicia un largo proceso de lucha contra la monarquía, proceso al que Hobbes le ha dedicado su libro *Behemonth* [Madrid. Tecnos. 1992 (NdE)].

Este conflicto entre la monarquía –aliada a la nobleza feudal– y el Parlamento– representante de los intereses de la burguesía– se va agudizando paulatinamente y culmina en 1648 merced al empuje de un sector de la burguesía que aparece comandado por Oliver Cromwell [Hill, Christopher *La revolución inglesa de 1640*. Barcelona. Anagrama. 1977 (NdE)].

Hobbes es contemporáneo de esta revolución que llevará a la decapitación de Carlos I y a la constitución de la primera y única república inglesa, la cual dura aproximadamente 10 años. A la muerte de Cromwell se produce la restauración de los Estuardo¹⁴, proceso que Hobbes alcanzó a presenciar. Reina Carlos II de 1670 a 1685, el cual, a pesar de pertenecer a la familia Estuardo era anglicano¹⁵, a éste lo sucedió Jacobo II que, por el contrario, es católico pero carente de todo talento político, llevado por lo cual intentó restaurar violentamente el catolicismo. Además de ello, su política seguía ligada a la política exterior francesa y respecto de los conflictos coloniales, sus acciones eran contrarias a los intereses de la burguesía inglesa. Todo ello generó un proceso de descontento generalizado que permitió finalmente la unión de

¹³ El más antiguo miembro de la familia reconocido fue Flaald I, un noble bretón del siglo XI, su nieto Flaald II entró al servicio de Enrique I de Inglaterra, protagonizando una migración de la dinastía de Bretaña a Inglaterra y su nieto, Walter FitzAlan se estableció en Escocia, a su vez, el hijo de Walter adoptó el apellido Stewart. A partir de 1316 fue la casa reinante de Escocia [NdE].

¹⁴ Tras la muerte de Oliver Cromwell en 1658 le sucedió su hijo, Richard Cromwell, quien no poseía el carisma y el liderazgo que su padre, por lo que acabó renunciando. Así, el Parlamento Largo se reunió y, bajo el impulso del general George Monck, se declaró rey de Inglaterra a Carlos II, terminando así la república y restaurando la monarquía con la dinastía Estuardo [NdE].

¹⁵ Tanto Carlos I como Carlos II Estuardo eran anglicanos, pero sus políticas tendían a favorecer los intereses católicos y los de Francia. Tanto uno como otro, estaban casado con mujeres de la nobleza francesa, católicas, y se los acusaba de estar bajo la influencia de ellas.

todos los partidos en contra de Jacobo II.

De esta unión no participaron los católicos, cosa que explica por qué quedaron excluidos en el ordenamiento final de la revolución¹⁶, que se produce después del advenimiento de Guillermo de Orange¹⁷. En 1688 tiene lugar la llamada *segunda revolución inglesa* y se establece como monarca el príncipe de Orange como Guillermo III, quien instaura un régimen que los ingleses llaman *el ordenamiento de la revolución*. Ese régimen expresa la alianza de todos los sectores excluidos los católicos, y todos aquellos que no tenían ningún tipo de propiedad o riqueza.

Se impone una monarquía constitucional en donde el rey es controlado por el Parlamento y donde, a su vez, el poder de la Cámara de los Comunes se acrecienta progresivamente, hasta llegar a poseer un control efectivo sobre casi todos los actos de gobierno. En ella domina la clase media inglesa que como dice David Hume, *es el más firme baluarte de nuestras libertades* [Hume, David (2005) *La independencia del Parlamento en Ensayos políticos*. Madrid. Unión Editorial. (NdE)].

Por otra parte, el conflicto religioso, que ha despedazado durante las guerras civiles a la sociedad inglesa, se resuelve con la llamada Ley de Tolerancia¹⁸ del año 1689. A fines del siglo XVII, la burguesía inglesa ha obtenido el poder político aliada a la monarquía y a otros sectores que se han plegado a sus intereses y sus proyectos (Trevelyan, George M. *La revolución inglesa de 1688-89*. México. FCE. 1951, y del mismo autor *Historia social de Inglaterra*. México. FCE. 1984).

A lo largo de todo este proceso, y pese a los cambios políticos, la política exterior inglesa inaugurada por los Tudor mantiene una coherencia que no se interrumpe nunca y que consiste en el acrecentamiento constante del poder marítimo en el control del Océano Atlántico y a través de éste de los otros mares, en la búsqueda tanto de apoderarse del comercio colonial de otras potencias como de fundar, por sus propios medios, un imperio colonial propio¹⁹ [C.f.: Schmitt, Carl (2007) *Tierra y mar*. Madrid. Trotta (NdE)]. En esta línea de política internacional no hay ninguna interrupción a lo largo de todos los cambios políticos de este período.

Lo que ocurre, obviamente, es que los beneficios de esa política colonial van generando beneficios más a unos sectores que otros, según sean los que tienen en sus manos el poder político.

Hobbes está dentro de este contexto y su vida coincide con el momento crítico del mismo, pues ella transcurre después de los Tudor y antes de la revolución liberal de 1688, o

¹⁶ Los historiadores católicos y tories (conservadores) la denominan «revolución de 1688», mientras que la expresión «glorious revolution» es la propia de los historiadores whig (liberales) [NdE].

¹⁷ Guillermo de Orange fue un noble protestante holandés de Orange. Fue nombrado estatúder de los Países Bajos en 1672 (literalmente en holandés significa «lugarteniente» y fue un cargo político de las antiguas provincias del norte de Holanda, que conllevaba funciones ejecutivas) y permaneció en el cargo hasta su muerte. Estaba casado con Ana Estuardo, hija de Jacobo II. [NdE].

¹⁸ La Ley 1600 de la Tolerancia, era una propuesta del Parlamento que recibió el asentimiento del rey Guillermo III el 24 de mayo de 1689. Por ella se permitió la libertad de culto a protestantes que disintieron de la Iglesia anglicana como baptistas y congregacionistas, pero no a los católicos. Permitieron a los disidentes sus propios lugares de culto y sus propios profesores, si aceptaban ciertos juramentos de la lealtad al rey [NdE].

¹⁹ En contraposición a la visión de este proceso que da Kavalan M. Panikkar, viéndolo desde los pueblos a colonizar, se puede acceder a la visión desde la constitución del imperio en Ferguson, Niall (2011) *El Imperio Británico. Como Gran Bretaña forjó el orden mundial*. Barcelona. Debate [NdE].

sea, durante las guerras civiles. Vivió la revolución de Cromwell, la muerte de Carlos I, la restauración de los Estuardo. Además tuvo la experiencia —él lo señalada varias veces— de que la sociedad inglesa era permanentemente insegura, donde se daba un desorden generalizado, donde la persecución era un mecanismo político regularmente utilizado, donde dominaba la inseguridad en todos los órdenes y muy especialmente en lo que refiere a la propiedad. Se realizaron expropiaciones a los campesinos debido a los cercamientos y posteriormente fueron provocadas por los conflictos religiosos.

Frente a esto Hobbes quiere aportar a la solución de semejante circunstancia conflictiva, por lo que sostiene que lo que quisiera es proponer una solución para la crisis inglesa, la cual era considerada por sus contemporáneos insoluble. Él se propone indagar sobre las causas verdaderas de la guerra civil para poder proponer una solución capaz de resolver el conflicto definitivamente. ¿Qué vía va a tratar de seguir para obtener ese resultado? Se trata de encontrar el método que le permita comprender el porqué de las guerras civiles y a la vez, proponer una solución satisfactoria y adecuada para tal crisis.

Hobbes sostiene que hay una única ciencia que nos da un conocimiento cierto, es una ciencia perfecta y con cuyo método se podrá descubrir las verdaderas causas de las cosas, permitiéndonos por ende encontrar soluciones. Esa ciencia es la geometría. Hobbes va a decir: *la geometría es la única ciencia que Dios se complació en comunicar al género humano* [Leviathan. México. FCE. 2005. Parte I, capítulo IV: 26 (NdE)]. Por otra parte, se va a plantear que solo si es posible aplicar en la construcción y mantenimiento de los estados, normas tan ciertas y seguras como las de la aritmética y la geometría se podrá entonces resolver la situación de crisis permanente.

Lo que Hobbes intenta hacer, es formular con certidumbre apodíctica los principios que permitan establecer orden en una sociedad transformada y en proceso incesante de cambio. Considera que el único método que puede permitirle encontrar esos principios es el geométrico que, advierte, ya ha sido aplicado con éxito en el campo de la naturaleza. Nuestro autor toma como modelo de lo que piensa hacer en el campo de la realidad política y social, a Galileo Galilei —quien ha aplicado exitosamente ese método para la estudiar la naturaleza.

¿Cuál ha sido esa vía? Considerar que la realidad de la naturaleza no es más que cuerpo y movimiento. Entonces, ¿qué intentará hacer Hobbes? Mostrar que la naturaleza no es solo cuerpo y movimiento sino que también la realidad psíquica, política y social forman parte de la misma. Su concepción propondrá una realidad corpórea y comprensible en término de cuerpos y movimientos.

El planteo inicial de Hobbes es la refutación del dualismo establecido por René Descartes en la *Meditaciones Metafísicas* [Madrid. Gredos. 2014 (NdE)]. Lo que Hobbes objeta a Descartes es que distinga entre el cuerpo y el alma como si fueran dos sustancias diferentes, afirmando que todo, también el alma y el pensamiento son corpóreos; no hay tal cosa como sustancia o cosas espirituales, *toda realidad es corpórea*. Siguiendo el desarrollo de la refutación, Hobbes sostendrá que del hecho de que yo sea una cosa que piensa, no se sigue que yo sea una sustancia pensante, un alma inmaterial, criticando la substanciación del cogito; la cosa que piensa es mi cuerpo y todas las operaciones de mi pensamiento no son sino movimientos corpóreos.

A partir de esta primera reducción, Hobbes ampliará esa afirmación a todo tipo de realidad, y entonces dirá que también la sociedad y el estado son cuerpos, y que todo lo que ocurre en la sociedad y el estado es explicable en virtud de movimientos del mismo tipo que nos explican lo que ocurre en el ámbito de la realidad natural.

Partiendo de la idea que todo es corpóreo y todo se explica por distintas formas de movimiento, Hobbes podrá sostener que la geometría es aplicable al conocimiento de toda realidad, ya que de hecho no hay tipos de realidad sino que hay un solo tipo de realidad, que es el cuerpo. Puesto que la geometría es aplicable a los cuerpos en movimiento, y toda la realidad es cuerpo en movimiento, la geometría es aplicable a toda la realidad.

Vale decir que los principios de Galileo le van a suministrar a Hobbes el método por el cual va a estructurar todo el contenido de su filosofía, tanto la lógica como la física, como la psicología, la ética, la teoría del derecho y del estado.

123

Tal como sostiene Ernst Cassirer (*El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas*. México. FCE 1979) hay que reconocerle a Hobbes el mérito y la originalidad de haber trasladado al campo general del saber ese pensamiento fundamental que Galileo aplicaba solamente a la física. Dicho de otra manera: Hobbes es el precursor de la concepción positivista del siglo XIX. Es recién con la aparición del positivismo donde con toda claridad se expresa este proceso en que se toma el método de las ciencias físico-matemáticas como prototipo científico para cualquier ciencia.

[Breve Bibliografía]

- Bobbio, Norberto (2006) *Thomas Hobbes*. Barcelona. Plaza & Janés.
- Galimidi, José Luis (2004) *Leviatán conquistador*. Rosario. Homo Sapiens.
- Garmendia, G. – Schnaith N. (1973) *Thomas Hobbes y los orígenes del estado burgués*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Hobbes, Thomas (1986) *Selección de escritos políticos en Estudios Públicos*. Sgo. De Chile. Nº 23.
- Hobbes, Thomas (2000) *De Cive*. Madrid. Alianza.
- Macpherson, Crawford B. (2006) *La teoría política del individualismo posesivo de Hobbes a Locke*. Madrid. Trotta.
- Moreau, Pierre François (2012) *Hobbes: filosofía, ciencia y religión*. Madrid. Escolar & Mayo
- Parkin, John (2008) *Taming the Leviathan: the reception of the political and religious ideas of Thomas Hobbes*. Cambridge. Cambridge University Press.
- Ross, Ralph – Schneider, Herbert (1974) *Thomas Hobbes in his time*. Minneapolis. University of Minnesota Press.
- Schmitt, Carl (1990) *El Leviathan*. Buenos Aires. Struhart.
- Campagne, Fabián Alejandro (2014) *Poder y religión en el mundo moderno..* Buenos Aires. Biblos.
- Skinner, Quentin (2010) *Hobbes y la libertad republicana*. Quilmes. Universidad Nacional de Quilmes.
- Strauss, Leo (2006) *La filosofía política de Hobbes*. Buenos Aires. FCE.
- Wright, George (2006) *Religion, politics, and Thomas Hobbes*. Dordrecht. Springer.
- Zarka, Yves Charles (1997) *Hobbes y el pensamiento político moderno*. Barcelona. Herder.



ACTIVIDADES DE LA ASOCIACION DE FILOSOFIA LATINOAMERICANA

124



*Hay quienes prefieren la comodidad del atardecer, nosotros somos del amanecer, cuando se
inicia la acción del pensamiento.*

NOTICIAS E INFORMACIONES DE ASOFIL

XIV Congreso Nacional de Ciencia Política 2019

125

S.A.A.P.

XIV Congreso Nacional de Ciencia Política 2019



Mesa: RRII – **EL DILEMA ACTUAL DE EUROPA VISTO DESDE AMÉRICA LATINA**

- Alfredo Buglioni (ASOFIL-UNSAM) *La irrupción nacionalista.*
- Alfredo Mason (ASOFIL) *La centralidad de la política en la realidad europea.*
- Eduardo Viora (ASOFIL-UBA) *El malestar de la representación en la Unión Europea.*

Día y hora: viernes 19 de julio 09:00 - 10:50. Aula 24 Tornavías.

Universidad Nacional de San Martín. Campus Miguelete. 25 de Mayo y Francia.
Partido de General San Martín. Provincia de Buenos Aires.

SEMINARIO DE TEOLOGIA Y POLITICA

LOS CUATRO
PRINCIPIOS
BERGOGLIANOS
PARA LA
CONSTRUCCION
DE UN
PUEBLO



JUAN CARLOS SCANNONE

(INVITADO: DANIEL GOLDMAN)

SEMINARIO DE TEOLOGIA Y POLITICA
DEPARTAMENTO DE FILOSOFIA - UBA

Martes 11 de Junio / 13 a 17 hs
Aula 344 - Puan 480, CABA

Se extienden certificados.

Texto de base a disposición: emilcecuda@gmail.com

Perspectivas de la filosofía argentina. Homenaje al Prof. Carlos Astrada y a los profesores de la Universidad de Buenos Aires que participaron en el I° Congreso Nacional de Filosofía de 1949



ASOCIACIÓN DE FILOSOFÍA LATINOAMERICANA
Y CIENCIAS SOCIALES

En el marco de las actividades académicas que realiza la Sección de Ética, Antropología Filosófica y Filosofía Intercultural "Prof. Carlos Astrada" del Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires invitamos a Ud. a la Jornada "Perspectivas de la filosofía argentina. Homenaje al Prof. Carlos Astrada y a...

[Leer más →](#)

126

Perspectivas de la Filosofía Argentina



Retrato del Prof. Carlos Astrada por Antonio Berni

Jornada de Homenaje

Perspectivas de la filosofía argentina. Homenaje al Prof. Carlos Astrada

y a los profesores de la Universidad de Buenos Aires que participaron en el I Congreso Nacional de Filosofía de 1949:

Rodolfo Mario Agoglia – Carlos Astrada – Luis Felipe García de Onrubia –
Luis Juan Guerrero – Eugenio Pucciarelli – Ángel Vassallo –
Miguel Ángel Virasoro, etc.

Miércoles 22 de mayo de 2019

Centro Cultural "Paco Urondo"

25 de Mayo 217, C.A.B.A.

De 9.30 a 20 hs.

Entrada libre y gratuita

Universidad de Buenos Aires

Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Filosofía "Prof. Alejandro Korn"
Sección de Ética, Antropología Filosófica
y Filosofía Intercultural "Prof. Carlos Astrada"
con la colaboración de ASOFL
(Asociación de Filosofía Latinoamericana
y Ciencias Sociales)

SEMINARIO PRINCIPAL DE INVESTIGACION

Presentamos los programas desarrollados en los últimos seminarios anuales realizados en ASOFIL.

Seminario Principal 2018

Los caminos de construcción. Ocupar la plaza y elaborar el proyecto

1. 24 de marzo: Los por qué de un título: Caminos de construcción. Ocupar la plaza y elaborar el proyecto. Panel: Mónica Caballero, Mario Casalla y Roberto Doberti.
2. 21 de abril: La Comunidad Organizada y la experiencia originaria andina - Nueva constitución y experiencia del constitucionalismo andino reciente. Panel: Diana Braceres (psicoanalista) y Alejandro Medici (doctor en Filosofía Jurídica).
3. 19 de mayo: Impudicia y postverdad - Los medios de comunicación hoy. Panel: Roberto Doberti (arquitecto) y María Casalla (filósofa) y Martín García (periodista).
4. 9 de junio: La construcción del poder hegemónico - La plaza: pueblo y espacio en acto. Panel: Alfredo Mason (filósofo), Verónica Gallardo y Juan P Scaglia (arquitectos).
5. 21 de julio: La democracia en la encrucijada. Democracia popular, democracia neoliberal conservadora - El asedio a la democracia: la oclusión del pueblo en la cultura neoliberal. Panel: Ana Zagari y Enrique Del Percio.
6. 11 de agosto: La cuarta Revolución Industrial y el fin de la globalización - El sindicalismo internacional hasta la era digital. Panel: Eduardo Vior y Mario Morant.
7. 15 de septiembre: Memoria comunitaria y trascendencia popular - Discernimiento de los signos de estos tiempos. Panel: Alcira Bonilla y Juan Carlos Scannone.
8. 13 de octubre: Ciencia y tecnología en la Argentina de hoy: un bosquejo – Hacia una filosofía política de la tecnología. Panel: Alejandro Romero y Ricardo Gómez.
9. 10 de noviembre: Filosofía y política para los tiempos que corren. Reflexiones desde algunas categorías aportadas por Gustavo Cirigliano, Oscar Castellucci y Armando Poratti, y cargadas de futuro. Panel: Mario C. Casalla, Mónica Caballero y Maria Casalla.
10. 15 de diciembre: Jornadas de cierre del Seminario Interno 2018.

Seminario Principal 2019

ORGANIZAR LA COMUNIDAD. CONFORMAR LA NACION

1. 16 de marzo: Los por qué de un título: Comunidad, Constitución y Organización. Panel: Mario Casalla, Roberto Doberti y Maria Casalla.
2. 13 de abril: Qué es eso de una Comunidad Organizada. Orígenes y proyecciones actuales. Panel: Ana Zagari, Horacio Ghilini y Enrique del Percio. Coordinación: Silvia Schupack.
3. 18 de mayo: La Constitución Nacional de 1949: un sugestivo punto de partida. Panel: Alfredo Mason: "1949: el año en que la Argentina dio un salto hacia adelante"; Estefanía Cuello: "El derecho a la cultura en la Constitución de 1949" y Eduardo Vior: "Los derechos especiales en la Constitución de 1949, como Derechos Humanos". Coordinación: Mario Casalla.
4. 15 de junio: "Habitar la Comunidad Organizada - Memoria y Proyecto". Expositores: Arq. Alberto Petrina y una exposición conjunta de Arq. Alejandro Abaca y Lic. María Casalla (filósofa). Coordinación y presentación: Arq. Roberto Doberti.
5. 20 de julio: "*La Comunidad Organizada y las realidades nacionales, en el marco de las RRII*". Expositores: Alfredo Mason: "La Tercera Posición: una concepción de la política"; Alfredo Buglioni: "Un nuevo clivaje para comprender la realidad política europea" y Eduardo Vior: "La nación: única comunidad política capaz de albergar todas las comunidades" Coordinador: Carlos Gaitán.
6. 24 de agosto: "Pensamiento y Cultura: aportes filosóficos y teológicos para repensar la Comunidad y la Nación". Expositores: Alcira Bonilla: "Apuntes filosóficos para políticas culturales, nacionales y populares". y Juan Carlos Scannone: "Principios bergoglianos para avanzar en la construcción del pueblo". Coordinadora: Dulce Santiago.